

ALBERTO NIN FRÍAS

---



Marcos,

amador de la belleza

Ó LA CASA DE LOS SUEÑOS

CUATRO REALES

F. Sempere y Compañía, Editores

VALENCIA

Obras publicadas á UNA peseta el tomo

- Alcalá Gallano.—*Las diez y una noches.*  
Aleramo (Sibilla).—*Una mujer.*  
Alexis, Bonafoux, Blasco Ibáñez.—*Emilio Zola (Su vida y sus obras).*  
Alexis.—*Las chicas del amigo Lefevre.*  
Altamira.—*Cosas del día.*  
Angel Guerra.—*Literatos extranjeros.*  
Argente.—*Tierras sombrías.*  
Bakounine.—*Dios y el Estado.*  
    Id. — *Federalismo, Socialismo y Antiteologismo.*  
Barón d'Helbach.—*Moisés, Jesús y Mahoma.*  
Baudelaire.—*Los paraísos artificiales.*  
Benuzzi.—*Creación y vida.*  
Bjærnson.—*El Rey.*  
    Id. — *El guante.—Más allá de las fuerzas humanas.*  
Blanco-Fombona.—*El hombre de hierro.*  
Blasco Ibáñez.—*Cuentos valencianos.*  
    Id. — *La condenada.*  
Cauhéller.—*El rey sin corona (drama).*  
Bovio (Juan).—*Las doctrinas de los partidos políticos en Europa.*  
Bracco.—*Muecas humanas.*  
    Id. — *Se acabó el amor.—Bjærnson.—Una quiebra.*  
Büchner.—*Fuerza y materia.*  
    Id. — *Luz y vida.*  
    Id. — *Ciencia y Naturaleza.*  
Buckle.—*Bosquejo de una historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX.*  
Bueno.—*Á ras de tierra.*  
Bunge.—*La novela de la sangre.*  
Cantaclaro.—*Comentarios al Concordato.*  
Capitán Casero.—*Recuerdos de un revolucionario.*  
Comandante \*\*\*.—*Así hablaba Zorrapastro.*  
Conde Fabraquer.—*La expulsión de los jesuitas.*  
Corton.—*El fantasma del separatismo.*  
Chamberlain (John).—*El atraso de España.*  
Chamfort.—*Cuadros históricos de la Revolución francesa.*  
D'Annunzio.—*Episcopo y Compañía.*  
Darwin.—*Mi viaje alrededor del mundo.*  
    2 tomos.  
    Id. — *El origen del hombre.*  
Darwin.—*Origen de las especies.* 3 t.  
    Id. — *Expresión de las emociones en el hombre y en los animales.* 2 t.  
Daudet.—*Cuentos amorosos y patrióticos.*  
Del Castillo (B. E.).—*Dos Américas.*  
    Id. — *Mutualidad, Cooperativismo y Previsión.*  
Del Castillo Márquez (F. X.).—*Bajo otros cielos.*  
De la Torre.—*Cuentos del Júcar.*  
Delfino.—*Átomos y astros.*  
Deutsch.—*Diez y seis años en Siberia.* 2 t.  
Dide.—*Miguel Servet y Calvino.*  
Diderot.—*Obras filosóficas.*  
    Id. — *Los dijes indiscretos.*  
Domenech (F.).—*Lo humano.*  
Draper.—*Conflictos entre la Religión y la Ciencia.*  
    Id. — *Historia del desarrollo intelectual de Europa.* 3 t.  
Echagüe.—*Prosa de combate.*  
Engels.—*Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado.* 2 t.  
Fabri.—*Sindicalismo y anarquismo.*  
Faure.—*El dolor universal.* 2 t.  
Fava.—*Renunciación (novelas).*  
Finot.—*El prejuicio de las razas.* 2 t.  
    Id. — *La ciencia de la felicidad.*  
Flaubert.—*Por los campos y las playas.*  
    Id. — *La tentación de San Antonio.*  
Flores García (F.).—*Memorias íntimas del teatro.*  
France (A.).—*La cortesana de Alejandría (Tais).*  
Francés.—*Miedo.*  
García Calderón.—*Hombres é ideas de nuestro tiempo.*  
Garchine.—*La guerra.*  
Garnier.—*Perfume de belleza.*  
Gautier (J.).—*Las crueldades del amor.*  
Gautier (T.).—*Un viaje por España.*  
George.—*Progreso y miseria.* 2 t.  
    Id. — *Los problemas sociales.*  
Gille.—*Historia de las ideas morales.*  
Gómez Carrillo.—*Desfile de visiones.*  
    Id. — *Por tierras lejanas.*  
    Id. — *Nostalgias.*  
Goncourt.—*La ramera Elisa.*  
González Peña.—*La chiquilla.*  
    Id. — *La musa bohemia.*

Al eminente escritor  
Jose Enrique Rodó,  
Homenaje de amistad  
y admiración

Alberto Vign Frías.

MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA

Ó LA CASA DE LOS SUEÑOS

1999

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS POR ESTA CASA

---

*Ensayos de crítica é historia.*—Una peseta.

*Estudios religiosos.*—Una peseta.

*El árbol.*—Una peseta.

*La novela del Renacimiento.*—Una peseta.

*Sordello Andrea.*—Una peseta.

Alberto Nin Frias

---

# MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA

Ó LA CASA DE LOS SUEÑOS

(Novela de un discípulo de Platón durante el Renacimiento)

(EL LIBRO DEL ALMA HERMOSA)

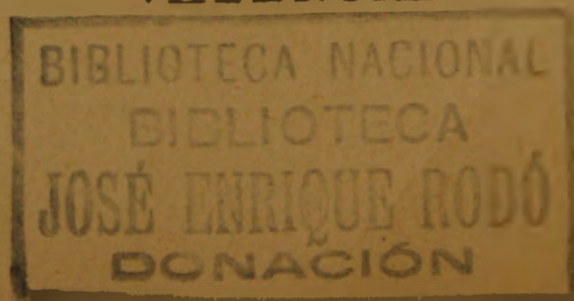
*Beaucoup d'entre vous ont une  
meure spirituelle, indépendante  
de leur demeure matérielle.*



DR. 483.270

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

VALENCIA



---

*Esta Casa Editorial obtuvo Diplomas  
de Honor y Medalla de Oro en la Expi-  
sición Regional de Valencia de 1909 y  
Gran Premio de Honor en la Interna-  
cional de Buenos Aires de 1910.*

---



---

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp. — VALENCIA

# PRÓLOGO

---

## “Dakuóen guelasasa,, (1)

Quien más sabe de gloria sabe más  
sentir de pena.

F. DE HERRERA.

El más puro padecer trae y acarrea  
el más puro entender...

NAVARRO LEDESMA.

*Dakuóen guelasasa*, palabras sublimes que el divino Homero pone en boca de Andrómaca ante el susto de su hijito Astianax, sorprendido por la deslumbrante presencia de su guerrero padre, son las que me vienen en mente al prolongar este ensueño de la dorada mocedad en flor.

Antes de pasar de lo real á lo imaginario, dos palabras, caro lector.

Vivía Sordello Andrea, griego de origen, inglés de crianza, en un país sin ideales, donde la gente existía vegetando, lo más fuera posible del trato de gentes.

*Haec est hora vestra et potestas tenebrarum* (Esta es vuestra hora de tinieblas), díjole su alado espíritu. Ve-

---

(1) Entre lágrimas riendo.

dábanle la acción fecunda encumbradas personas parteras que todo lo disponían á gusto de su envidia, infatuación é ignorancia supina. Aunque animoso, viril y robusto, sólo le quedaba un recurso: el ensueño. Esta obra fué su sueño. Aprendió por ella á ver las cosas desde lo alto.

*A thing of beauty is a joy for ever.  
Its loveliness increases; it will never  
Pass into nothingness.*

Grande sólo por la mente y poderoso por el amor á la belleza, todo en Sordello quería ser anchuroso y amplio. Rebelóse el artista contra la servidumbre, y tuvo en el dolor su cuarto de hora de gloria pura y santa.

Comprendió lo que los helenos entendían por la pureza de la línea y de la forma. Saber buscó entusiasmado el helenismo que el Renacimiento resucitó. Sintióse frente á esas dos sublimidades cual Benjamín Haydn, cuando recién fueron descubiertos los mármoles de Elgin.

Rodeóse de influencias griegas y renacientes por el puro deseo de vivir más y mejor.

Luego se puso á meditar para él y los que aun conservan en el corazón nobleza de raza.

Por este ideal vivió ufano en medio del rigor y pudo alentar, aun en el yermo espiritual, su anhelo de libertad personal, de paz, de hogar, de amistad, de amor, que es el afecto de Dios.

Su vida aparecíasele, entre un círculo de insidias y suspicacias, cual la de aquellos mancebos en la flor deslumbrante de su juventud, hijos de poderosos reyes sojuzgados por el águila romana. Condenados á galeras, semidesnudos sobre el banco de forzados, aun mantenían tersa la frente, altivos los ojos y el continente bello



de guerrera estirpe. Al remar sobre las aguas tranquilas, al resplandor de una noche de luna, podían olvidar su amargura mirando serenamente el infinito luminoso y creerse aún grandes. Á gusto podían soñar en los óptimos frutos que su poderosa juventud podía asir tan fácilmente. Pero... el camino es eterno; efímero, sombra evanescente, el viandante. La inmensidad oscilante los conciliaba con sus verdugos. Pobres hombres eran ellos, que en la violencia de su vacuidad intelectual y afectiva no sabían lo que hacían. Despreciaban á quienes mejor podían servirles, ya con noble fidelidad de amigo ó la luz de su cerebro.

Ninguna envidia, pesar alguno remontaban al deshecho corazón de la gran alma en pena en aquellas noches de embeleso lunar.

Las estrellas bailarían siempre así divinas. Babilonia, Nínive, Grecia, Roma, eso era lo irreal fundamentalmente, lo que no existía; la eternidad sólo era lo real, lo incommovible.

Á pesar de lo enseñado en los palacios de mármol, cabe las telas flordelisadas, las copas escultas, las almas desenvueltas y de la sugestiva helenización, hallo que el héroe Marcos sólo era el mismo Sordello, bajo el disfraz de un mortal fascinador. Un ser grande es de toda edad...

Á quien belleza y amor han moldeado,  
vive para siempre, para siempre.

• • • • •  
Á todos los amantes de la belleza y el pensamiento sereno, como lenitivo de la incultura ambiente, recomiendo este libro del alma hermosa...

ALBERTO NIN FRÍAS.



Relación de "Marcos, amador de la belleza,"  
con "Sordello Andrea,"

---

II

LA ADOLESCENCIA

*Nur wer der Sehnsucht kennt,  
Weiss was ich leide!  
Klein und abgetrennt von aller Freude  
Seh ich aus Firmament  
Nach jener Seite  
Ach! der mich liebt und kennt,  
Ist in der Weite  
Es schwindelt mir, es brennt  
Mein Eigerweide  
Nur wer dee Sehnsucht kennt  
Weiss wass ich leide.*

*Kennst du das Land, wo die Zitronnen blühn,  
Im dunkeln Laub die Goldorangen glühn,  
Ein sanfter Wind von blauen Himmel weht,  
Die Myrte still und hoch der Lorbeer steht?  
Kennst du es wohl? Dahin!  
Dahin! möchte ich mit der, o mein Gehebter, ziehn  
Kennst du das Haus? auf  
Säuler ruht sein Dach  
Es glänzt der saal, es schimmert das Gemach  
Und Marmorbilder stehn und sehen mich an;*

*Was hat man dir, du armes Kind getan?  
 Kennst du es wohl? Dahin!  
 Dahin! möchte ich mit, dir, o  
 Mein Beschützer, ziehn  
 Kennst du den Berg und seiner Wolkensteg?  
 Das Maultier sucht im Nebel seinen Weg,  
 In Höhlen wohnt der Drachen alte Brut  
 Es stürzt der Fels und über ihn die Flut:  
 Kennst du ihn wohl? Dahin!  
 Dahin geht unser Weg, o Vater, lass uns ziehn!*

GOETHE.—Lied de *Mignon*.

## INTRODUCCIÓN

El viaje á Italia fué un momento decisivo en el desarrollo de Sordello Andrea: egresó del círculo encantador, mas limitado, del hogar. Su pequeña alma, sin despojarse de candor é inocencia, conoció la sensación de alegría desbordante que se apoderó de los diez mil ante el mar: ¡Halata! ¡Halata!

Finalmente el joven contemplaba su patria definitiva, porque donde es mayor el número de cosas bellas, allí sólo puede estar tranquilo nuestro corazón. En Italia, por la cual suspira todo verdadero artista, como la *Mignon* de Goethe, renació el alma de Sordello, despertósele el sentido literario. Su alma, blanca y pura, recibió—sugerido por el cielo de Nápoles, las ruinas de Pompeya, el Vaticano, Florencia, Roma, Venecia, para reducir á nombres tanto deslumbramiento—la impresión más profunda de su vida. Á ello debe, años después, el haber reunido en un solo haz el amor al *Cristo* de Leonardo y al *Apolo* de Bellvedere.

El tiempo, en su vuelo incesante, transmuta glorias de antaño en sueños de arte.

Italia proclamaba para Sordello el goce del vivir dignificado por el arte y la energía. Quiso reunir sus impresiones dispersas sobre la península eterna, impresiones nacidas en una época inmaculada, entre todas sinceras, y escribió *MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA*. Es la fruición de su apasionamiento por Florencia, cuya grandeza no cesaba de ponderar. Y había en ello, por así decirlo, la nota ancestral, el eco lejano de su raza, que pretendía, no sin razón, haber emigrado á Atenas, en los tiempos que Pisa y Amalfi eran las reinas del mar Mediterráneo.

Cuando un Marcos nace, el mundo hospeda al superhombre.

Precedo, pues, la adolescencia pensativa de Sordello —el diario íntimo del viaje clásico con sus ingenuos balbuceos, su admiración serena, pero profunda— con esta novela corta. Preludio alguno podrá ajustar mejor nuestro psique á las más puras melodías de un artista que amanece.

Durante un día sereno, sentado yo en la pendiente rápida de una colina boscosa, mi espíritu se confundió con toda la belleza del árbol, cielo y aire puro. No sé por qué coincidencia reposó mi pensamiento en Florencia, y como sueño de una época gloriosa, vi desarrollarse las escenas de este cuento. Ha sido la última excursión al país de los ensueños infantiles, cuando amaba revivir la historia. Era entonces tan ardiente y plástica la imaginación, que los pájaros del aire, los peces del mar, los hombres de las cavernas y los camaradas de las villas, las reinas, princesas, hadas y gnomos, hacían cortejo al vuelo de mi espíritu. Mis armas no conocían

la derrota; poseía el casco de la invisibilidad, las botas de siete leguas, la llave abridora de todas las puertas y la varita que transforma todo en oro. Era feliz: el invencible, el conquistador y mi reino, la infancia que ya jamás volverá á alegrarme. Este cuento fué el último de mis ensueños.

. . . . .



# DEDICATORIA

---

*Un dolce amaro, un si e no mi muove.*

## *À Vagn Halfðan le Normand Simesen*

*dedico este libro del alma hermosa, MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA, como homenaje á un afecto que tantas cosas hondas y bellas hizo decir á los más insignes intérpretes del humano Renacer. Me refiero á la amistad entre seres fascinantes y hombres de una vasta mente. Majadero sería citar á Shakespeare y el joven de principesco vivir á quien dirige su joyel de sonetos; recordar al cumplido caballero de la corte de Isabel de Inglaterra sir Philip Sydney fuera baladi; evocar á Leonardo da Vinci y sus discípulos adorantes, todos posesos de alguna condición física atrayente, ó pasar por algunos poemitas del diván persa de Goethe á Johann Joaehim Winckelmann, para quien la amistad inspiradora fué uno de los más poderosos motivos que hizo viviente su helenismo.*

*Tras toda cosa exquisita hay algo trágico.*

ALBERTO NIN FRÍAS.





# MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA

---

## I

### FIÉSOLE

El sol se levantaba sublimemente sobre la ciudad dormida. Florencia, la capital del pensamiento y del amor á lo bello, se deshacía del velo que ocultaba sus encantos como una joven desposada. Aun yacía en la semiobscuridad la grandeza de los palacios y la esbeltez de los campanarios. Por momentos se iluminaba la cúpula de Brunelleschi y el campanario de Santa Cruz erguíase complacido á los tibios rayos del sol naciente.

En el palacio Pitti reinaba el silencio augusto. El Arno corría terso y suave bajo el puente mármreo de la Trinidad. En el de los mercaderes comenzaba el movimiento pintoresco del abastecimiento local.

En los jardines de ensueño la frescura matutina penetraba gozosa á desperezar los cipreses y los álamos. Los rosales y lirios glorificaban á la auro-  
ra en sus vestes húmedas.

La mañana se anunciaba por el tañir de la campana del monasterio de Fiésole, que dominaba el Arno. Entre olivos y castaños, con la vista hacia Florencia, Fiésole se presenta como uno de los sitios más bellos del mundo.

Los monjes del célebre retiro eran llamados á maitines. Por los largos claustros, que un Luca della Robbia había ornamentado de clásicas molduras y bajorrelieves inspirados, caminaban los frailes, con el prior á la cabeza, en dirección á la iglesia.

Entre ellos se destacaba un joven de diez y ocho años, de porte digno y proporcionado. Su belleza era extraordinaria, de aquellas que nos maravillan. Giorgione parecía haber dibujado sus ojos profundos y lucientes; Boticelli los abundantes cabellos áureos. La dulzura característica del peregrino de Fra Angélico brillaba en su rostro. El encanto radiante de la juventud le circundaba como un nimbo de luz. La mirada serenísima revelaba una mente en éxtasis. Parecía caminar de nuevo sobre el mundo, Narciso ensimismado de su propia perfección. Era Marcos, heredero al protectorado de Florencia. Pertenece á una de las familias más renombradas de la época, tan célebre por su sagacidad refinada como por su amor á lo bello. La mórbida herencia se había detenido en este príncipe, cuya vida era tutelada por la contemplación de la belleza. Sucedió en su favor lo que observara Goethe cuando una familia se mantenía por largo tiempo: la Naturaleza acababa por producir un individuo

que encerraba todas las cualidades de sus antepasados, uniendo y complementando todas las disposiciones hasta entonces latentes.

Sus padres habían muerto envenenados, se decía, víctimas de la envidia que les tenía el déspota reinante, su tío. Por un milagro había escapado de la misma suerte el apuesto adolescente. Fué recluído en el monasterio de Fiésole con el designio de que se hiciese monje. El perverso deseo del tirano no se cumplió: Marcos creció como heredero presunto al gobierno de Florencia. Era él uno de esos seres que con su presencia nos hacen olvidar el mundo y sus mezquinos intereses. Atraía y sugería grandes pensamientos. Á su lado se sabía lo que debía ser la paz divina. No se borraban sus enormes ojos abiertos á lo invisible.

Su prodigiosa personalidad vivía en la belleza.

Sobreponiéndose por una esmeradísima educación á las crudezas bárbaras, su intelecto habíase emancipado por completo. Pasaba por la Italia de Maquiavelo y César Borgia como un Samuel.

No en balde había crecido en el destierro cerca de sus dulces padres, en el silencio maravilloso de un castillo que se alzaba vecino al mar Tirreno.

Había visitado la Hélade y Tierra Santa con su padre, noble caballero y erudito. Corrían boatos extraños sobre la infancia del príncipe. Gustábale manejar valiosísimas telas para figurar á Salomón, César ó Heliogábalo, arquetipos del esplendor humano. Cuando niño, su mayor deleite consistía en

dar representaciones teatrales con los pajes y nobles jóvenes de su séquito. Gran movimiento reinaba entonces en el castillo. Se bajaban tapetes, cuadros, armas, cotas de malla, sedas y joyas. Organizaba cuadros vivos que sugerían las delicias de las cortes orientales ó el triunfo de algún emperador romano. Su espléndida madre, Beatriz de Saboya, veía en esta sed de lo eterno bello un pronóstico de próxima exaltación para su hijo.

Lo fantástico, lo singular, lo refinado, le atraía. Nada satisfacía tanto su instinto estético como andar en góndola, ricamente cubierta de paños y embalsamada por perfumes de Oriente y flores de la primavera. Á la luz argentada de la luna y al son de la viola ó el mandolín, se paseaba por el mar acompañado de dos amigos favoritos, Ghiberti de Carregi y Astor Manfredi, tan luminosos y agraciados como él. Durante esas noches de paraíso había balbuceado esta canción alada:

Llévame, góndola ligera,  
do no hay pena;  
boga, boga sobre el azul del mar;  
del mundo huyo con mi amor.  
Á lo lejos, de la sirena oigo el fascinante cantar,  
y el abismo me atrae cual el placer.

Anda, anda, botecito,  
cada vez más lejos,  
mientras me mezcán brazos amantes  
y despierte en la infancia de oro.  
Á lo lejos oigo de la sirena el fresco cantar:  
el abismo me atrae como el sol...

...Á veces desaparecía del castillo desde el amanecer con el infortunado Astor Manfredi, que pereció á manos de los sanguinarios Borgias. Tenía por entonces diez y siete años, y eran sus formas tan gráciles, que podrían haber servido de modelo al *San Sebastián* de Giovanni Bazzi. Cuando salía palpitante de su baño en la laguna del bosque, esparcía tanta gracia y armonía su cuerpo perfecto, que era fácil y encantador transportarse á los tiempos cuando el mundo adoraba á Diana y Apolo.

En el ambiente lleno de paz los dos amigos leían á Platón, con esa avidez por la antigüedad que indujo á Segismundo Pandolfo Malatesta á traer de Grecia los despojos mortales del filósofo Gemistos Plathon y enterrarlos en la soberbia iglesia de San Francisco de Rímini. La amistad de los dos jóvenes era apacible, espontánea, inspirada como el alma entusiasta y fervorosa del maestro ateniense. En el diálogo de los discípulos sobre las ideas gubernamentales del Divino, se exteriorizaba la dignidad de futuros gobernantes esclarecidos. Un observador hubiese atisbado en los rasgos antinoianos y los gestos elegantes el poético heroísmo y el coraje ideológico de la adolescencia, el encanto de ser estudioso, el culto del arte y la amplitud en la comprensión.

Benvenuto della Robbia, escondido tras un árbol, escuchó y refirió después en sus relatos de esta corte la conversación siguiente sobre la evolución del gobierno, según *La República*.

Como ofrenda á la memoria del maestro que encendiera tan poderoso amor en las almas jóvenes, se empezó el estudio con este soneto en alas de tierna melodía:

¡Gentil mariposa que vuelas hacia un lirio,  
susurra al oído de quien, como tú,  
liba la quintaesencia de la fruición!  
¡En ti medito, Platón, ateniense pensativo,  
con mi hermano del alma, Astor magnánimo!  
¡Oh maese beato! ¡Ven á nuestro sabio ágape,  
á posar con gesto ritual la hostia  
del saber todo, potente, ideal!  
¡No te atrae nuestra melodiosa juventud,  
ebria de lo infinito!  
Tus dioses son los nuestros.  
La amistad nuestra rústica, fraterna, profunda,  
¡ven con nos, como en divina alegoría,  
estrella de Atenas, intérprete de Dios!

Se hizo una pausa anhelosa, y luego habló Astor con voz musical:

—¿Recuerdas, caro, la postrer lección de maese Marcilio Ficino sobre las formas sucesivas del Estado? El Divino considera á la aristocracia como el reinado ideal de los filósofos. Es el gobierno de los guardianes el concepto del estado perfecto. Cuanto se realiza en el mundo tiende luego á caer. Se llega á la fruición tan sólo para desaparecer. La perfección fuera en ese sentir uno de los medios dispuestos por Natura para el aniquilamiento. El primer paso hacia otra forma se debe á la falta de sabiduría por parte de los guardianes. Ello

subleva á la clase auxiliar. La timocracia se pronuncia. Honor relativo, amor á los puestos por la aureola en que se ven envueltos los agraciados, figuran entre las aspiraciones de los timócratas. El militarismo florece.

—Pasemos á la oligarquía—interceptó Marcos, y prosiguió en el tono abstracto que daban sus estudios:—Los guardianes se manifiestan avaros: el comercialismo se infiltra en las transacciones del Estado. La Naturaleza, apetitiva, busca satisfacerse. La ola del poder se dirige hacia la clase artesana. Constatemos aquí la transición entre el deseo y la voluntad. En seguida tenemos la democracia, reina de los apetitos. Impera el tercer elemento de la trinidad social. El lujo y la licencia se extienden á todas las clases. Este estado conduce al relajamiento de las costumbres.

—La intuición de Platón es maravillosa—añadió Astor—; paréceme leer la ciencia de las mentes humanas en sus relaciones entre sí. La tiranía está madura para manifestarse. En el conflicto de los diversos apetitos, uno llega á preponderar sobre los demás. Impera entonces el deseo, la ambición del mando con el fin de impedir á la sociedad gobernarse á sí misma. Todos estos cambios, como es presumible, van precedidos de reacciones mentales y morales correspondientes. Cuando la aristocracia pierde sus raíces en el alma, declina y el guardián se vale de la astucia para gobernar. Considera al poder como un medio para enriquecerse. El

hijo adora abiertamente lo que el padre cuidara de ocultar. Aunque todavía se deje guiar por la razón, adquiere más coraje. El joven timócrata ha perdido el amor á la sabiduría por ella misma y trasciende las consecuencias puramente éticas y espirituales. Á fin de distraer la opinión pública de su persona, fomenta la guerra. Abandona la serenidad del pensador por la agitación tumultuosa del héroe. La pasión del mando le impulsa á rodearse de una escolta, reclutada entre los que le admiran sin reserva. Como Julio César en Roma, se granjea el favor de los esclavos. Al establecer su guardia personal, le otorga verdaderas ventajas sobre las otras clases sociales.

—El joven oligárquico que le sucede—prosigue Marcos, cual si la mente de los dos mancebos tuviera, como el dios Jano, dos órganos de expresión—debilita el elemento heroico que aun seducía á su padre. Según aconteció otrora con la sabiduría, sucede ahora con el heroísmo. La riqueza embota los sentidos del mandatario. No puede sustraerse á su fascinación. Acaso su madre le señale muy quedamente el camino del éxito; son los contratiempos en que incurrió su padre. «No podrías ser más mundano, hijo mío», le susurra la madre. El joven cede al deseo y como Adán corre á gustar de la fruta prohibida. La fe que sus abuelos cifraron en los dioses invisibles, él la pone en los cofres fuertes. Sale apasionado del jardín de la razón divina para experimentarlo todo. No exige de la



experiencia finalidad alguna, sino el goce del momento fugaz. Sólo permanece del lado asoleado de la casa del vivir. Aleja y evita todo pesar, toda fealdad. Á veces, si el alma conserva cierta pureza y la inteligencia no se ha eclipsado por completo, cultiva como lenitivo al remordimiento el amor á lo bello. Entonces, de repente, se revelan las aptitudes artísticas de la raza. El humor batallador, la conciencia, ceden á la imaginación en busca de oro. Es la situación de nuestra Itálica adorada! ¿Hay mayor placer para un príncipe que el ser recordado por grandes obras de arte? Decía el abuelo que dentro de cincuenta años nos expulsarían de Florencia, pero quedarían la Academia, San Marcos y las colecciones inestimables de libros y manuscritos reunidos por él. Los vicios de la sociedad y del tirano pierden parte de su fealdad en esta época sanguinaria y esteta, al rodearlos de tanta cosa magnífica y hermosa. El déspota gobierna halagando á la clase baja. Ésta finaliza por imitar su desenfreno en los apetitos. La armonía de la comunidad ha sido destruída por vez primera. Los ricos aparecen, y con ellos el pauperismo. Precipita este desequilibrio el avance del joven demócrata. Es él un usurpador: sin rastrear su origen á la clase más alta, ha vivido en su contacto, envidiándola desde el fondo de su corazón. Reflexiona sobre los medios de derribarla en su provecho. Ha gustado de todos los privilegios. Hasta entonces ha sido cortesano. Para servir su política se hace



simpático á todos: adula al pueblo. En momento propicio lucha contra la aristocracia y termina gobernando despóticamente.

Hubo una pequeña pausa. Cada cual admiraba atentamente la sabiduría del maestro. Sentían en su dulce plenitud ese goce particular de comprender á fondo una gran idea. Mas no era posible continuar meditando ante la belleza tranquila del bosque. Por encima de los castaños primorosos se adivina el argentado hilo de agua que serpentea al pie de la colina. Una melodía fresca como la sonrisa de una joven flotaba en la atmósfera de paz: provenía de una cascada artificial, protegida por juveniles tritones y náyades esquivas hechas de mármol. En lontananza cual un punto brillante perfilábase Florencia, misteriosa como la adorable alegoría de Sandro Boticelli.

Si llamado á simbolizar su ciudad natal, el Tintoretto escogió por tema el paraíso, el sibarita florentino sólo podía pensar en la primavera.

Ardillas satisfechas de su libertad, cruzaban de cuando en cuando las largas avenidas de cipreses y olivos. La luz semejaba haber esparcido por sobre todos los objetos ligero polvo de oro, tan luminosos se destacaban ellos.

Imitando á los mil seres que por allí corrían, Marcos y Astor se echaron á correr. Asidos de la mano bajaron vertiginosamente la pendiente, mientras el goce del vivir más profundo dictaba á Marcos esta cancioncita:

Musita mi alma la mayor alegría.  
 Quisiera siempre permanecer en este momento.  
 ¡Cantemos juntos á Apolo, vivamos en lo bello!  
 Eternamente unidos, como filósofos reinemos.

. . . . .  
 El crepúsculo de esa tarde singular sirvió de  
 ejemplo á Guido Reni para su grandioso triunfo de  
 Apolo.



**La fausta nueva**

La procesión ingresó en la capilla.

Meditabundo, Marcos se sentó cerca del prior. Vestía soberbio traje: malla celeste y jubón de terciopelo azul ribeteado de armiño. Un cinturón de hilo de oro, incrustado de inmensos diamantes y zafiros, ajustaba el talle. Sobre el pecho ostentaba una gran cruz bizantina, resplandeciente de piedras multicolores. El déspota sólo podía haber dirigido en parte los acontecimientos.

Marcos nunca habíase sentido tan feliz como en este ambiente de arte y santidad. Los monjes de Fiésole eran todos artistas, y de no escasos méritos. Construían su basilica, pintaban sus amplios muros y esculpían las imágenes de los santos. El joven se hizo querer de todos y ejercía la autoridad de su buen gusto. Vivía como soberano en un vasto relicario de arte. Frescos del Giotto; algunas vírgenes del idealista Sandro; madonas de Filippo Lippi; bambinos del Verrocchio; cuadros del donoso Andrea del Sarto y del nobilísimo Ghirlandajo, contábanse entre los tesoros ofrendados á la gloria del Altísimo por los sabios beatos.

Imaginaos, lector, el taller continuo que ofrecía el valle del Arno en este momento de exaltación artística. Al gigantesco esfuerzo del espíritu humano por alcanzar la perfección sensible, uníase el descubrimiento de las obras de la antigüedad, sepultadas por manos piadosas en las faldas de los montes ó los vergeles de las casas solariegas. La fiebre de materializar toda imagen de belleza culminaba en este sitio, tan lejano en algunos respecto del mundo, y por otros tan cercano á él. El alma de Marcos se empapaba aquí del ansia infinita de lo eterno armonioso. Para cultivar lo que más amaba, este retiro era excelso. Serenas transcurrían las horas de su vida...

Un día que vagaba por las laderas del parque con sus galgos favoritos, se detuvo ante una lagunita atraído por la calma perfecta en que sus aguas se hallaban. No pudo menos de sentirse como frente á un espejo, y se miró en él.

Lo que allí percibió, sólo él podría describirnoslo. Había columbrado sin duda en ese instante, el más feliz de su vida, algo más que sus facciones de elegido de la Naturaleza.

Largo tiempo permaneció empinado sobre el borde como en éxtasis: potente magnetismo del silencio divino. Experimentó esa imperiosa necesidad soberana de los superiores de hablar á solas con Natura, participarle sus deseos, aliviarse por supremas confidencias. Fuera de nosotros mismos, ¿quién nos comprende? Cual si de súbito el espíritu

de la fuente se encarnara en la ninfa de antaño, oyó distintamente este plan filosófico: «Perfecció-nate por el cultivo de un idealismo ensoñador. Será la escala conductora á un plano más alto donde nadie, sino la Divinidad ó los divinizados, puedan habitar.»

Volvió en sí porque sus lebreles, al observarle tan intranquilo, se sobrecogieron de espanto y comenzaron á ladrar. Levantóse un nuevo ser. Por vez primera se le había revelado el alma y sus posibilidades.

Esta sublime nueva nos llega por diversos conductos. En este caso fué al través de la belleza fisionómica donde el perfil clásico ostentaba la misma iluminación é inocencia que en Grecia. Desde ese día su vida iba á cambiar. No alcanzo á explicarme exactamente lo que por él pasó, mas creo se repitió la leyenda de las leyendas, la de Narciso, tan poco comprendida y amada. Semejante aquel garbo adolescente, vislumbró el alma allende la perfección de su cuerpo. Sólo podía vivir ya en un ensimismamiento completo. Quedó pensativo viéndose tan lleno de Dios. Desde ese momento su vida no pasaría inadvertida para el resto de los seres.

Al regresar al monasterio, el prior, estupefacto, observó el cambio operado. Su mirada irradiaba belleza, serenidad y el más sutil pensar. Lo besó en la frente y dijole: «Monseñor es un santo.»

Todos sus compañeros notaron también la sin-

gular transformación, y aumentó la veneración en que se le tenía. La verba de Marcos volvióse de una elocuencia arrebatadora. Hablaba como inspirado del arte y Natura. Á su alrededor había siempre un círculo de devotos. Vida nueva sopló por el cenáculo. Se inició con empuje la ornamentación de la capilla de San Sebastián, para cuya efigie el príncipe había servido de modelo. Marcos estaba representado en actitud altiva, bien alta su hermosa cabeza enrulada. Un pensamiento que ahoga todo sufrir físico, presta al rostro una expresión resignada. En la mirada penosa se distingue al héroe de la razón, inapto á sucumbir bajo una lluvia de flechas. Su tarea parece ser la conquista de un mundo social como *La República*, de Platón. La atildada anatomía palpita, se estremece y poco falta para oír el ritmo de la respiración...

Los arquitectos resolvían formas cada vez más atrevidas y un monje genial, pero modesto, proponía erigir un monumento á la memoria de sus padres...

Cogitaba Marcos este proyecto, cuando llegó hasta el santuario el redoble de campanas, proveniente del valle. Lorenzo había fallecido. Al prior de San Marcos lo habían llamado para confesarlo. Debido al torpe deseo de predominio, aun en el trance supremo, el monje había rehusado darle los sacramentos. Había expirado en el abandono. Los cortesanos sólo habían amartelado sus dádivas. Era Marcos su sucesor inmediato.

Una comisión de altos dignatarios de la pseudo República se encaminaba ya al apartado Fiésole para notificar al heredero.

Sin ceremonia penetraron en el templo. Después del toque del clarín, dado por los heraldos, el Gran Secretario leyó un documento por el cual Marcos sucedía á su tío como jefe y protector de Florencia.

Con alegría parsimoniosa recibió la nueva. Por un momento pensó en la pérdida de la quietud tan cara á su espíritu y lloró conmovido. No por mucho tiempo, sin embargo, pesaron sobre él la inquietud y el pavor de lo desconocido. Recordó el instante divinal de su vida. El poder ponía á su alcance el medio de extender á muchos su incomparable dicha. Pensó poder elevar todo un pueblo á su visión y producir por ella la edad de oro. Transformar pretendía á la sociedad por lo bello.

Con voz clara y vibrante pronunció el juramento aceptando el gobierno.

Cantos de júbilo resonaron por las naves. Fué entonado el *Te laudamus*. En breve tiempo todos los cirios se iluminaron y las campanas esparcieron por los ámbitos la gloriosa noticia. La luz del sol naciente, filtrando al través de los coloreados ventanales, dió tintes fantásticos á la escena allí desarrollada. Todos á una aclamaron al nuevo amo. El prior, con sus acólitos revestidos de purpúreas dalmáticas, avanzó al sitio ocupado por Marcos, invitándolo á colocarse bajo el palio.

Entre nubes de incienso, las espadas desenvai-



nadas de los caballeros y los vítores, á los que se mezclaban cantos de algazara, fué conducido Marcos al portal del hogar sereno de su vida y de aquellos hombres fuertes y puros. Abrazó fraternalmente á cada uno de los monjes, y en particular á Fra Angélico, por quien tenía una intensa amistad.

En el camino hacia Florencia, muchas ideas atravesaron su mente.

¿Cuál sería la forma de su gobierno? ¿Qué fuera menester para imperar sobre un pueblo voluble y refinado como el florentino, habituado á la molicie enervadora?

Con la rapidez del relámpago extendiéronse sobre él dos imágenes: la ciudad platónica y el reino preconizado por Cristo.

Si los sentidos clamaban por las dulzuras contemplativas del banquete, su alma, enternecida por el hablar del mártir, ansiaba la vida activa. Quería hermanar, confundir los dos cultos, el estético y el del esfuerzo en una fórmula que sería su divisa: «Reformar por lo bello.»

El encanto pujante de las colinas y vergeles del Valdarno, la límpida belleza de la torre del Giotto, la grandiosidad de la cúpula de Brunelleschi, nunca habían cautivado tanto el mirar de Marcos, sediento de placeres estéticos.

Florencia, para él, resumía cuanto Grecia había producido de más perdurable. Extendida entre colinas de olivos, otrora sacros, poseía en su períme-

tro la intelectual ciudad patria de tantos perínclitos varones el palacio de Arnolfo, la Loggia de Orcagna, el palacio Pitti, Santa Croce, el Duomo y el incomparable Baptisterio.

Sus iglesias resplandecían con frescos recién pintados; en las villas moraba una aristocracia comercial, culta, pulida, refinada, altiva, ingeniosa y ventolera de su humanismo. El florentino alejaba de sí cuanto no acrecentara el placer artístico.

Era esta la urbe máxima ciudadela del saber, del arte y del buen gusto, en sus revelaciones más introspectivas de sibaritismo intelectual. El otoño tendía sobre la nueva Atenas un manto de tan alta idealidad, que el significado del mundo se ahondaba en contemplándola. Comprendíase el apasionamiento del florentino por el arte y la ciencia. Medio alguno podría engendrar temperamentos más sensibles á la fascinación de la belleza; allí habían esculpido Ghiberto, Donatello, Luca Della Robba, Pico; Poliziano y Ficino, tendidos laboriosamente sobre los manuscritos de la antigüedad, restituían la majestad de ese mundo á la humanidad largamente privada de la luz. Ficino, el director de la novel Academia, quemaba lámpara votiva ante el busto del Maestro, cuya República correspondía á la nueva Jerusalén del *Apocalipsis*.

---

### III

#### **La época: lo que era el arte á la sazón**

*Virtu:* «Tener fe en sí mismo en toda circunstancia; planear, ejecutar.»

Marcos se hacia cargo del Estado florentino cuando el Renacimiento daba sus más preciados frutos.

De Grecia quedaron el atleta y el artista; la belleza psicológica, la hierática belleza del coraje físico y el refinamiento de los sentidos.

El Renacimiento aporta otros dos predicados sociales. El arte deja de servir únicamente á la religión, pone el hombre bien parecido, hábil y afortunado en el lugar de las deidades mitológicas ó los personajes de la Biblia.

El campeón de esta edad es el condotiere en lo dinámico y el artista en lo estático, el hombre que lo mismo maneja el buril que el pincel ó el compás del arquitecto.

Más confiado en su propio vigor, el ser humano reproduce, enriquecidos, los atributos helénicos. La

mente se ensancha en los libros, en los edificios, en los grandes organismos sociales, y sorprende, no ya la acción cercana, sino remota de los dioses.

Por eso se singulariza este período de casi dos siglos por un gasto extraordinario de energía mental en favor del arte.

La función artística traslada las visiones del espíritu á términos concretos.

Como antaño la escultura en Grecia, la pintura sobresale entre todas las actividades superiores.

El cerebro innovador tienta palpar el cambio advenido en el mundo visualizando las ideas, que más libres de la censura eclesiástica y política, tramontan como una nueva creación.

Los superhombres intelectuales gobiernan y apaciguan á la bestia humano. La sociedad se habitúa á las actitudes del artista, el desinterés, el placer noble, la alegría subjetiva, el desprecio por la trivialidad y el crimen.

Para borrar la pesadilla medioeval—siglos de laboriosa gestación—, el arte se brinda generosamente y cubre á la península de inmortales beldades, que tan de menos echan los artistas en países nuevos. Fuerza era destruir toda imagen del mundo anticuado, inapto al culto de lo bello, que durante veinte décadas formaría el ideal supremo. Por él y para él se vive y se lucha. El estilo gótico cae en desuso, se eslabona la arquitectura de entonces con la de Grecia y Roma. A todo trance, la sociedad huye del claustro y de lo lúgubre. Vida nueva,

vivir exuberante, el arte entremezclado á todas las cosas, días alciónicos aparecen, porque se vuelve á considerar á la Naturaleza.

No debe limitarse esta revolución espiritual, según Burkhardt, tan luego á una renovación de la clásica antigüedad, sino su trabazón con la genialidad del pueblo italiano.

El verbo humano es encarnado en la gloria de la libre Naturaleza. Á causa de la manifestación estética reconstruimos mejor la redención espiritual.

El arte y la razón eran puramente subjetivos, sin ningún elemento social consciente. Lejos nos vemos de la condensación del esfuerzo colectivo con que sueñan algunos teorizantes modernos. Artista, vale decir individualidad, y no puede ser de otra suerte sin falsear por completo el concepto.

Á pesar de ello, estudiado de lejos, el conjunto histórico se pronuncia en todos esos fuertes creadores que lograron, dentro de la sublime sencillez, los más recónditos secretos del arte.

Un humanismo de fuerza inagotable despuntó en ellos, porque siempre ocurre que siendo muy intensamente personales reflejamos á la masa. Todo es uno y lo mismo.

Renacimiento é individualismo designan una misma cosa. Resucitad, para convencerlos, los diversos Estados peninsulares y sus infinitas maravillas. Soñad en Venecia y la suntuosidad inenarrable de sus hijos. El vivo colorido de sus palacios decorados por el Ticiano, el Tintoretto ó Pablo

Veronese surge junto al Gran Canal, la Giudecca, San Marco, reluciente como un tizón encendido. Florencia, la Toscana, ningún libro soñado es asaz voluminoso para aquilatar sus riquezas artísticas: es el hogar del genio, si lo hubo ó habrá jamás.

El gusto más depurado, la fuerza más fecunda, una actividad incansable y la profundidad de la idea, diferencian á estos admirables toscanos.

«Bellísima y famosísima hija de Roma, Florencia», la saluda el Dante.

En cada una de las iglesias, los cuadros, las esculturas ó los libros hay una personalidad robusta.

Desde 1420 á 1540 los arquitectos toscanos levantan palacios como los de Pitti, Rucellai, Strozzi; iglesias como las de San Lorenzo, Santo Spirito y otras no menos grandiosas.

El anhelo de rodearse de cosas bellas favorece á los interiores también, otrora fríos y desmantelados. ¿Qué joyas de decoración muestran las alas artesonadas? Sus paredes, decoradas con frescos monumentales, tapices de inestimable valor, ya sobre los muros ó los embaldosados preciosísimos, aquí y acullá una virgen de Lorenzo di Credi ó algún mármol de Donatello, difundiendo por la estancia un rayo de luz espiritual. Y olvidaba la policromía de los Della Robbia, arte sedativo donde la vista se reposa y deleita en la fuerza armónica de líneas blancas sobre fondo azul.

El sol magnífico que baña esta soberana orna-

mentación se concentra en los patios estilo Brunelleschi con su algibe de mármol; allí confinan las magníficas gradas que conducen á los terrados luminosos. El detalle más nimio revela un genio superior en la parte arquitectural. ¡Qué decir de los otros de hermosura indescriptible, contruidos sobre espacios escalonados, donde el mármol matiza el verdor obscuro del ciprés! ¡Semejan sitios encantados!

Horas, días, años de exquisito contento podríamos pasar en este recinto, casi inconfundible con la urbe perfecta de Platón. Añoran en nosotros á pesar del deseo de hacer labor puramente didáctica, líneas melódicas de una *canzone* que el Dante elevó á su mística dama:

*Io non la vide tante volte ancora,  
ch'io non trovassi in lei nuova bellezza.*

En Milán, si son menos las sorpresas, encontramos *La Cena* de Vinci, florentino al servicio de Ludovico Sforza; la *Pietá*, de Giovanni Bellini; San Ambrosio; el octógno bizantino de San Lorenzo; el *Ospedale*, y á pocas leguas la admirable *Certosa* de Pavía.

Sin el más leve error de apreciación, Wálter Peter define el *Renacer* un movimiento de variados aspectos que se caracteriza por el amor de las cosas del intelecto y de la imaginación por ellos mismos, juntamente con un anhelo de modalidades más liberales y hermosas en el vivir.

Insistiendo en lo propio, otro comentador genial atribúyete grandeza, por no haber buscado resolución de ningún problema social ni el de preocuparse de ellos, sino haber dejado desarrollarse al hombre libre, bella y naturalmente. De este modo se dieron grandes artistas individuales y personalidades.

Existía en todas partes un febril encendimiento, del cual surgió uno de los mayores indicios del secreto que aun enropan á la vida humana.

La obra de la clásica antigüedad se mostraba cual símbolo de la majestad. Una inspiración divina incita á los que describen su civilización en el arte ó en la literatura.

Una ráfaga de ansias sublimes sopla por sus telas de jóvenes, siempre seguros de sí mismos, maravillosamente prendados de alegría, esperanzados, ardorosos y entusiastas por el tiempo en que viven.

La sociedad entera considera que una sola cosa perdura: la creación sugestiva del artista.

*Tout passe l'art robuste  
seul á l'éternité.  
Le buste survit á la cité.*

---



## IV

### Lo que nos dicen algunos cuadros

La mentalidad creadora de los italianos encuentra la belleza en todos los objetos, aun en los más modestos del lar familiar.

La vida social adquiere una elegancia, una dignidad que solamente ha vestido en los áureos días del imperio romano.

¡Observad á los renacientes en sus archilujosos trajes, preparados con géneros deslumbrantes, ribeteados de marta, cibelina ó armiño; miradlos en sus corazas, labradas como joyas; en los cascos relucientes, terminados en grifos, quimeras ó dragones vomitando fuego devastador!

Contemplad el soberbio retrato del joven gentilhombre atribuído á Rafael.

Se vacila entre las ponderaciones de la faz voluntariosa, el duro mirar, las cuidadas manos, el tinte de una frescura auroral ó de la veste carmesí cuyo fulgor mitigan las tonalidades más apagadas del jubón y del cuello de pieles. Los pliegues cadenciosos del manto, ejecutados á maravilla, son en verdad *degli abiti antichi* de esta civilización fastuosa.

Á su lado, la nuestra no cautiva ni conmueve.

Recorred toda la galeria de Giorgione; sus discretos patricios venecianos ó sus suaves y delicados adolescentes, con visajes tranquilos, francamente aristocráticos. ¡Cómo seducen la urbanidad de los gestos y la elegancia del atavío! Inmóviles, hablan como Pericles, con los brazos recogidos bajo el manto.

«Vivimos en una época de carácter—nos dicen—. Escuchamos á la única maestra capaz de enseñarnos cosa alguna, á la Naturaleza. Gozamos noblemente de los sentidos. Enaltecimos á los artistas, porque ellos eran los más aptos para transmitir en toda su pureza las imágenes del universo.

»Si acaso en nombre de una libertad ó moral política mal comprendidas y peor empleadas, fuimos esclavos de déspotas, fué únicamente porque ellos acordaban al ingenio un lugar eminente. Conocimos la infinita paciencia que pone un sello moral á toda producción. Amamos la magnificencia que presta á todo acto el relieve de la escultura...»

Giorgio Barabelli ha sido bautizado con razón el Heraldo del Renacimiento.

Sí que lo es, por poseer la intuitiva desenvoltura que aureola por toda la gente de positiva influencia.

*Mort d'amor a 34 ans*, según la frase de Beyle, que resume así tan conmovedoramente la vida encantadora de este joven vigoroso y espléndido.

Amó la belleza y la voluptuosidad con una pasión sin par.

Una ráfaga de ansias sublimes sopla por sus telas de jóvenes, siempre seguros de sí mismos, maravillosamente prendados de alegría, esperanzados, ardorosos y entusiastas por el tiempo en que viven. Giorgione ha sabido encalmar para siempre, como Boticelli, los más sonrientes aspectos del Renacimiento; la exaltación romanescas, su salud tranquila, la esencia misma de esa olímpida, su atmósfera espiritual, para decirlo todo con una expresión socorrida.

La belleza inexhausta del momento histórico agiganta su hondor al aislarlo de la parte política, pues si su arte fué Ariel, el gobierno siguió la férula de Calibán y tiranizó á las masas.

Del lado de los contemplativos se avista la serenidad de las horas. El poder ejecutivo explota su acrecimiento de energía en satisfacer ambiciones de expansión territorial.

El arte, sin embargo, distrae aún de sus crueldades al peor de los tiranos. Ni su astucia ni su ferocidad les inhibe proteger á las artes.

Á todos se impone el creador de bellezas. El régimen, aunque imperfecto, concede al *bel viver* el primer puesto.

Benvenuto Cellini, varias veces asesino, escapa á toda sanción penal. El mismo Papa es encargado de disculparlo, sugiriendo que un hombre de tales condiciones está por encima de las leyes.

Ya antes de Clemente VII, Cosme, su abuelo, el *Pater Patriæ*, había absuelto á Filippo Lippi de una grave falta: el rapto de una religiosa. Á la queja de los parientes de la monja, el gran ciudadano responde con el encierro. Dada el alma ardiente y exaltada del pintor, nada puede detenerlo. Fabrica con las sábanas de su cama una escala y huye, para reanudar su aventura.

Por fin, Cosme de Médicis le otorga plena libertad, justificando su nobleza de ánimo con estas palabras, que nos transmiten su pasión por el arte sublime:

«Que se le deje libre; los hombres de talento son esencias celestiales y no bestias de carga; no es menester encarcelarlos ni violentarlos.»

Razón suficiente acompaña á Hipólito Taine cuando imputa á los italianos de entonces el propósito de conducir la vida como una bella fiesta.

Donde la audacia personal, el *virtu* y el cálculo más sutil consiguen todos los éxitos, pocos escrúpulos pesan. Para descansar de los manejos y horrores á que abocan desmedidas ambiciones, recurren los poderosos al gran ilusionador, al mundo armonioso detallado por el artista. El remordimiento se diluye como el azúcar en el búcaro cincelado por Cellini.

«Para asir bien el sentimiento particular de este arte exquisito—escribe la más penetrante de las pensadoras modernas—, examinad al mismo tiempo retratos italianos del siglo XVI. ¿Otra época? ¿So-

bre todo, otra raza? Bien quietos se mantenían en en sus marcos esos italianos famosos por su verbosidad, gesticulación y pasiones sin tasa.

»Antes de posar en lo del artista, quizá habían apuñalado á alguien ó lo hicieron al salir. En los retratos, son de una inmovilidad sorprendente los ojos apacibles, las manos sin proyectos. Sucede que los grandes retratistas expresan con sus modelos pasajeros el alma fija de su raza y que el inglés, bajo la fría corrección de las apariencias, está hondamente agitado, mientras que el alma italiana, no obstante el medio violento, es de una manera notable tranquila...

»Sin embargo, existe un retrato de Ticiano en el cual se revela la agitación interna. Es la efigie de un hombre. Él no está allí para siempre, no posee la paz. Recuerda y quiere. Los más bizarros secretos palpitan en las niñas de sus ojos; se trata del cuadro de aquel joven inglés que se ve en Florencia» (1).

Á César Borgia le describen altanera la cara, la mirada de acero, el cuerpo erguido como una barra férrea, dotado de trágica superhombría. El Bronzino lo ha pintado en un pomposo jubón carmesí con aplicaciones de piedras preciosas. Bajo sus hispanisimos rasgos, en los cuales se piensa divisar sangre mora, vive siempre este hombre en una estética apostura. Poco molestaremos los ma-

---

(1) Ver *Foemina, L'âme des anglais*.

nes de este bravo, cuyo puñal no respetó ni al mismo hermano, el atildado duque de Gandía. En los propios brazos del padre, hunde el acero toledano en el cuerpo efebo de Perosi, facsímile de Antinoo.

Sin exagerar, semeja la divisa del momento: «Gozar ó matar.»

Los que acaban, en todo caso, por imperar en la evolución social, son los espíritus constructores. En tanto que á los Borgias, algunos Médicis, los Sforzas, los Aragón de Nápoles y otros de su temperamento apasionadamente sensual y sanguíneo, se les resucita para excitar la indignación, resplandecen con destellos siempre noveles Lorenzo de Médicis, Juliano de Médicis, León X, Julio II, Miguel Ángel, Rafael, Savonarola, Leonardo da Vinci, Pico della Mirándola, Poliziano, Pulci, Botticelli, Correggio, Federico de Urbino, Leonardo Aretino, Maquiavelo, Alberti, Eneas, Silvio Piccolomini y centenares de otros, cuya sola enumeración necesitaría un infolio.

Detengámonos ante los mejores hijos del neopaganismo, frente á los que pensaron más personalmente: los movía la religión de la belleza y un respeto casi supersticioso por la jerarquía de los talentos.

Adoptando el lenguaje divino del Dante al mencionar á Tomás de Aquino, podía invocarse de ellos: «Quienes en la carne compenetraron más la naturaleza angélica y su ministerio.»

Mirado de lejos, el Renacer aparece como un gigante adolescentuario. Al traspasar el umbral, no más, veremos animarse *dolcissimo salutare*, para servirnos de mentor, aquel culto mozo amigo de Giorgio Castelfranco.

Es hermoso, más hermoso que todos los Narcisos, por lo viril del continente y el señorío del robusto cuerpo. Cuando se le ha contemplado una sola vez se le quiere mirar siempre, tal es la fascinación que ejerce.

Carilampiño, ancha la frente ambarina, serenos los ojos, llenas las mejillas sombreadas por una abundosa cabellera que cae graciosamente sobre el cuello, se adelanta hacia nosotros en su veste violeta. Pertenece, se adivina de inmediato, á esa sociedad veneciana esencialmente aristocrática que el Ticiano inmortalizara más tarde en sus magníficas telas. He aquí la altivez de la persona que, á fuer de bella, disfruta de todos los privilegios del patriciado y de una mente clara. Ha cuajado su ideal este mancebo garbo; se lee en la emoción espiritual, despréndese de su *noncuranza* y la señoril donosura de la *pose*.

Este cuadro hermosea la realidad vívida, resuscita el trabajo interno, sutil y múltiple; equivale á una biografía, está tomado cuando el joven había profundizado la sabiduría de su inocencia.

Auna el análisis anatómico de la escuela en boga y la síntesis avasalladora de Rodin. Visión pascual, el existir está más influido aún por el am-



biente de elegante epicureísmo que por las torturas de la sensibilidad moderna. Sabe de la vida el instante adorable del refinamiento espiritual. El retrato respira la hermosura irénica de la victoria de su patria como sus otros camaradas, por bosquejar aquí. Todavía el cuerpo humano, en su perfección, es tenido por la más preciada ofrenda del Estado. El cuadro aludido, el más seductor de los de la época, luce todas las cualidades que eternizarán el encanto del Renacimiento.

Ese busto representa el despertar de la juventud después de los fatigosos sueños de una edad caduca.

Conozco entre las maravillas de Rodin una estatua de adolescente que corresponde á esta pintura por su simbolismo. Es «la edad de bronce», ático duplicado de ese mohín ascensional ejecutado por el hombre, toda vez que vitorea la intuición sobre el prejuicio secular.

Florenxia y Venecia alcanzan, la una el cetro del arte, la otra el del comercio; en el mundo no tienen rivales. Han recibido dadivosamente con el imperio de la inteligencia la virtualidad del lindo físico.

Los habitantes de esas ciudades afortunadas galardean esa poesía íntima que inspira y sostiene á toda sociedad muy civilizada.

Este doncel de la luenga cabellera undosa, para distinguirlo una vez por todas, aparenta haber reunido en un haz la fruición de la vida *cuatro-*



*centesca*: encantadora, vibrante y poderosamente creativa.

Á Dios se le humaniza. Sostiene la razón que el misterio de vivir involucra todos los devenires que nos acerquen cada vez más á la omnipotencia. Hase realizado el pensamiento de Cristo: buscad dentro el reino de los cielos. Ya no zozobran las apariencias engañosas. Elohim está más vecino á nos que lo que hasta la sazón ha dejado entrever el sacerdocio mediador. Ese es el descubrimiento inicial que agita á todos y les selecciona entre los representantes de la evolución histórica.

Siempre que esta verdad ha sido escuchada ha florecido un notable movimiento artístico é intelectual.

---

**Días alciónes**

*Lo gran desio dell'eccellenza.*

DANTE.

Era en 14..., cuando despuntaba el apogeo del Renacimiento. La sociedad había desollado para siempre la fuente de Juvencio. El arte y el pensamiento, tanto tiempo comprimidos, rompían los férreos moldes. Los dioses que se creían perdidos resucitaban más lozanos. Se sucedían sin cesar las justas, fiestas, triunfos y cortejos. Boticelli garzoneaba sus veinticinco años; Ghirlandajo frisaba en los veinte y treinta y cuatro tenía el Verrocchio.

Donde tan ardorosa juventud sentaba sus reales, fingirían visiones de un mundo arrobador. La risueña y suntuosa mocedad pontifica en este amanecer. Sobresale el barón hermoso, espléndidamente modelado, voluntariosamente levantisco, capaz de las mayores pasiones y de la placidez más poética. A juzgar por los pintores, el vestirse constituye un deber de los que más preocupan á estos enamorados de la vida terrenal. La plétora

de artistas señala hasta el exceso la intensidad de la vida, bajo las formas del esplendor esteta. El italiano sentía en verdad ser ciudadano del país más avanzado de la tierra. Todos los cuadros de entonces ofrecen crónicas en colores del desnudo y personalismo vivir. ¡Franca, vigorosamente, se pronuncian, progresando en el descifrar de las cosas temporales y eternas!

Se cuenta de Luca Signorelli—refiere Vasari—que perdió un hijo en Cortona, rapaz de singular belleza fisonómica y apuesto de cuerpo, que el artista amaba tiernamente. En su dolor, el padre desnudó al hijo, y con una constancia de alma extraordinaria, sin soltar una queja ni verter una lágrima, pintó el retrato de su hijo finado para poder, mediante la labor de su propia mano, contemplar lo que Natura le había dado y arrebatado una adversa fortuna. Con almas tan soberbias y apasionadas, deleita remontarse á las causas de la majestad itálica. *L'uomo universale* sólo podía aparecer entre estas titánicas personalidades.

Ampliando una inscripción, esculpida al pie de un reloj de sol, en un yerto jardín de Venecia, podía resumirse así la perfectibilidad de estos superhombres: tan sólo vivían cuanto las horas de la triunfal conquista de un alma más serena, más noble, más luminosa, más desbordante de amor por todo lo ascendente.

Jóvenes agraciados, hermosas doncellas, matronas dignísimas, grandes señores, papas egregios,

cardenales, embajadores, dogos, á todos les han inmortalizado en la hora del éxito. Aun en los cuadros bíblicos, la irresistible dicha asoma al punto. El Cristo, la Virgen, San Juan, los apóstoles, los mártires han pasado por la Hélade grácil y sonriente. Allí perdieron todo sentir ascético. La canción compuesta por Lorenzo el Magnífico para el triunfo de Baco y Ariadna anuncia tersamente el ansia de cosas nuevas, la busca del placer y el esplendor del lujo.

*¡Cuanto é bella giovenezza,  
que si fugge tuttavial  
Chi vuol esser lieto, sia:  
di doman non c'è certezza (1).*

Se vivía de prisa, como si al momento siguiente suspendiesen el sensorio de la belleza dinámica. Los personajes representativos mueren jóvenes. Pongo por ejemplo la muy alabada Giovanna degli Albizzi y Simonetta dei Cattanei, Juliano de Médicis y Lorenzo Tornabuoni. Todos ellos fueron símbolos vivientes. La raza vuelve á beber el sol vernal. No gusta maridarse la belleza sino con formas juveniles.

Lorenzo Tornabuoni y su esposa, la preciosa Vanna, tejen con su existir cercenado la perfecta

---

(1)            ¡Cuán hermosa la juventud,  
qué presto huye!  
Quien quiera ser feliz, lo sea adieso;  
del mañana no hay certeza.

imagen de la exaltación efímera. Lorenzo de Médicis dispone su casamiento y lo hace celebrar en Santa María de las Flores. La novia llega al Duomo escoltada por quinientas doncellas, pertenecientes á las más ilustres familias, vestidas de blanco. El acontecimiento se desarrolla entre los portales bronceos de Chiberti, los bajorrelieves del Giotto y la cúpula de Brunelleschi. Los testigos oculares de tanta pompa se llaman Boticelli, Verrocchio, Ghirlandajo, Niccolo, Florentino. Casi al día siguiente estos artistas se preparan á perpetuar tanto esplendor, sabedores de que este vertiginoso vivir no puede ser sino transitorio, mientras cosa de arte se eterniza.

El radioso Sandro, con sus pronunciadas facciones seductoras, se instala en la villa, donde los jovenzuelos casados han ido á deslizar la luna de miel. Decora él los muros de ese palacio de Eros. En bronce modela Nicolo Florentino, presuroso fija los rasgos del radiante casal. Ghirlandajo traslada la bella Giovanni á una tela conocida mucho tiempo por la *Laura de Petrarca*. Más tarde la pinta en el rostejo del fresco de la visitación de Santa María Novella: *Castitas, Pulchritudo, Amor*.

No bien han finalizado su obra laudatoria estos artistas cuando la muerte, visitante tan frecuente durante el Renacer, arrebató á la patricia de su amativo ensueño. Tenía veintidós años. Fuése á reunir con sus hermanas en lo bello. ¡Cuántas jóvenes desaparecidas en el mundo por una fatalidad inex-

plicable, cuando todo lo embellecían y renovaban con la luz de sus pupilas y la esbeltez armónica de sus talles. Polizziano, el fino cronista, en su epitafio, describe admirablemente la impresión que produjo á su alrededor:

«Nobleza de sangre, hermosura, hijos, riqueza, amor conyugal, chiste, distinción en las maneras y en el alma, todas esas cosas me han hecho feliz, pero los Destinos Cruentos, para tornar mi muerte más amarga, me las han mostrado más bien que dado...»

De ahí en adelante vivirá con Francesca de Rímini; Margarita de Francia, Blanca de Castilla, Eloisa, María Estuardo, Jane Gray, Catalina Sforza, Simonetta Vespucci, Lucrecia Tornabuoni y Tulia Aragón, como apariciones inmarcesibles de lo eterno femenino.

El atrayente Lorenzo figura en un frasco donde está recibiendo los dones de las musas. En su calidad de profundo humanista y esteta, colecciona medallas para el Magnífico.

Estamos en 1497, la escena ha cambiado. Los Médicis han sido desterrados. Después del reinado de la befa y el ingenio más pristino, Savonarola capitanea el voluble pueblo á la reacción puritánica. El árbitro del estetismo moral y el venerable Bernardo del Nero, se ven envueltos en una conspiración para entregar Florencia á sus risueños príncipes mercantes. Tornabuoni es sometido á la tortura. La extrema juventud del acusado, su fer-

viente admiración por las obras de arte, su gran hidalguía confunden á sus jueces. Se busca salvarle. Los ocho de la paz se recusan; el Consejo de los Ochenta pide una asamblea consultiva. Durante nueve horas la suerte de los cinco partidarios de los Médicis es discutida apasionadamente por ciento ochenta jueces. Decide Savonarola su muerte. Lorenzo es el último en ser ejecutado. ¡Cómo conmueven sus rozagantes veintinueve años su orgullo de sabio! Nada le había sido negado de lo más horrible. Conoció el amor entre las flores y los cipreses sobre la logia de casi etéreas columnitas. Sandro Boticelli refleja su amoroso encendimiento en célebres frescos. Vino al mundo cual triunfador; vivió cual diletante junto á Lorenzo y Juliano en la intimidad de los más notables. Vertiginosamente consume su fulgor la antorcha gloriosa... El hacha nubla la retina sobre la cual se formaron las imágenes más dignas de ser vistas. Ayer no más pudo incorporarse como un joven dios y desafiar al mundo; hoy pasa en una camilla semejante al último criminal apenas amortajada la garrida forma. Aun sus enemigos más encarnizados no quieren acreditar sus ojos; es ello creíble. ¿Adonis transmutado en Sebastián? Húmedos los ojos, Luca Landucci relata la pavorosa efeméride en su dietario. Espió al pasar del desdichado joven...

Así ocurre con casi todos ellos en esta época emotiva; lo fugaz de la dicha, la sinrazón de la vida, lo baladí del esfuerzo humano. Con la muerte

empezó para ellos la albura de una vida nueva. La luz más bella cuando más tardía.

Tiempo grande alguno se aquieta en la tumba de los que le ilustraron. Pacta con un ser cualquiera y lo inmortaliza... Diez años antes de este idilio dramático llegó á la ciudad un joven mercader florentino, Marcos Vespucci, primo del Américo cuyo nombre debía designar un continente. Traía consigo á su esposa, Simonetta dei Cattanni. Desde ese día puede decirse que el Renacimiento halló su reina. Había nacido en Porbe Vemere, cerca de Génova, de linaje de grandes navegantes y mercaderes. La adolescencia culminaba en su cuerpo de ninfa. Fué en el firmamento de Florencia la estrella de Génova.

Al conocerla Lorenzo y Juliano permanecieron deslumbrados. Durante siete años ella es el ornamento obligado de todas las festividades de la corte filósofa y epicúrea del Magnífico. Simonetta divulgaba por el ámbito principesco su gracia comunicativa, su optimismo y su idealidad irresistibles. Impera en el medioplatónico de las villas de Fiésole, Caffagnuolo, Carreggi y el palacio de la Vía Larga. El apasionamiento de los dos hermanos es puramente artístico. Las pupilas azules, la boca de un dibujo acabado, la frente de un extraordinario ángulo facial, la nariz de fino corte, sus trenzas abundantes, reflejaban á la diosa del mar que había venido á habitar entre los florentinos.

No primaba tan sólo en ella la hermosura; su



manera era dulce y atrayente. Polizziano le pinta de esta suerte:

«...Todos los de su intimidad ó á quienes dispensa la menor atención, se juzgan únicos en sus afectos. Sin embargo, mujer alguna es celosa de ella; todas la alaban sin restricción. Parece extraordinario que tantos puedan amarla sin perder la cabeza ni suscitar recelos...»

En su honor y á guisa de entrada triunfal en la corte se celebra la giostra de 1475. Coincide con el aniversario de su bautismo el 28 de Enero de 1475.

Á Boticelli se le ha encargado del estandarte que llevará Juliano. El idealismo consumado del maestro había representado á Simonetta remendando á Pallas con casco, lanza y la testa desgredada de la Medusa. La altiva diosa posa sus pies sobre el ramaje ardiente. Cerca suyo, Cupido aparece prisionero; rotas sus flechas; vacío el carcaj. En la parte superior lucía el sol; hacia él miraba la diosa. Era su divisa *La sans pareille*.

Tiene lugar el torneo sobre la plaza Santa Croce. Juliano de Médicis entra en la lid con su magnífico pendón; lo brinda á la favorita de los florentinos y vence fácilmente. Lo corona luego Simonetta entre los aplausos ensordecedores de un pueblo frenético por los bellos espectáculos. Se vive en la edad de oro.

En un tema fragmentario, Sandro ha reanudado ese momento lánguido y embriagador: Marte á los pies de Venus ó el areopagita vencido por

Friné. Juliano declina sus armas. Eros lo ha subyugado por completo.

El poderoso idealizador ha espejeado la apoteosis de su modelo *La Primavera*. He ahí la oda pictórica de su pasión y admirar. Ella cavó tan hondo surco en su alma, que, al expirar, treinta y cuatro años después de Simonetta, pidió ser enterrada á sus pies. Fiel había permanecido á su juvenil ensueño.

En la umbría silente do los naranjos dan su fruto de oro, ante una especie de nicho votivo, está de pie Madona Primavera ejerciendo incontestado imperio sobre las almas en su redor. Sobre su cerviz vuela Eros, asestando sus flechas á Mercurio, que tranquilo disipa la tormenta, presto á fundirse sobre este novel jardín de los Hespérides. Entre Simonetta y Juliano median tres gracias adorables, tanagramente enlazadas. La vaporosa vestimenta que recalca sus formas, sugiere la ilusión de atisbárselas al través de un mágico cristal. Al otro extremo tres figuras menos donosas, visiones de pesadilla, ocupan el resto del pensil. Priva en estas tres mujeres no sé qué dejo de locura. Una de ellas avanza en su pelo floreal como anticipando la prometida de Hamlet, esmaltando de florecillas el prado por donde la suprema ninfa pasará.

Una crítica zahorí, ultimando toda la intención del pintor, acaso leyera así la fantástica alegoría: Á la reina incoronada de Florencia se la ama serena ó locamente. Apasionarse de ella fuera sentir el

cosquilleo de la fragante primavera, eurítmica y florida fiesta de sol, concierto de abejas y mariposas, nupcias eleusianas en las cuales Endimión vuelve á encontrarse con Diana. Persephona, despierta y cesa el canto flébil por Adonis.

Estaba entonces el mundo civilizado en su vuelo primaveral. Á la vida real sólo se la tenía por tal cuando contorneaba la placidez de un cuento de hadas. Inspirándose en Bocaccio, la sociedad superior abandona el valle de lágrimas, va á los vergeles profundos, á los lares de amplias salas y loggias, sombreadas por velarios frutales.

Los versos del Magnífico, *La mente che non erra*, comentan acabadamente la escena incomparable:

Bien venido sea Mayo  
con su rústico pendón;  
bien venida la primavera,  
que alegra todo corazón.

Y vosotros, jóvenes, en tropel,  
con vuestras compañeras.

Vosotras que con rosas y flores  
adornáis en Mayo vuestra boladad,  
venid bajo la sombra fresca  
de tiernos árboles verdes.

Las fiestas, los pájaros  
trinan en Mayo su contento;  
que la joven y bella  
no se avergüence de su belleza;  
la juventud no renace como la hierba;  
que ninguna sea altiva  
en Mayo, mes de las flores.

El arte, como el amor, exigen un cultor apasionado; la serenidad dentro de la embriaguez; la paz en el deslumbramiento.

Breve al reinado de las alas. Un año después, «la divina» regresa al mar nacarado de donde salió á semejanza de Afrodita. En el fatídico mes de Abril, le ataca una fiebre intermitente. Sin pérdida de tiempo, es conducida á la orilla del mar, á Piombino, donde el pensativo amigo ya se había curado de una herida. Los Vespucci se consagran y agitan en torno de la enferma. Lo infinito del mar, sugere del vacío humano, no era, por cierto, el mejor consejero de un alma habituada á la más cortesana adulación. Urgentes asuntos de Estado impedían á los Medicis venir á su lado. Mensajeros continuos corrían entre la playa, Florencia y Pisa, para calmar los presentimientos funestos de los dos príncipes. Por las cartas del cuñado Piero Vespucci puede seguirse hora por hora el estado de la diosa encarnada.

Entre todos ellos, Simonetta era en verdad un rayo estelar. El 26 de Abril la gran campana de la Matriz redoblaba por el alma más bella que reinó en la metrópoli toscana.

**Miserere, Domine; requiem eternam dona ei,  
Domine**

La tisis la ha consumido. Recibe el Magnífico la nueva en Pisa, por intermedio de unos de sus cortesanos más adictos.

«El alma bendita de Simonetta ha ido al Paraíso. En verdad, es dable decir, haya tenido un segundo triunfo en la muerte, pues á buen seguro, si la hubieseis visto, la encontraríais tan linda y graciosa como en vida. *Requiescat in pace.*»

Lorenzo, el estudiante filósofo, á pesar de su frialdad y cierta dureza, trasluce, al evocarla, toda la grandeza y poesía de su ser:

«Como hemos dicho, murió en nuestra ciudad cierta señora, conmoviendo á todos. No es ello de maravillarse, vista la terrenal belleza y el mohín gentil que la adornaban; antes que ella, á nadie bajo el cielo ha podido paragonársele.

»Entre sus otras cualidades selectas se contaba su porte tan suave y atrayente, que quien departía con ella como amigo, creía haber caído perdidamente enamorado de su persona. Aun las jóvenes señoras de su edad no sólo no envidiaban su preeminencia, sino que ni le disputaban su sitio, la apoyaban y se complacían en su hermosura... Si sus dotes físicos la habían encariñado á la humanidad, el pensar por su muerte, por la flor de su juventud y por la belleza que resplandecía más aún que en vida, levantó en el corazón el ardor de un gran deseo... En verdad, cumpliósese en ella lo cantado por nuestro Petrarca:

La muerte se mostró hermosa en su rostro bello.»

La desaparición de Simonetta es considerada una calamidad pública, el círculo de los agoreros

presagios semeja ensancharse... La edad de oro pierde su cetro.

Toda Florencia sigue el ataúd donde duerme la faz lívida, coronadas de mirto sus trenzas opulentas. Á su paso, llora la muchedumbre.

Juliano, frenético de dolor, Lorenzo, Tornabuoni, Pazzi, Soderino, el anciano Cattaneo, acompañan á la idolatrada... Una gran luz se ha extinguido. La ninfa se ha recogido para siempre al bosque sagrado... Vive únicamente en los corazones de Juliano y Sandro...

Dos años más tarde, casi el mismo día del fúnebre aniversario, el aciago 26 de Abril de 1478, Juliano cae asesinado por secuaces de los Pazzi, en el coro de la Santa María de las Flores. Ha ido á reunirse con la primavera inmortal.

Por una ironía insondable deléitase Natura en aniquilar las formas más perfectas. La gentil pareja no pudo esquivar su obra perpetua de renovación. ¿Podría sobrevivir el príncipe á su Egeria? Su privilegio pertenecía á la clase de los dones infinitos, que sólo se poseen plenamente más allá de la muerte. Así parece quererlo el genio trascendente de las cosas.

¿No había aureolado su vida el símbolo vivo del Renacimiento, su alada sacerdotisa? ¿En los pliegues de su peplo movedizo, como las ondas multiformes, aportaba la libertad en la vida, la inspiración y la fantasía idealizantes? Individualidad expansiva, enseñó á todos que sabe vivir única-

mente quien irradia con la belleza ingenua, desnuda y generosa del alma, goces poderosos é independientes.

La gran moral natural es ir de frente y derecho á la fuente de los hechos, recoger los sutiles impulsos que rompieron con prejuicios, falsedades y astucias, poner á cubierto la inmaculada majestad del mundo psíquico más allá de la ética odierna y pretérita.

La Vespucci fué una gloriosa instintiva: por ello se la amó hasta la demencia y animó obras geniales...

El simpático Médicis había caído en la red de una Circe espiritualizada; ¿cómo libertarse del encantado círculo sino por la muerte?

Otro efecto produce en el alma de Lorenzo: los grandes deberes del cargo han endurecido su corazón. El dolor le inflama el numen poético. Dentro de las cuatro paredes de un salón no le cabe expresarse, sale al campo. La calma nocturnal de la primavera sublimiza el ambiente. Para pensar en tan risueña personalidad, clava la vista en el éter luminoso y parpadeante.

«Ved—le dice entusiasmado al caro amigo que le acompaña—esa estrella es el alma de aquella deliciosa mujer. No debiera sorprendernos este espectáculo: el ánimo de la dama gentil se ha incorporado á ese luminar ó se ha unido á él para brillar conjuntamente.»

¡Oh, lúcida estrella, que con claror trascendente  
 apagas la luz de todas las estrellas vanas!  
 ¿Por qué rutilas donde servir no puedes?  
 ¿Por qué aun pretendes batallar con Febo?

Enceguecidos por esta fiesta del amor y del arte, hemos olvidado á una egregia mujer, Lucrecia Tornabuoni, madre de Lorenzo, nuera de Cosme el Grande y abuela de León X y Clemente VII. Como una providencia, ella tiene en su mano los hilos del soberbio tapiz. Muy jovencita, se casó con Pedro el Gotoso, hombre enfermo, astuto, sin ninguno de los rasgos generosos que hacen perdonar los defectos. Durante diez y seis años es regente de la República Ducal. Su esposo reina, pero no gobierna. Al morir Pedro, los jefes de la ciudad deciden conservar el *capo della Republica* en la familia de Médicis, por el hecho de que ella tutela á sus dos hijos. El viejo Cosme la llamaba el hombre de la familia.

Y con todo, apenas semeja salir de su rol materno y de esposa.

No divide ni deslumbra para mantener su autoridad. En sus horas de ocio ha puesto en verso la historia sagrada.

Elige con tacto verdaderamente superior la esposa de su hijo, Magdalena Orsini.

Cuando Juliano parece asesinado, ella se encarga de su hijo natural, y de tal modo le educa, que la historia lo llama el papa Clemente VII. Pocas madres tienen el valor de un gesto amoro-



so mejor entendido. Crece el alma venciendo prejuicios.

Se conduce en verdadero estadista. Ignora el descorazonamiento. Vigila siempre el porvenir de los suyos. Ante el altar erigido á su hijo fenecido prematuramente, se la ve orar: asiste á su nuera en peligro de muerte.

Ella está en todas partes, desplegando esa omnisciencia y ubicuidad que son el privilegio de la madre. Así, no nos sorprende hallarla en el fresco mandado pintar por su hermano, el banquero, á Ghirlandajo, bajo los rasgos de Santa Isabel. La glorificación de la familia es completa.

Menos todavía nos maravilla que Lorenzo le dedique á su muerte, en 1542, estas palabras:

«No he sólo perdido á mi madre, sino á mi único alivio en mis numerosas penas y el refrigerio en muchas labores.»

Tan sólo la actividad benéfica puede producir la paz que irradia esta admirable mujer. ¡Poco perdura la torpe imposición!

Las finanzas y el arte se hermanan en esta sociedad. Tal la magnificencia de la vida, tal la soberbia y el tesón en comprender á Grecia, que nosotros, menos felices en este instante de vivir largo y malo, dirigimos la mirada hacia ellos para caer de hinojos y exclamar:

¡Deteneos, sois perfectos!

Tres años más tarde, el 18 de Abril de 1545,

excavando en la vía Appia, unos trabajadores lombardos descubren un sarcófago romano. Se trata de la tumba de Julia, hija de Claudio. El cuerpo era el de una jovencita preciosa, de quince años. Por medio de ungüentos y bálsamos había resistido á la putrefacción. La instalaron en el Capitolio. Toda Roma desfiló para ver el prodigio. En esta hora de febril sed por lo antiguo, las gentes, al dar rienda suelta á su imaginación, la vieron sin duda más bella de lo que era. Como la Vespucci, Julia presagia la resurrección del mundo grecorromano. El culto férvido de que era objeto excita el celo apostólico de Inocencio VIII. Hace sustraer el cuerpo durante la noche y lo sepulta en sitio ignorado por la muchedumbre. El Pontífice simboliza bien con su acto sorno esa política engañosa que traerá la ruina inevitable del Papado.

La mente tornóse con placer al patrimonio de Federico; conde de Montefeltro, duque de Urbino. Aquí volvemos á la paz de la cultura. En territorio aun más pequeño que el célebre reino de Navarra, sienta su corte el *condottiere* artista. Rivaliza con los reyes en séquito y caballería. Los más nobles de la época acuden á él para aprender el arte de la guerra y el adorno de la cultura social. Vespucciano cuenta que tenía á su servicio quinientas personas de la más esmerada educación. Dedicó quince años de su vida á coleccionar cuanto libro y manuscrito pueden adquirirse en el fecundo período por que las artes atraviesan.

Los eminentes servicios del duque á las potencias itálicas costean toda esta grandeza.

¡Cuán pródiga la luz de los libros! ¡Cómo suavizan el carácter y llenan el corazón de impulsos generosos!

Vale muchos renunciamientos el cultivo pertinaz del intelecto; enlazamos con la superior esa independencia interior que es el óbice del pensador. La fe más allá de las ínfulas omnicias del sacerdote mediador arranca veloz de este consorcio.

Por los tiempos corrientes, su sinceridad y acatamiento á la palabra dada son proverbiales. Rapaz todavía fué educado por Vittorino de Feltre en Mantua. En la escuela del renombrado pedagogo crecieron Chiberti da Correggio, Battista Pallavicino, Tadeo Manfredi de Faenza, Francisco de Castiglione, Gabriello da Cremona, Niccolo Perretti y otros hombres ilustres.

Aun cuando las más de las veces le retenían ocupaciones militares, el duque disponía siempre de un momento para releer las obras de Aristóteles. Por la *Cornucopia* podemos familiarizarnos con esta bella vida, perfectamente equilibrada entre la acción y el pensamiento.

Leed á Vespuciano: *Admirabitur in te divinam illam corpores proceritatem membrorum robur eximium...*

Salía á caballo al amanecer con cuatro ó seis garzones y uno ó dos criados á pie, sin armas. Pa-

seaba tres ó cuatro leguas y regresaba cuando el resto de su corte acordaba. Después oía misa. De allí se dirigía á un extenso jardín donde daba audiencia á los que venían á verle, hasta la hora del almuerzo. Mientras estaba en la mesa, todos los accesos del salón se hallaban abiertos de par en par, pudiendo cualquiera entrar á visitarle. Nunca comió sino con el comedor lleno de gente. Según la estación, se hacía leer obras espirituales en Cuaresma; en otras ocasiones, la historia de Tito Livio. Todo ello en latín. Su alimento era frugal; no tomaba dulce ni bebía vino, á no ser bebidas hechas con jugo de manzanas, granadas ó guindas.

Nada había negado á su curiosidad de amator; conversaba de arte como si fuera artista.

Poggio, Fontana y Ficino le dedicaban sus obras más importantes.

Fiel amigo, esposo considerado, patriarcal hacia sus súbditos, ofrece un típico ejemplar del príncipe modelo. Complaciale patrocinar los viriles deportes de la arrojada juventud. Hacia los pobres y desvalidos se mostraba misericordioso.

No en balde fulguró sobre su caballeresco pecho la orden de la Liga, conferida por Enrique VII de Inglaterra, la Papal de la Rosa y la de Arminio de Nápoles. Sirvió á dos duques de Milán, á dos reyes de Nápoles, tres papas y á la República florentina.

Guiobaldo, su hijo, anda por la misma senda. Sobre su corte está calcado *El Cortegiano*, de Baltasar Castiglioni.

El *bel viver*, púdico y sobrio, trasciende de este libro, describiendo el aspecto sonriente y brillante del Renacimiento. *El príncipe*, de Maquiavelo, sólo proyecta la tétrica sombra.

Su consorte, Isabel Gonzaga, ciñe también la diadema de una conducta levantada. Posee esa cautivadora distinción, sello de los magnánimos.

Víctima de su arrojo en los juegos atléticos, el duque pasa inválido los últimos años de su vida. Brillan entonces más lúcidas sus aptitudes filosóficas.

Sugestivo é hidalgo, su ejemplo moldea la poética caballeridad de las páginas de *El Cortegiano*. Son sus protagonistas la duquesa Isabel Gonzaga; Emilia Pía, la esposa de Antonio de Montefeltro; Ludovico, conde de Canosa; César de Gonzaga; Gaspar Villaviccini, Fregosi y fray Serafino.

La corte del serenísimo príncipe florecía romanescamente, conquistando la fama de espiritual, poética, heroica, pulida, pura y culta.

Hoy, aunque los contrincantes del torneo literario y moral han enmudecido para siempre jamás, sus siluetas erran por el mundo de las finas formas, recordando la dignidad señorial, la dulzura, la bizarría, la cultura y la heroica moralidad que informa todavía el concepto del gentilhomme. Su ejemplo no se perdió: fué utilizado para connotar las cualidades del hombre superior en sociedad.

. . . . .

Estaba por radicarse en Italia en la época aciaga en que César Borgia era el brazo derecho de la ambición paterna. Quería reinar sobre la Romania y las Marcas. Con ese fin atacó, uno á uno, los señores á quienes pertenecían esos Estados por derecho de conquista, despojo, donación imperial ó pontifical. Concedores sin duda de la clase de hombre que era el anormal duque de Valentinois, huyeron como ganado ante el incendio de la campiña.

Uno solo desafió su audacia sin escrúpulos: el joven señor de Faenza.

¿Con qué vocablos describirlo? Adolescente, encantador, potente entusiasta: *Jeune guerrier du drapeau de la beauté vivante*.

Conocerle era amarle. Tan poderosa fascinación fulgía de su juventud. Con sereno dominio de sí mismo resiste el alud humano. Casi un niño, tiene fe ciega en los tranquilizadores impulsos de un alma digna, inmaculada, fiel á la euritmia triunfal del Renacer.

Astor Manfredi se confía al coraje indomable de sus súbditos, que le amaban con el delirio de quien ha incorporado á su psiquis la idea de que nada es comparable á los dones de la juventud y de la belleza.

Aguardaba también el apoyo de su abuelo el hábil señor de Bolonia Bentivoglio. Vendido este cobarde á los franceses por cuarenta mil duros, notifica al infortunado mancebo que no puede compartir su defensa.

El dinero había influido más en su alma ruin que la voz de la sangre.

Tanta beldad moral, tanto entusiasmo, tanto derroche de donaire juvenil quebrantan por un lapso de tiempo al inexorable destino.

Astor resistió con éxito al mensajero del Papa, del rey y de la bastarda ambición de César Borgia.

Son necesarias tres guerras y aun no puede levantarse el sitio de Faenza.

Las escaladas, las sorpresas, baterías gigantes-cas, asaltos, brechas, todo se estrella contra la impotencia.

Diríase una nueva Suiza desafiando al Austria.

Garzón feliz, todo semeja sonreírle.

¿Derribará ó no la divisa cesaria: *Aut Cesar aut nihil?*

No pudiendo vencerle por la fuerza, el Borgia propone un tratado. Maquiavelo hásele sugerido, ¿para qué dudarle? El espléndido capitán, maestro consumado en artimañas, pretende postrarse ante esa valentía, jura, por Satanás quizá, respetar la libertad del invicto príncipe y las rentas de su dominio. Le ofrece hospitalidad en su campamento, así cual la araña atrae á la mosca, deslumbrándola con su morada espectral que desdobra la luz flámea á todos los vientos. Quiere actuar como padre y hermano cerca de esta naturaleza, promisoro de grandes hazañas. Reo de su magnanimidad, el joven se lo cree todo.

Un buen día, Astor y su hermano menor desaparecen de las carpas lujosas.

La historia de Ricardo III de Inglaterra y de sus sobrinos los príncipes de York es planteada de nuevo.

Lo que ocurrió con ellos es harto impuro para castos oídos.

Envilecidos á pesar suyo en ese antro de la desvergüenza que fueron los departamentos de los Borgia, amanecieron estrangulados poco tiempo después á las orillas del Tiber.

Episodio alguno de la tragedia, que á menudo circundó con siniestros tintes las perspectivas luminosas del Renacimiento, sacude como éste.

Cuanto existe de romántico en el ánimo, todo nuestro fondo de poesía, se encabritan indignados.

No sé de cierto si el arte pictórico ó el de Fidias plasmó al joven Astor en la eterna quietud. Sea de ello lo que fuere, como artista gozo en hacerle revivir, palpitante su anatomía de guerrero; los músculos en acción y transparentes las venas que surcaban la tenue epidermis; ágil y elegante la figura; vacíos los globos oculares, como para no percibir los horrores del mundo aquel, sino la límpida onda del mar interno; sobre la testa el casco de metal bruñido, terminado en fogoso dragón; una minúscula victoria ebúrnea en la palma de la mano; la lanza y el escudo reproduciendo las facciones de Medusa.

Tengo para mí que de la suerte ventilará la



gloria del triunfo, el símbolo siempre vivo del verdadero Renacimiento, aquel que fué una continuación del Ática pericliana.

Como Giorgione, como Donatello, como Pico della Mirándola, como Cosme de Médicis, como Lorenzo el Magnífico, como Juliano, como Botticelli, como Maquiavelo, como Miguel Ángel y otros tantos, merecía la más alta revelación del mundo invisible. Careció cual ellos de ese algo que hubiera endulzado sus penas y tornado hasta edificante el ser vencido por los hombres más odiados y funestos de la historia.

Oímos la voz de esos peregrinos de ultratumba en el melódico pensamiento del vidente hebreo:

«Viví cerca suyo semejante á quien fué educado con él; me regocijé en las partes habitables de la tierra. Mis alegrías provinieron de estar con los hijos de los hombres.»

Relátase del hijo de Andrés de Pazzi un episodio cautivador.

La luz de Grecia y la majestad romana, hermanadas al empuje titánico del *quattrocentto*, ocasionaban continuas conversiones á la belleza del saber, como finalidad de todos los esfuerzos y laurel de todas las victorias.

He aquí del modo, quizá recordativo de Sócrates, que el sabio Niccolo Niccoli ganó para la sapiencia á un devoto del *bel viver*. *Nulla dies sine amor*.

Halaga mirar al joven Piero con su tez bella y sonriente, con el pelo artísticamente redondeado, vestido con pompa elegante, *habiti antichi*; la púrpura luciente de las mangas y del birrete armonizan con la piel decorativa y el luciente cuello de encaje.

Sus ojos no poseen la firmeza serenante de la conducta regular, son vagos, vidriosos, turbios. No han medido sino el voluptuoso andar de los días.

Las manos venosas, la piel aterciopelada, no han encallado por el trabajo, sino por el desgaste pasional.

¡Espléndidas noches! ¡Ay de él, cuántas ha pasado sin asomar á la pura visión de los abismos temblantes!

Bajas, torpes aventuras han consumido su substancia.

Cierto día, al pasar por el Palazzo de Podestá, el magíster helenizante le detiene. El liviano Piero queda paralizado y se prepara á escuchar el reproche que, sellado aún, anuncian los labios enérgicos.

Pregúntale maese Nicolli por su padre.

—Messer Andrea de'Pazzi—responde gentilmente con ligero rubor.

Risueño prosigue el diálogo hasta ser interrogado sobre la vocación.

Desembarazado, Piero replica con un alza de hombros significativo, en el cual parpadea toda su avidez de gozar:

*Attendo á darmi buon tempo.*

Nicolli, abrazándole paternalmente con la mirada escrutadora, le dice á su vez:

—Hijo de tal padre y tan apuesto mozo; vergüenza es que no sepas latin, adorno excelente para ti. Si no lo aprendes, para nada servirás y así se marchite la flor de tu juventud, serás un hombre sin importancia.

¡Milagro estupefaciente! El pródigo penetra de inmediato la evidencia del aserto y arguye que aprendería si tuviese maestro. Le asegura su protector que lo tendría. Luego, después, búscale un profesor de Humanidades.

Desde ese día sereno y perseverante, dejó los placeres y se dedicó al estudio con ardor...

Maduro ya su entendimiento, vivió en la amistad de los sabios y grandes estadistas. Conocía de memoria la *Eneida* y muchas arengas de Tito Livio.

---

## CAPÍTULO VI

### **Filosofía del arte**

Tres tendencias se definen en el gran ciclo, representadas respectivamente por Rafael, Leonardo y Miguel Ángel Buonarotti.

El más joven de los tres, el divino Sanzio, recoge su inspiración en Grecia. Resucita la ingenuidad luminosa de ese cosmos tan chico que puede volcarse en dos provincias italianas y grandes, por un destino que todavía no ha terminado de cumplirse.

Ved sus tres Gracias, mármol puesto en colores. En la escuela de Atenas renueva el mismo prodigio una humanidad helenizada.

Era la gentileza misma, dice Vasari. Leonardo, el más genial y amplio espíritu de los tiempos dichosos, traduce á la Naturaleza tal como aparece al hombre profundamente en el acto de replegarse sobre sí mismo.

El alma de este coloso hace pensar en un terso cristal en que se desdoblara Natura, y al hacerlo, columbrará el mismo visaje sin el ceño reflexivo ni las huellas del dolor.

Si Rafael continúa á Fidias y Praxiteles, Apeles y Zeuxis, Da Vinci hereda directamente de Platón y Aristóteles.

Excede en todas las artes y ciencias con esa difícil facilidad que sólo pertenece al hombre de absorbente vida interna.

Existe para el saber. Ruedan los reinos y principados en tétrico tropel; caen las dinastías, desaparecen sus protectores, y él camina rítmico el paso, incólume é impasible. Puede cambiar á menudo de amo, porque en verdad sólo posee uno, la razón inmaterial; de una perfección física casi sobrehumana, anda por el mundo con la desenvoltura de un Dios.

Sonrisas enigmáticas, casi incomprensibles, cruzan las caras de sus modelos. La crítica es impotente para explicarlas. Es el primero en proclamar el eslabonamiento de todo lo existente. Anticipa en Leda la grandilocuencia que ha de animar siglos después á Hégel y á Taine. Él presintió el «axioma eterno» que por ondulaciones sucesivas se diversifica hasta lo infinito.

Incomprendido, peregrina mientras se necesitan sus eminentes servicios por las cortes de Milán, del Borgia y de Francisco I. ¡Qué soledad hubo de experimentar este ser singular, pensador de un mundo por venir, primo artífice de un nuevo orden científico! La mala suerte que se ensaña con todos los grandes arremetió contra su obra, destruyéndola en gran parte.

Menos venturoso que Rafael y menos feliz que el mismísimo Miguel Ángel, sus obras no ornamentan una capilla Sixtina ó estancias del Vaticano.

En el autor del *Cenáculo* y la *Monna Lisa* fructifica el esfuerzo todo de la época. De ahí que sociológicamente hablando sea él un puente entre esa era y la moderna. Semeja á Dafne convertida en un árbol, cuyas ramas cobijarán generaciones de generaciones.

Miguel Ángel sobrevive medio siglo á sus camaradas geniales. Si se echa de menos la objetividad hechicera de Rafael y la profundidad filosófica de Leonardo, le sobra alma.

Subjetivo hasta el exceso, su módulo consiste en la introspección. Toda la obra suya está amasada con sus aspiraciones, sufrimientos y apasionamientos. Los ímpetus dormidos de miles de almas despiertan en él para revivir titánicamente.

Fué Miguel, más que mortal, Ángel divino, para dar eco á las palabras de un soneto en su alabanza.

Es el más humano de los tres genios. Arde su alma cual la zarza que anuncia á Moisés la presencia sacrosanta del Altísimo. No le abstrae la ciencia, que fué el culto del discípulo del Verrocchio, ni la donosura de la sociedad adolescente que transportara á Rafael; su trirreme dirige la proa hacia la grandeza del individuo.

Ni el goce del vivir florentino, ni el epicureísmo de los pontífices de la casa Médicis le ahuyentan su preocupación absorbente. Concebía la sublimidad

de su destino: cuanto le embarazaba el realizarlo por completo lo sume en el dolor y el abatimiento.

¡Ved cómo gime por la perdida libertad de Florencia en la tumba de los Médicis! Comenzados antes de la tercera expulsión de los tiranos, trabaja estos grandiosos monumentos en secreto, mientras fortifica la ciudad contra el papa Clemente VII. Por fin los concluye, bajo pena de muerte, como condición del perdón pontifical.

Amenazada su vida por el tiranuelo Alessandro, fastidiado por los herederos de Julio II, cuya tumba quedaba inconclusa, se pliega á esta labor hercúlea.

Propiamente dicho, ninguna de las estatuas ducales es copia fiel del original, sino idealizaciones, cuyo grandioso modelo llevaba consigo el escultor. Se barrunta que significan la vida activa y la contemplativa, pues ya en el sepulcro de Julio II había intentado personificarlas en las efigies de Lía y de Raquel.

Juliano, duque de Nemours, tercer hijo del Magnífico, está sentado, sosteniendo en su mano el bastón de portaestandarte de la Iglesia militante. La fisonomía sugiere las facciones viriles de David. Del lado opuesto, descansando á la manera de un triunfador romano, se ve á Lorenzo, duque de Urbino. Piensa atenciosamente, mas no llora como el artista que, merced á la lucidez de su ideal, tiene accesible el corazón. ¿Qué ve? ¿Quizá el saqueo de Prato, la toma de Roma por el condestable de Bor-

bón ó prevé las atrocidades que su hija Catalina consentirá para extirpar el calvinismo de Francia? Acaso es por aclarar en su espíritu absoluto, vencido por la razón, ese anhelo todavía irrealizable, al cual sus antepasados y sus descendientes aportaron un esfuerzo varias veces secular.

¿No soñó esta raza principesca con aislar á la sociedad en la adoración del ideal estético? Es posible que el digno propósito hubiese germinado si esa curiosidad de arte, de agudeza en la comprensión, hubiéranse convertido en una necesidad social. No cruzó por entre los dichosos del mundo y la multitud la palabra de inteligencia que habría prolongado la edad de oro.

Los poderosos hubieron de beber más tarde hasta las heces, por la contrarreforma y el triunfo de Carlos V, la inmolación de todas las actividades á su egoísmo.

No supieron que en la victoria sobre sí mismos habrían encontrado lo que aleja la extinción y el atrofiamiento.

Allí, cual le dejó el buril del poeta épico, reposa, padre de males sin fin.

La faz surcada por eternas sombras,  
mientras fustigan los lentos amaneceres y ponientes  
las cenizas de su larga raza extinta,  
que jamás detendrá ya de los hombres el progreso (1).

---

(1) Versos de la poetisa Elisabeth Barret Browning.



Buonarotti sábese superior á esos amos pasajeros, cuyas hazañas celebra en los sepulcros más monumentales del mundo.

¿Qué le falta á este Prometeo para burilar la realidad como modelo el mundo de su cerebro? Precisa la fuerza bruta del número. Sin ella no se rompe para siempre la zofia supremacía.

No pudiendo sublevarse abiertamente al pie de los príncipes, para quienes León X quiso reinos y Maquiavelo escribió *El príncipe*, labra esos dioses caídos, que son la noche y el día, la aurora y el atardecer. En sus desmesurados tálamos cósmicos los gigantescos cuerpos se desperezan angustiados. ¿Qué ocurre? ¿qué pasa en la tierra?

Expresan, en mi particularísimo sentir, toda una filosofía de la vida para quienes sollozan bajo el dominio de la injusticia. Al dar forma humana á las poderosas é indiferentes potencialidades de la Naturaleza, mudas y sordas á primera vista á nuestros males, quiso aleccionarnos de que ellas vengan á las grandes almas. El triunfo, aunque lento y penoso, llega. La serenidad de espíritu que él había conquistado por el culto de lo bello era lo único, después de todo, para lo cual valía emanciparse. Para quienes puedan pasear su alma por una esfera tan vasta de libertad, Natura constituye un proceso de divinización, una atalaya del mar del infinito, donde el hombre compartirá la eterna dirección de las cosas. Dios moldeaba la materia pensante como él el albo mármol.

Por eso el pesar no se divisa en la silente majestad de los dos biografiados. Ellos vivirán mientras duren esos túmulos y él perdurará aún después que ellos sean olvidados eternamente.

Miguel Ángel simboliza el artista y su verbo, que á semejanza de la sucesión de los días y las noches, son eternos. Sólo sus dones flotan por encima de todas nuestras decepciones; él avecina á la sobrehumanidad; por él entramos en el reino de Dios.

Estudiemos *Los cautivos* del Museo del Louvre. Ha encarado bajo esas formas á dos temperamentos morales sometidos á la tiranía.

Uno de ellos, alma hermosa, se delata por la actitud suave y soñadora, naturaleza delicada, exquisitamente elevada.

El joven esclavo no desespera, no se debate en estériles contorsiones para huir de la servidumbre y sus miserias. Ha mesurado el valor de sus psiquis y ello le basta para existir relativamente feliz.

Entre el idealista y lo posible, interviene una *armonía prestabilita*; su percepción rebasa este cosmos infinitesimal.

Todas las estatuas y pinturas manifiestan la amargura de su alma, incapacitada de extender todo el arco pujante de su esfuerzo.

Sostengo con el maestro Rodin que el Renacer no fué enteramente la resurrección del racionalismo pagano y su victoria sobre el misticismo medioeval.

Miguel Ángel y Leonardo descenden de los

Cimambué y Fra Angélico: son los últimos jalones de esa evolución.

El escultor de *Moisés* rinde culto al dolor, tan particular del cristianismo y observable en el arte gótico. Da Vinci cierra el ciclo de la interpretación espiritual del mundo. Uno y otro suman á esos elementos archicristianos la audacia de la innovación que trajo consigo la cultura de la destruida Bizancio.

Sólo Rafael es completamente heleno, y por esa razón arribó antes que los otros dos á merecer el sobrenombre de divino.

Las tres maneras á que pliegan su genialidad estos maestros, se fusionan en una armonía singular, donde se confunden: la extrema frontera del gótico, el iluminismo del Giotto y Fra Angélico y la antigüedad, reproducida por un natural dichosísimo.

La evolución camina por etapas, perfectamente eslabonadas, atendiendo á la ley biológica de la desigualdad natural de todos.

Á medida que progresa el Renacimiento, tórnanse más reflexivo, y si apogea gentilmente en Rafael con la sonrisa sobre el bermejo sensual de los labios, llega el ocaso pesaroso y meditabundo cuando expira Miguel Ángel, el año 1664.

Aunque Benvenuto Cellini haya vivido más, Buonarrotti es el postrer de la raza prometea que al darnos el Renacimiento nos legó la mayor maravilla de todas las edades y un deleite perenne para los espíritus distinguidos.

**El carácter de Marcos: suave, austero***Si dolce e bello.*

Podría, ¡y con qué lujo de detalles! seguir las sombras del cuadro, resucitar en aquelarre de negra magia á los Borgia, los Sforza, Sixto IV, Inocencio VIII, Fernando de Aragón y algún otro monstruo de siniestra y torva mentalidad. Mas no lo tentaré siquiera; otra es la finalidad de mi ideal. Mi héroe, Marcos, remonta su origen á los David.

Conociósele pensativo como ese Augustal de ondeados cabellos, entronizado más allá de la noche y del día, bajo cuya semblanza Miguel Ángel glorificara á Juliano de Médicis, duque de Nemours.

Para su desventura enteróse tan sólo del cariz estético de la vida de su época. Se limitaron sus conocimientos bíblicos de la caída de Adán y Eva. Mostróle su educación toda únicamente la parte asoleada de la historia. En lo moral había cultivado esa superior indulgencia que todo lo comprende para perdonarlo luego. Se resistiría en toda oca-

sión á prejulgar de los hombres antes de agenciarles la oportunidad de presentarse tal cuales eran.

No acreditaba la maldad de los hombres. Afir-maba perennemente la libertad moral, expresando sin ambajes la personalidad.

Á Marcos me lo imagino como el más mancebo de los jóvenes cautivos de Miguel Ángel.

Quien contrarie su época, sólo puede merecer la corona del mártir.

Sin afectar misantropía, la sociedad no le atraía. La gente mundana vegeta satisfecha de sí misma, absorta en los intereses minúsculos, maliciosa y falsamente orgullosa. De Natura y lo bello no intentan arrancar los secretos ni el consuelo abundoso. Á todas luces le satisfacen los resabios de la vida sórdida y animal.

En el hondor casi hierático de la soledad, Marcos se sabía feliz, porque entonces uníase á espíritus puros y de luz. Momento ese en que la maravilla, el interés innegable, el misterio evanescente, la euritmia sin fin del universo le aparecían y lo amaba; arroyuelo metódico escanciándose en titánico río. Cosa alguna torna tan soñador como una infancia pasada solitariamente; distingue á estos seres ternura, ingenuidad y bondad á toda prueba.

¡Cuántas veces regresaba Marcos, como el sediento á la fuente cristalina, á la recordación de su infancia venturosa!

En ocasiones permanecía embelesado con la vi-

sión de una existencia de serenidad, contemplación y noble idealismo.

Desde pequeño se había desenvuelto entre vastos conceptos del pensamiento y del arte, sus ojos puestos en lo eterno hermoso.

La primavera había acelerado en sus arterias savia poderosa. Consideraba el mundo cual una fiesta etérea, de éxitos gloriosos y hazañas espléndidas. En su mente nutría anhelos grandiosos. De Apolo y Cristo se proclamaba mensajero. Sabía de muchas reconditeces que le acercaban á Dios por la libertad moral.

Semejante en ello á Elías, no acertaba con la Divinidad en el vértigo, el terremoto ó el fuego, el trueno ó el relámpago, sino en «la voz queda, muy queda», apenas perceptible, *quid inefabile*.

Dueño de una intuición trascendente, Platón divide á los hombres en apóstoles de lo ideal y la multitud de espíritus positivos que aborrecen la renovación de las ideas. La lucha se traba entre el progreso y el misoneísmo. Estos últimos temen el pensamiento como una fuerza nefaria; alardean del qué dirán y se alimentan de lo que fué. En un trozo de la profética *República* anticipa á Cristo, loco divino que, portador de la libertad, es desconocido y se le crucifica á semejanza de un malhechor.

Marcos, enamorado, digo mal, identificado con su ideal, quiere legarlo al mundo y sucumbe víctima de tan trágico anhelo.

No era llamado, no, á espaciosa vida. Debemos temer siempre por todo lo muy perfecto.

Su vivir jamás se engolfó en procelosas corrientes. Áureo halcón era el símbolo, como en el Egipto milenario, de esos seres perfeccionados que con los ojos abiertos desafiaban la plena luz del sol, á su vez símbolo de suprema Luz.

Para su desventura carecía Marcos de la experiencia reveladora, y así fué el Ananké de su existir una mujer, en cuyas redes se vió cautivo sin darse de ello cuenta.

Encerraba ella la astucia, la protervidad y el atrevimiento de la ignorancia supina.

Enajenó al mancebo por la lisonja y el fingimiento; se hizo á su género de vida; logró perderle en un laberinto de sensaciones. Cuando quiso reaccionar, ya era tarde, la cortesana no supo retroceder al pasado grosero é imperfecto. Había morado en una montaña, mecida por el arte y la poesía de psique, nuevas para ella. Un poema había sido su vida mientras duró el fatal idilio. Habituada á la constante victoria, roto su poder fascinador, su pasión acaso torpemente suscitada, pero después sincera, tornóse locura iracunda y vengativa. Todo, su dignidad, su fortuna, su paz, las inmoló á destruir su ídolo de ayer.

La lucha corta y dramática entre Diana Castiglione y Marcos de Médicis es de las más atrayentes tragedias sentimentales del Renacimiento.

Sobre la cabeza de este príncipe de la juventud,

en la tela de Leonardo se cierne el mísero destino que le burlaría la gloria y el poder.

«El gran arte es generalmente inconsciente, si no siempre.» Nada oprime más ni enaltece tan justamente como estas salientes figuras juveniles, señaladas por la mentalidad y el poder ejecutivo á realizar vastas finalidades, y no obstante, arrebatados al mundo por un capricho cruel en el momento preciso de la sonrisa alentadora de cuanto los rodea. Verbos reveladores de algún vibrante mensaje, dan más de lo que reciben. Vienen y se van envueltos en el misterio. Triunfan en Jerusalén y sudan sangre en Getsemaní. El tesoro que tienen es tan inagotable, que desesperando poderlo colocar, sacrifican la propia vida en la creencia de acelerar el proceso.

Sacras por la vocación latente, profanas por el misticismo sensual que se entrelaza al rito y al mensaje, por actuar una persona en la cual se encarna momentáneamente el genio tutelar de la especie, estas vidas son jalones del progreso espiritual. «Todos se fueron al mundo de la luz.»

¿Sería miraje la *juventia perpetua*?

· · · · ·  
 En el anchuroso fresco del templo de San Sebastián, donde Marcos está sepulto como triunfador, la fatal mujer se destaca entre el grupo de doncellas idealizadas que escoltan al joven y heroico David. Con paso ligero y jocundo corren á la ciudad donde la apoteosis les aguarda. Marcos figu-



ra á David uno de sus héroes favoritos. En el agraciado semblante pisa la seriedad del propósito que animó todas sus acciones. Vivo y reconcentrado, al mirar parece revelar su genio encantador, agudo y especulativo. Detrás se adivina el pensamiento, con el cual nos saludaría si tuviese su voz ecos en nuestro espíritu.

He vencido al mal giganteo sin abrumarme la magnitud de la empresa.

Recostada al hombro lleva la colosal espada de Goliath y con la mano derecha ase la cabeza ensangrentada. La siniestra aparición se esfuma bien pronto, borrada por la música triunfal que ondula en el ambiente (1).

Tal le quiero evocar: el centinela avanzado y proteico de la independencia espiritual del patrio hogar:

*Je suis fier de lutter et plus encore d'abattre  
tant que duren la méchanceté et le laid.  
Vivre en la beauté bien étant suprême.  
Est mon vaste désir de souverain  
parle, oh mon Dieu, je t'en supplie  
je suis ici pour exécuter ta volonté (2).*

---

(1) La descripción concuerda casi en un todo con el cuadro de Mateo Roselli (1578-1660), el triunfo de David.

(2) Me ufano en luchar y aun más abatir,  
en tanto prevalezcan la maldad y lo feo,  
respirar en lo bello, enalteciendo al bien  
es mi único inmenso anhelo soberano,  
habla, ¡oh, Dios mio!, te lo suplico;  
aquí estoy para ejecutar tu voluntad.

Así reza la inscripción de uno de los epitafios del sepulcro, mientras bajo el relieve donde se perfila el grupo de David y Jonatán se leen estas palabras intensamente líricas:

¡Fuiste, mi caro Jesús, un mundo;  
por ti mi fiel amigo superior  
sufriera torturas, hubiese deseado morir!

Sobre estos bajorrelieves, bordeados de mármol, listones de lapizlázuli y bronce, se levanta el cuerpo «ignudo» del principesco mártir, en un raptó de donoso mover, los músculos flojos, descansando los hombros ebúrneos, la impoluta bondad en el semblante plácido, las palmas de las manos levantadas en gesto adorativo, mira hacia regiones que son mansiones de seres puros, «mientras las edades eternas vigilan y esperan». «El adorante» podíamos estilarle como su «fratello cuasi divino» de la Hélade auroral. El alma artista muy á menudo necesita estar sola con sus ensueños...

Cuando además de vivir en comunión con el Maestro, fortificamos á diario la mente por el arte ó el saber, la vida es una dádiva á recibirse hincado como un sacramento. La verdadera y perdurable felicidad emana del alma y no del ambiente objetivo. Los que así lo comprenden, pueden no merecer del mundo el aplauso, la lisonja ó el ala sensual, pero su aislamiento y soledad están plenos de armonías, sólo escuchadas por ellos... Á uno y otro lado de la efigie están de pie Santa Cecilia,

numen de la música; San Sebastián, radioso modelo de heroicidad. Ambos han sido esculpidos á la manera de apariciones casi angélicas, visibles sólo para el espectador. Vigilantes é insomnes de la inquieta edad juvenil, sostienen en Marcos el silencio de la impasibilidad. ¿Podemos acometer sin ella inmortales empresas?

Serenidad: ¿podríase concretar cualidad más acrisolada de la vocación prenatal, latente en toda alma á ser Dios?

Ora elevándonos á regiones de la refrescante aurora azul, poética; ya frizando indiferencias boreales, es la aseveración más pertinaz de la fe militante. Por ella heraldea nuestro fondo eterno, la inefable aspiración á compenetrar el secreto del sustentador del universo, lo innominado tras la magia material.

---

## VIII

### **En el palacio de la Vía Larga**

Instalado en el palacio de la Vía Larga, Marcos departió con los consejeros de su tío. Al observarle el cardenal Del Broggio y el gran secretario, Piero de Grazia, no le auspiciaron larga vida en el poder. Se ilusionaban tener más seguras las riendas del gobierno en sus manos.

¡Cuánto se equivocaban! El nuevo amo presumía de radical, y de los más peligrosos, por no haber maldad ni astucia en sus cálculos políticos. No tardaron en convencerse de lo contrario. La primera preocupación de Marcos fué informarse de las obras públicas por construirse, el estado del tesoro y el nombre de los artistas más afamados. También meditaba constantemente en la solemne coronación. Hasta entonces no quería ver á sus súbditos.

Hizo de Fra Angélico, prior de Fiésole, y Astor Manfredi sus más íntimos consejeros y amigos. Con un consentimiento de profundo desprecio apartó de los asuntos del Estado las intrigas diplomáticas, á gran disgusto del prelado romano.

Angélico tenía orden de visitar los menesterosos de la ciudad para elevar una memoria al respecto. Boticelli y el Verrocchio fueron llamados á palacio, encargándoseles el cuidado de los tesoros artísticos.

Marcos quería evocar á cada paso en su hogar las cerúleas imágenes de la vida superior. Á Sandro le mandó pintar el decorado de su lecho y á Donatello moldear los estucos dorados de los encuadramientos.

Había cubierto las paredes de su estancia de seda verde, interrumpida á veces por motivos decorativos como la oración de Salomón, la dedicación al Templo, José interpretando los sueños de Faraón, Samuel escuchando la voz de Dios y el triunfo de David.

Desde las tres ventanas veíase correr el Arno. Entre las altas bóvedas colgaba el *San Sebastián* del Bazzi, y ante él una lámpara maciza: abajo, una mesa de ébano con pies de grifo, y sobre ella el *Hermes* de Praxiteles entre dos ánforas pequeñas. Encima de otras mesas de malaquita y mosaico, reposaban manuscritos griegos, frescos aún de los copistas.

Una estatua de Antinoe, encantador mancebo de diez y ocho años, con un cuerpo terso, ágil, rozagante, estaba en un nicho al fondo del lecho. El mármol iba ajustado á una columna movable que giraba sobre el pedestal á voluntad. Colcha de terciopelo verdeoscuro, sobre la cual mariposeaban á distancias armoniosas símiles de la victoria ala-

da de Samotracia, cubría la cama. El verde era el color de su escudo y la victoria, su símbolo; la esperanza, el triunfo. Las palabras de la leyenda:

«Sin reposo ni apresuramiento, hacia el alma por Cristo, la ciencia y lo bello.»

La majestad del día entraba tamizada por las nuevas aberturas en genuino estilo florentino. Sobre pedestales marmóreos se levantaban el elegante *David* de Donatello y su victorioso *San Jorge*, aun como embriagados de las hazañas de su dulce y soñadora adolescencia.

En el estante de la alta chimenea relumbraba rica y voluptuosa cristalería veneciana.

Dos pebeteros helenos conservaban la atmósfera del cuarto en la suavidad de orientales perfumes.

Todo cuadraba en la magnífica habitación para escuchar música interior.

Olor de azahares entraba por la ventana abierta. Aquí recibía Marcos todas las mañanas á un jovenzuelo alto, blondo, apuesto, de una rara distinción de facciones y maneras, Leonardo da Vinci, enviado por su maestro, el Verrocchio. Muy pronto se estableció entre los jóvenes una fraternal amistad. Iba á retratarle.

En el ambiente estético de la cámara era donde mejor expresaba el príncipe su íntimo ser. El maravilloso cuadro en cuestión, motivo de estas visitas, perdido en el incendio de la Villa Aureliana, destacaba á Marcos arrogante en hábito de conquistador, vestido lujosamente, de brocado verde

entrelazado en hilos de oro y joyas resplandecientes; sobre ello, una malla de un tejido fino como un encaje. En la cabeza llevaba un casco de oro cincelado con varias hojas tenues de laurel y montado de la victoria alada. Cerca suyo, casi á manera de dosel, flotaba el estandarte de San Juan Evangelista y más allá, en el horizonte, se extendía Florencia la bella, como una jocunda mancha multicolor contra un cielo enteramente azul. En otro de los esbozos, su luminosa belleza figuraba un pastor griego con sencilla túnica y gorro frigio, caminando meditabundo por un bosque seguido de tierna tropilla. De repente le sorprende un ruido y he aquí que del bosque avanza Narciso sonriente: sobre su alegría, el encanto infinito del cielo, sus cabellos enmarañados como las ramas arbóreas y la paz de Natura en sus ojos profundos. El pastorcillo cree haber visto animarse una estatua.

El filosófico pensamiento de Leonardo anticipaba la misión del príncipe en la cultura florentina: «Volver á la Grecia á la juventud heroica.»

El artista casi siempre adivina el bien ó el mal que en su existir se presentarán. ¡Cuán extraño su poder de fijar su futuro por símbolos ó alegorías! Séame permitido agregar, aunque nos aleje del tema, que leyendo una apreciación llena de diafanidad y convicción sobre el retrato de un brillante joven por Sargent, me confirmó lo intuitivo de todo gran arte. El artista verbal no da con su parecido

en el arte moderno ó antiguo, tal lo soberbio de la factura, á no ser la hermosísima testa, estilada, el Menophtah, del museo Bonlaq en el Cairo. Un misero hado, celoso de tanta donosura y máscula energía, enturbia melancólicamente los ojos vivos y fogosos. No quiere morir, pero ello está escrito. Al conocer los detalles de la vida del joven, no supo más de lo que el pincel le había ya descrito. Á todos estos intuitivos engolfados en las leyes de la vida universal, les viene el momento de la iluminación interna, su camino de Damasco, y solamente entonces saben por qué y para qué han vivido.

. . . . .

Á primera vista podrían parecer fútiles estas observaciones, pero en verdad envolvían vistas trascendentes sobre la función del gobierno. Esta aparente despreocupación del manejo administrativo la motivaba el deseo de que todos los resortes del Estado ejerciesen su autoridad libremente. Marcos entendía simbolizar el gobierno y no ejercerlo como déspota. Invitó á todas las cortes de Italia y á los artistas para asistir á la solemnidad inaugural de su protectorado. Solicitó del Papa se trasladara con su corte á ungirle. Mensajeros fueron despachados á todas partes para conseguir joyas, telas y tapices de los más espléndidos. El amor de lo mejor, bajo las formas de lo bello, distinguía todas las manifestaciones de su pensamiento y actividad.

El cardenal, tan pequeño de alma como de esta-



tura, miraba con recelo todos esos gastos. Don Piero profetizaba la bancarrota del Estado. En tanto, el maravilloso palacio era abierto todas las mañanas á la contemplación del pueblo, y dos veces por semana invitaba Marcos treinta ciudadanos con él en los jardines. Allí se paseaban inmoestos pavos reales, palomas y ardillas.

Al amanecer se celebraba una gran misa campal, con asistencia de toda la corte. Los ancianos con sus *luccas* ó luengas vestas de seda negra que caen del pescuezo al tobillo; los jóvenes con sus jubones de brocado y capas sueltas rodeaban el altar de albo mármol. El sitio escogido para la ceremonia tenía por perspectiva un dilatado horizonte con la vista panorámica de la urbe y en el último plano las líneas sinuosas y garzas de los montes interceptados por olivares. El sol salía tras las líneas acrisoladas de la campaña toscana, tiñendo de rosa aquella mesa del sacrificio y la blanca hostia. Despertaba el conjunto sentimientos de admiración y gratitud.

---

**«Juventia Christi»**

Todo dolor del alma es un regalo de la Naturaleza. Sólo aquel que conoce el pesar del alma tiene un alma... En todo veo la posibilidad de que el ideal en el hombre está en marcha de afirmarse gloriosa y victoriosamente.

HEINRICH VON STEIN COBURG.

La aurora había sorprendido á Marcos caminando por su ordenada y bella estancia. Abiertas las ventanas, el aura fresca entró como un bálsamo para aquietar la agitada mente del mancebo. Deliciosa efigie presentaba en el lujoso marco el ambiente. El poder, la riqueza, cuanto es dado ansiar aquí abajo, estaba en la vecindad de su amo; sin embargo, la noche entera la había pasado entre la oración y el escribir.

«Condúceme, Señor, al país de mis ensueños, Elohim; á fin de que en compañía de tus electos viva triunfante y transmita á este pueblo grandes ideas—dialogaba así con Dios.

»Responde, Maestro, á la gran expectativa cifrada en ti.

»Realiza la imagen esplendorosa que me forjo de tu amor.

»No has llevado á mi espíritu ideas como éstas para perder ó engañarme.

»Dirige mis pasos hacia las cosas en que pueda servirte. Inspírame una vida mejor, más pura.

«Sed de ti hay en Florencia. ¿Quién puede abrevarnos sino tú, el victorioso?»

»Anhelo fuertemente moldear para ti á este pueblo en cuyo seno nací.

»Deseo ser hermoso por dentro y por fuera; así ejemplarizo con una vida sin mácula la beldad de tu santuario.

»Oye mi súplica, ¡oh conductor de pueblos! Como el centurión, beso la orla de tu manto y digo: —No soy digno de ti, mas parla y mi alma será divina...»

Sobre la mesa de lapizlázuli, festoneada de bronce damasquinado, estaban esparcidos los planos de un monumento imponente. Se trataba del templo á construir en los jardines de la Villa Aureliana, complemento esencial de la orden que contemplaba fundar.

Marcos mismo, ayudado por el joven Leonardo y Fra Angélico, había dispuesto las líneas de la basílica dedicada á recordar la adolescencia de Cristo.

Los dibujos de labrado colocaban la estructura

marmórea sobre una colina de meta no muy alta, sino lo suficiente para rodearla de un ralo bosquecillo de álamos, olivos y cipreses.

El templo guardaba las proporciones del Partenón, con la diferencia de aberturas laterales que comunicaban al peristilo circundante con la nave única.

Á mitad de la escalinata alzábase, sobre un zócalo de malaquita, la estatua de Cristo á la edad de diez y siete años, encomendada á Donatello, que ya en el *San Jorge* había demostrado la exaltación de la pureza juvenil.

De mármol eran la cara y las partes desnudas; las demás de ónix, alabastro y lapizlázuli, matizadas de tal manera armoniosa, como para figurar la túnica coloreada del joven carpintero.

El frontón superior llevaba esculpida la disputa de Jesús con los doctores y el friso inferior, encuadrado entre enormes cruces de Malta, ostentaba las herramientas simbólicas del oficio magistral. Bajo estos relieves se desenvolvía la leyenda siguiente en caracteres griegos:

«Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre, si hay virtud y alabanza, algunas en ello pensad» (1).

El techo era de gruesos cristales de color.

Se andaba al entrar sobre un embaldosado ver-

---

(1) Filipenses, cap. IV, vers. 8.

de marino, en forma de cuadrados, ribeteados de líneas doradas. En la mitad misma del edificio iba escrita en mosaico la palabra *pax*, bordeada de un cáliz, una cruz y un pez, los símbolos de la proto-cristiandad. Al llegar al ábside, la luz caía á torrentes por una cúpula abierta en la cúspide, como se observa en el panteón de Roma.

Hacia el fondo, el templo terminaba en forma semicircular. Allí se veía un mosaico de oro, y sobre él, como una aparición milagrosa, rutilaba con erizados reflejos una cruz.

El altar era de mármol con una guardia de capiteles corintios, y en el medio un bajorrelieve: *La fuente en el bosque*. De cada lado un medallón con las semblanzas de Marcos y Astor cual emperadores romanos. Entre los claros laterales erguíanse de uno y otro lado veinticuatro estátuas de adolescentes héroes. Eran ellos, empezando por la entrada, Abel y Enoch; Moisés y José; Aquiles y Ulises; Apolo y Narciso; Platón y Aristóteles; Pericles y Sócrates; Julio César y Augusto; Marco Aurelio y San Juan; Salomón y Samuel; David y Jonatán; San Luis y Tomás Becket.

Sobre los plintos llevaban escritas palabras ó máximas favoritas. Alrededor del altar, en hemicíclo, se divisaban los asientos de los caballeros de la orden *Juventia Christi*. Los respaldares lucían las divisas y escudos de armas respectivas.

En el cuarto escalón había una silla romana con pies de grifo y una enorme águila de bronce á ma-

nera de respaldo. Se destinaba al gran maestro de la orden con sus luengos hábitos de alba lana recamada de pequeñas victorias aladas.

Sobre el altar sólo cabían dos candelabros, un soporte para el evangelio y el cáliz maravillosamente cincelado.

El conjunto arquitectual dominaba una elevación, aislada al extremo de un valle, para atisbar así gran extensión de la Toscana.

Marcos se esforzaba por revelar en esta construcción, modelo de sencillez é impecable gusto, una forma externa, símbolo perfecto de una idea íntima y profunda.

Isla de silencio, asilo de espíritu, nada había de recordar la vida ambiente con sus imperfecciones.

Entendía su pensamiento rico y delicado que allí dentro el hombre formaría parte integrante del lirismo sublime de la arquitectura.

El aula *Juventia Christi* sería magníficamente alumbrada y desde los pórticos corintios se percibirían los llanos, las sendas boscosas, el Arno como una cinta plateada dividiendo las campiñas verdosas del festonado arquitectónico de la nube del lirio rojo.

Allí la mente se sumiría en los más dadivosos silencios. La Divinidad surgiría por doquier. Objeto alguno, detalle del culto ó de la arquitectura, se interceptaban para concretarla. Embelesado Marcos, miraba y remiraba los geniales esbozos. En segui-

da púsose á proseguir la obra escrita, *La fundación de la orden de los caballeros Juventia Christi*.

Mientras fijaba la carta orgánica de la sociedad, de vez en cuando columbraba afuera; la melodía serena del paisaje le volvía á la realidad tangible. Vibrante y honda le parecía la Naturaleza en su belleza tranquila y modesta. Quería seguir su huella en una labor amorosa para libertar al mundo de bajas y malsanas ilusiones. «Tú das la paz á aquel cuya mente descansa en ti.» «Estad tranquilos y sabed que soy Dios», le sugería una voz al oído.

Mediodía sonó cuando Marcos dió por terminadas sus meditaciones.

Llamó á Astor é incontinentemente se hicieron servir el almuerzo.

Salieron á la logia, peristilo dórico con baranda, donde se instalaron cuatro músicos. Bajo el pórtico fueron servidos variados platos, regalados con Montepulciano añejo. El dulce son de la viola y del laúd, armonizado con una fresca voz humana, rodó sobre el soleado ambiente.

Poca atención prestaron los dos jóvenes al pintoresco esplendor invertido en su honor.

Algunos sólo enfocan para su alma y ven á Dios.

—He terminado las capitulaciones, querido Astor—comenzó Marcos, entre dos bocados de faisán—. Cuanto más penetro mi idea, tanto más descubro en ella un nuevo cristianismo insospechado hasta aquí.

Roma, por su nefanda tendencia á separar la

conducta de la religión y reducirla á prácticas mecánicas, ha retardado la investigación.

Nuestro cristianismo es al verdadero lo que el crepúsculo es á la aurora; con el uno se cierra el día progresivo, con el otro se abren luminosos derroteros. Ha sido el sacerdocio, más político que lógico, la barrera insalvable á sacar todas las consecuencias de los principios sentados por Cristo. El intelecto se emancipó antes de estar consolidadas ciertas cualidades morales. Se ha sobrepuesto el mundo á la práctica de la antigua interpretación, y los efectos de ello se palpan á diario.

Ya ni siquiera el Pontífice intenta fundar su soberanía espiritual; establece con mano firme la temporal á favor de sus sobrinos.

La pretensión de Hildebrando ha muerto; ahora los papas aspiran abiertamente á la reyecía. Nicolás V, aquel humilde cordero, exaltado gracias á la privanza del abuelo Cosme, inició con la decapitación de Porcari y sus asociados, en 1453, esa política carnal de predominio que no se sabe adónde llevará á la Iglesia si no se reforma á tiempo. Él mismo restaura en Roma la tradicional magnificencia de la Ciudad Eterna. Busca deslumbrar para atraerse el mundo, mediante la cultura y el arte.

Con Alfonso Borgia, Calixto III, Pío II y Paulo II, la situación, si bien no empeora sensiblemente, la espiritualidad no progresa. El sodomita Sixto IV ha precipitado la crisis al extremo de preguntarse uno si Nerón ó Heliogábalo no han vuelto



al mundo. Todo el afán suyo es perpetuar su dinastía, apuesta y marcial.

Ya Roma ha abdicado de la dirección del cristianismo como teoría religiosa. Se abre una nueva era para la eterna evolución.

No fundó Cristo tan sólo un nuevo orden social, sino una novel psicología. Si para los espíritus superficiales bastó la primera acepción durante catorce siglos, los esfuerzos constantes de los alquimistas, magos y letrados prueban lo contrario.

El cristianismo de la novísima dispensación es la ciencia de lo absoluto, psicología llevada hasta tan alto grado, que conduce paulatinamente á la adquisición de la misma mentalidad que existió en Cristo y originó los prodigios de su vida.

—Se ha insistido—replicó Astor—harto por demás en las cualidades negativas. No se ha sobrepasado el culto de la tristeza. Una lamentación perenne abrumba al hombre por las faltas cometidas. Otra fué la intención del Maestro, que llevó más adelante la espiritualización de su cuerpo. Uno solo de sus decires aniquila la doctrina del renunciamiento practicada por la Iglesia: «Sed perfectos como mi Padre que está en los cielos.»

—¿Qué ha hecho de ese precepto el Pontificado?—interceptó Marcos—. No ha variado un ápice el concepto judío del vengativo Jehová, más ocupado en fulminar que en el perdón.

Han existido muchos cultores de ese otro cristianismo, pero sin arribar á resultados prácticos.

Del tropel de supersticiones intolerables y gazoñerías sin sentido, se han apartado muchos antes de ahora.

La leyenda del Graal (1), donde se sintetizaba la poesía de toda la caballería andante y la pureza de una fe grandiosa, la orden de los caballeros de la Mesa Redonda; las órdenes contemplativas; los alquimistas; las logias herméticas han fracasado en los medios de ir más allá de la razón práctica. Su intención era sublime y correspondía en parte á aquello de «los puros de corazón verán á Dios.» También cumplían con los preceptos de adorar á Dios en espíritu y cuidarse primero del reino de los cielos. Pero existía disparatada relación entre la idea y los medios de expresarla. Se hablaba de cosas divinas ignorando que para encarnar la palabra creatiz, el logos, se necesita modificarse fisiológica y psicológicamente. «Yo muero á diario», decía Pablo.

Para lograr la superhombria ó el *anch'io sono Dio*, vale decir el dominio de nuestro cuerpo y de la Naturaleza, fuera imprescindible comprender el

---

(1) Según algunas leyendas, el Graal era la copa usada por Cristo en su última cena; según otros, la fuente sobre la cual fué servido el postrer cordero pascual. Habría sido guardada por José de Arimatea, quien la entregó á unos caballeros que la custodiaban sobre la cima de una montaña. Su búsqueda era el aguijón de toda empresa y su posesión la maravilla de las maravillas. Encontrarla aseguraba toda dicha. Sólo los puros de corazón podían aproximarla.

podерío formativo de la palabra como agente dinámico en el mundo. «Y la palabra fué hecha carne», escribe Juan.

Por afirmaciones permanentes disolvemos estados mentales perniciosos y construimos nuevos. La representación de un acto propicia su realización. Una imagen mental, retenida en la mente por la fe, trae consigo el estado necesario para dominar á la materia.

Fué el consejo de Cristo: «Retened mis palabras.»

La mente es la gran constructora.

Por el principio pensante nos transformamos.

Se entiende por fe una vivida expectativa de la realización de nuestros deseos, ó en otros términos, la materialización de nuestras imágenes mentales.

Al afirmar perennemente condiciones mejores, nos elevamos á planos espirituales cada vez más lúcidos.

Observando este ascetismo intrépido y formidable, resucitamos seres de fuerza, poder y gloria. Al desprendernos de todo egoísmo y sentimiento de separatividad con el mundo y practicar esa sabiduría, caminamos sobre las huellas de Krishna.

En el momento de esa exaltación vivimos en dos mundos, el físico, aparentemente sujeto á leyes inviolables, y el espiritual, donde reina la mayor libertad.

Seremos lo que pensamos de nosotros mismos.

La orden cuya fundación vengo persiguiendo, caro, brilla ya toda en mi cerebro y está en parte consignada al pergamino. Con ella pretendo fortificar todos los otros del gobierno, dándoles un sostén incommovible en la región de las causas eternas.

El éxito descansa y proviene de la Mente Infinita.

Luego los hombres cuyos actos tengan más resonancia en el mundo, serán los místicos prácticos. Lo visible se funda en lo invisible.

El místico práctico no se nodina en el tumulto mundanal; se concentra, se abstrae y profundiza mejor los sucesos. Vive en la región donde nacen y se cristalizan más tarde los sucesos.

Lo constatamos de una manera rudimentaria en los primeros tiempos del cristianismo, y á mayor abundamiento, cuando la raza teutónica se apoderaba del caduco imperio romano. ¡Qué influjo extraordinario ejercieron los obispos, los eremitas, los monjes, los mártires y confesores radiantes de la gloria del cristianismo!

Su acabada espiritualidad los hace dueños del ambiente. Una mirada suya calmaba un pueblo ó deponía un déspota. La cruz pectoral, el báculo, la bendición apostólica, la santa cena constituían símbolos de paz y unión.

Creció la Iglesia mientras se sirvió de los medios que le son propios: la perfección moral y la oración. Su voluntad obró milagros. Fuerte y creadora, cimentó la hegemonía del Occidente.

Sus sostenedores dinámicos y afirmativos, universalizaron vastos problemas y principios. Sobrevino la catástrofe cuando envalentonados de sus triunfos, buscaron los pontífices imperar por el deslumbramiento de las artes plásticas y la satisfacción de apetitos desordenados de dominio terrenal.

Si la dominación de Pepino, ratificada por Rodolfo de Hapsburgo hubiese servido la causa de la humanidad, estableciéndose en Roma y los territorios de la Romagna y las Marcas—el patrimonio de San Pedro—, una sociedad ajustada á las nobles leyes del Evangelio, bendita hubiese sido la ambición de los papas. Pero ciudad más disoluta que Roma no ha conocido la cristiandad. La depravación de las costumbres, el cinismo, la política de traiciones, envenenamientos, interdicción, encarcelamiento, inquisición, el robo, el nepotismo, ahogaron los grandes ideales.

La orden de *Juventia Christi* será una asociación para propagar el nuevo concepto del cristianismo según las inteligencias y los tiempos lo permitan.

El capítulo primitivo constará de cien miembros. Habrá siete logias, cada una de ellas escuela de ideas amplias y avanzadas. Se llegará por la iniciación sucesiva á todas ellas.

Para pertenecer á la orden se exigirá la edad de diez y ocho años, robusta y sana constitución física, cierta cultura y elevada moralidad.

Dos veces al año habrá un consistorio, donde

serán elegidos en votación diez jóvenes de entre cien candidatos.

Durante la época de prueba estarán bajo la estricta vigilancia de dos miembros y podrán ser expulsados si no respondieran á las exigencias de los estatutos. Después de concedido el primer grado ya no podrán retractarse jamás de sus juramentos.

La orden tiene por fin restaurar en la juventud del mundo esa superior existencia noble, digna, útil, poderosa y sabia que inauguró Jesús sin otra preocupación que el bien de la raza humana.

Vencer las pasiones sexuales fija el acto de voluntad más sublime y abre la puerta de la suprema sabiduría.

Así la temperancia se recomendará como deber ineludible al primer año del noviciado y siempre que el postulante dedique sus esfuerzos hacia una empresa ideal y altruista. Las prácticas secretas consistirán en métodos para afirmar nuestras percepciones y sensibilizarnos en cuanto exprese la naturaleza amorosa de Elohim hasta merecer el bautismo del Espíritu.

Mediante la oración en común y la concentración, tratarán los caballeros de dirigir sin ser vistos ni oídos los acontecimientos sociales que sollicitasen su ayuda espiritual. Á la entrada de cada estación se retirarán al silencio durante tres días. El culto de la individualidad como mejor medio de evidenciar á Dios, encierra la íntima finalidad de la orden.

Ella se dividirá en cuatro ministerios administrativos bajo la vigilancia del Gran Maestro: un departamento psicológico relacionado con el perfeccionamiento psíquico; otro político destinado á intervenir espiritualmente sobre la evolución social; uno misionero, cuyos fines serán la extensión de la sociedad á otros países, y el cultural, que propenderá al estudio del sentido oculto de la Biblia y otros libros sagrados.

Brillaba en los ojos de Marcos el fuego de la inspiración. Las ventanas de la nariz se dilataron al ritmo de una respiración que exhalaba amor por las almas y las ideas.

Parecía que los trastos de una inagotable fantasía danzaban en su derredor como las nueve musas en torno de Apolo. Una nueva voluptuosidad, un suave ardor le encendían el cuerpo; sentía inequívocamente el dios en su alma.

Astor cató toda la genialidad de su amigo del alma. No pudo refrenar su desbordante admiración y cariño. Hincándose ante Marcos, posó la frente sobre sus rodillas. Hubo un silencio sutil.

Marcos se levantó y dióle un abrazo.

Venciendo su emoción asió del brazo al camarada y díjole: «Hermano, vamos á caminar por los jardines.»

---

**“Hiera odos,,**

Purificate y aguarda los resultados... De la renunciación sincera y espontánea de los deliquios sensuales emana una serenidad maravillosa que crea un nuevo ser...—A. N. F.

Instituida solemnemente en el templo elevado á la memoria de la más noble de las juventudes, Marcos concertó su coronación en la catedral de Arnolfo.

Por muchos años atrás las corporaciones de las Artes Mayores y Menores se habían abstenido de formar parte en los cortejos cívicos. Marcos no suscitó resistencias, á pesar de las modificaciones profundas introducidas por él en la constitución del Estado. La república, ya tan comprometida por el despotismo esclarecido de Lorenzo, asumía ahora un cariz netamente monástico. Con ello, el joven meditaba concentrar todo el poder y su fausto por un breve momento para desarrollar el vasto plan de dar al Estado su completa independencia y la exclusión de su familia en la gerencia guber-



namental. Sería el primero y último rey de la urbe eleusiana. En la meta de su civilización, la marcha victoriosa del pueblo movedizo y voluble se detiene por un momento mirándose en Marcos como símbolo viviente de unidad. Harto comprendía que los dones espirituales y las grandes conquistas no podían resultar de la discusión académica ó parlamentaria. El pasado de la querida *alma mater*, con sus cruentas luchas intestinas, sólo admitía, para justar sus diferencias, el impulso de una vigorosa individualidad. Para efectuar esa obra se sentía inspirado. Él constituiría la transición entre el Magnífico y Savonarola, las fuerzas más poderosas de Florencia por ese entonces. Participaba en la medida de lo eurítmico del amor á la belleza y á la reverencia por Cristo.

La majestad del porte, la dulzura pensosa de su mirar, su pasión por la pompa, la antigüedad, lo enseñorearon en pocos meses del corazón de la multitud. El día supremo llegó sonriente y auspicioso.

Para significar el cariz gloriosamente juvenil del acto, cien doncellas, en peplos blancos y coronadas de mirtos, abrían el cortejo. Agitaban palmas y las chicas esparcían flores por la vía. La corporación de Calimara, precedida de sus heraldos, iba en pos de esas visiones de la primavera.

Los sastres le seguían luciendo trajes albos con estrellas azules y lujosas pieles. Luego los proveedores de carne en malla encarnada, llevando inmensas fuentes con caza escogida.

En pos suyo caminaban los arquitectos, exhibiendo en palanquines modelos los más célebres monumentos de Florencia.

Los pintores enropados con telas flordelisadas venían en seguida, ondeando al viento estandartes pintados con la Madona, San Juan, San Sebastián y David.

Los cinceladores avanzaban trayendo cada uno en hábil mano algún objeto de su arte delicado: cálices refulgentes, sables damasquinados, custodias radiantes, relicarios y medallones fundidos en bronce.

Detrás marchaban los joyeros, sobresaliendo por sus trajes violáceos, refulgiendo en sus birretes y escarcelas zafiros, diamantes, topacios, amatistas, rubíes, perlas y carbunclos esplendorosos.

El resto de las corporaciones y alegorías se paseaban en carros suntuosísimos. Entre ellos se destacaban escenas del poema legendario de Graal; el mancebo armado caballero; las tentaciones sobrevenidas en su peregrinar por el mundo; la visión del Averno; el jardín encantado; la Santa Cena y la procesión del viernes santo. Abriase paso después un cortejo en que figuraban los personajes notables de la historia florentina desde su fundación. Iban en parejas de á cuatro, ilustrando un momento inolvidable de la turbulenta democracia; güelfos y gibelinos; Dante con su Beatriz; Boccaccio y su corte burlona; Cosimo, el padre de la patria; Giotto, Arnolfo Brunelleschi; Lorenzo el Mag-

nífico disputando con los humanistas de más nota; cerraba el cortejo una silla portátil, sobre la cual, airosa y soberbia, se erguía Palas Athenea Médicis con un veste transparente, reluciente y bordado de oro. Habían escogido para representarla á la doncella más bella de Florencia. Transparentaba el óvalo clásico de su cara el tipo de la más impecable belleza.

Heraldos con toques vibrantes de clarín anunciaron el pasaje á caballo de los cien caballeros *Juventia Christi*.

Cabalgaban en filas de á cuatro, sobre blancos corceles y arneses de oro. Del lomo de los caballos pendían tapetes de terciopelo verdáceo con el bordado escudo de cada hidalgo. ¡Qué espectáculo radiante avistaba la multitud con este panorama de la juventud noblemente bella!

Las flotantes capas de lana, ajustadas al cuello por una gran esmeralda, dejaban traslucir las corazas de acero sobre las cuales la victoria alada extendía sus alas etéreas. El cabello cortado á la nazarena infundía á estos rostros espirituales un fulgor sagrado. Naturalezas apasionadas por un alto ideal, su tarea semejaba expresar el sentir y pensar de una raza de superhombres. Vida nueva y prepotente en un mundo hostil. Miguel Ángel los pintó en la Sixtina en vez de esculpirlos. Dorado raudal, primavera eterna, la mente y el sentido estético hallaban de inmediato su prosapia en los ancestros de los efebos ardientes y poéticos del

friso partenáico. Eran hijos de la misma estirpe. Cual Minerva, su égido, no habían experimentado los gemidos y el dolor de la gestación. En el cerebro de Logos, sin fin ni principio, habían visto de golpe la luz soberana. Urgían de los trascendentes anhelos que nos sugiere el ardor de la sangre moza.

Una inteligencia veloz en plasmar el conocimiento caracteriza el espíritu superior. Lo sabe todo, sólo que á veces se olvida; por ello, nada le sorprende, y la asienta verdad sin discutirlo ni usar torpe ó mala fe chicanera.

La muchedumbre, educada en lo bello y habituada á la crítica, deliraba de entusiasmo. Dentro de un momento debía rebosar toda medida. Precedido por heraldos, pajes y niños encantadores, que tapizaban de lirios el camino, compareció Marcos en un traje de raso blanco y brocado áureo, con cortas mangas de corte transversal; tiras alternadas de hilos de oro sostenían perlas, zafiros y diamantes en una guarda deslumbradora. Sobre el pecho llevaba un collar, del cual colgaba un maravilloso camafeo transparente, en que estaba esculpido Apolo en un trono de lapizlázuli. Tenía sobre la cabeza enrulada un gorro con blanca pluma, recogida artísticamente por una enorme esmeralda. Á su lado caminaban Leonardo da Vinci y Astor Manfredi, cargando las vestas de la coronación.

Pasaron bajo una lluvia de flores. Aclamacio-

nes atronadoras hendieron el ambiente, vibrante de gloria y triunfo.

Le hacía séquito el delegado papal en una mula casi oculta por los paños de púrpura rutilante. Principes de la sangre en los vistosos colores de su armonial escoltaban al purpurado, seguido éste á su vez por obispos y acólitos en gran número. Incienso, mirra, áloe, alhucema y benjuí elevaban al aire sus grisáceas ondas, mientras con gesto hierático el cardenal y el sacerdote bendecían al pueblo sobrecogido.

Al llegar al atrio del duomo, tapizado de telas costosísimas, la grandiosidad del acto alcanzó su apogeo. Desprendiéndose del cortejo, Marcos atravesó solo el espacio que lo separaba de las gradas del templo, entre el clamoreo frenético de la corte y la multitud. El arcipreste, dignísimo anciano, lo recibió en el portal, acompañado de numeroso clero. Nubes de incienso realzaban feéricamente el armónico colorido de la escena.

Á la vista del joven se entonó el laude compuesto en su honor:

«¡Cristo triunfa! ¡Cristo reina! ¡Cristo manda!  
¡Á nuestro protector y capo de la república, Marcos, Astorre, Leonello dei Médici, por gracia de Dios gobernador de Florencia y de dependencias, honor, gloria, larga vida, infinitas victorias! ¡Santa María y San Juan, ayúdenlo á conservar su dominio y proteger las artes!»

Gran entusiasmo cundió por la muchedumbre,

amante del lujo pintoresco y la divinización de la fuerza. Repitió de *motu proprio* el *laudamus* victorioso con la música grave de una letanía.

Reconquistado el silencio, el sacerdote se irguió como inspirado, y empuñando enérgicamente una cruz, alzó la mano enguantada para bendecir al pueblo. Después de lo cual, habló en estos términos:

—Gran pueblo florentino, que vivís en paz y comunión con Cristo, nuestro rey, y su vicario apostólico, Sixto IV, os presento el elegido por Dios para regir vuestros destinos. Respetadle. Siento despertarse en el ánimo varonil y piadoso del joven David y el saber de Salomón.

Y en seguida, dirigiéndose á Marcos, expresóle en tono paternal:

«Desead siempre lo mejor. «Adelante», sea tu divisa. La ambición, sostenida por el saber denota fe, idealismo y progreso. Quiso Jesús fuéramos tan perfectos como su Padre el arquetipo. Su misión fué enaltecer á la personalidad por el afán de multiplicar sus servicios en un mundo tan necesitado de acción como de ensueño. Vino á probarnos la existencia de fuerzas conscientes cuyo empleo podía adquirirse mediante una vida más pura y luminosa que los sueños de la materialidad.

»Nuestra religión mide la grandeza humana por los servicios prestados á nuestros semejantes. El hombre poderoso, no lo olvides, dispone de muchos medios para abarcar el mundo y su mecanis-

mo, sin sufrir por eso las consecuencias de sus yerros.

»El jefe del Estado cristiano no es llamado únicamente á gozar de acaudaladas riquezas, sino presidir su más equitativa distribución. De su pueblo, la prosperidad constituye el mejor elogio, como su miseria la afrenta más infamante que puede recibir.

»Estriba su magnanimidad y hábil política en dar libremente de lo más elevado.

»Marcos, vienes á nos sin haber padecido ninguna de las penas que desvian el corazón de lo bueno y verídico. De una santa casa, donde has crecido venturoso, pasas á la lucha mundanal. Sólo escucha la voz del Eterno.

»Comarca alguna de nuestra Italia inmortal como la Toscana podrá sugerirte cosas más puras y perfectas. Lo bello y lo genial te circundan en un consorcio únicamente advenido una vez, otrora, en Atenas. ¡Excogita entre edificar á la manera de Pericles ó destruir por la intriga y el enervamiento á la usanza de Alcibiades! ¡Viva Marcos, protector de Florencia!»

Frenéticos hosannas y vítores ahogaron la voz del anciano. Había interpretado á su pueblo y éste le estaba agradecido. Sus palabras anunciaban verbo novel.

Sutil emoción embargó al venturoso joven: su intuición estaba confirmada. Sentíase aliviado, angelical, cual acontece cuando nuestros pensamien-

tos se elevan muy alto. Brotaban sus alas. Sería el precursor de la edad de oro. ¿No lo había ya soñado en el asoleado y laborioso silencio de Fiésole?

Ruidosamente prosiguió la procesión su interrumpida marcha. El cortejo penetró en la basílica. De por sí obscura, había sido iluminada de tal modo profuso, que se distinguían las telas decorativas y los estandartes gloriosos tremolando, ora el dibujo de sombrío patrón, ya el emblema soberbio.

Las campanas y el órgano se disolvían en un peán animoso.

Relucían las gemas, los esmaltes y los brocateles del altar.

En sus dalmáticas carmesíes, los diáconos vestían á Marcos, trocándole el jubón por una aurina coraza sobre la falda de seda hasta la rodilla.

Recibió del cardenal todas las insignias, entre las antífonas cantadas por el coro.

Al arribar el momento de la coronación, Fra Angélico alcanzó á Su Eminencia, estupefacto, una corona de laureles, cincelada en oro y engastada de esmeraldas.

Antes de que el purpurado oficiante pudiese protestar, Marcos la cogió con fuerza y levantándola él mismo sobre su cabeza, la depuso luego sobre el altar.

Encarándose con el pueblo, dijo con voz vibrante:

—Sólo llevaré este antiguo símbolo del triunfo



después de muerto, cuando se me juzgue digno de ceñirlo.

Una onda de profunda espiritualidad descendió sobre la gloriosa catedral.

Todos enmudecieron.

La belleza moral comenzaba su reino.

Lo invisible sobrepasa á lo visible.

Todos se hincaron menos el legado apostólico, cuya sorpresa era indescriptible.

Algunos vieron fulgurar opalina eteriedad sobre la cerviz de Marcos inmutable. Semejaba un triunfador de la muerte, ajustado ya al ritmo de la iluminación interior.

El *Te Deum laudamus* cerró la ceremonia. Jamás fué entonado con más fervor ni mayor esperanza de cosas mejores.

---

**«Ad vigilias albas ut tam caricapitis»**

¡Oh belleza, que tú seas bendita!  
 Ya que eres absolutamente pura,  
 ya que eres inviolada,  
 limpia, firme, sana é impoluta,  
 fuente de la divina complacencia,  
 oasis infinito  
 que sugieres los éxtasis beatos  
 y las románticas contemplaciones.

MARÍA EUGENIA VAZ FERREIRA.

Atacado de esas tristes vagorosas de la adolescencia, Marcos buscaba la soledad propicia. Anheloso también de aligerar su mente de toda preocupación de enojo, se retiró á uno de los bosques más ¡umbrosos de la campiña toscana. Allí adujaría esa energía espiritual y esa gentilica sensibilidad que la propincuidad de Natura había siempre aquistado para su ánimo.

En un ardimiento casi místico emprendió la excursión. Dejando tras sí la animación jocunda de la villa, subió las colinas extasiadas en las caricias de los cipreses y olivos.

Como esas mansas y templadas villas griegas que parecían después de haber sido hospedadas por un dios, flotaba temblante por cima la airosa arboleda la añosa arquitectura de las famosísimas mansiones florentinas.

¡Cómo se prefería al columbrar la euritimia del paisaje y sentir la ufaneza matinal, la amistad de los árboles á la de los hombres! Eran refinamientos que una vez disfrutados, hacen aborrecible la astucia y la maldad de los ruines.

*Incipit vita nova.*

Apartándose de las vías concurridas, escalaron un florido sendero tendido amorosamente sobre la colina boscosa. El paisaje se ahondaba cada vez más sobre el fondo azuleño de los alcores.

Era la calma de la hora óptima, del momento exquisito, una verdadera voluptuosidad. La fascinación misteriosa de los sentidos se exaltaba hasta la más sañuda enervación en aquel aire leve.

Sobre las pendientes más próximas, los cipreses encendidos por la lumbarada auroral parecían gigantescos candelabros del altar de lo infinito.

Súbitamente de la sombra surgía una mancha grisácea, la techumbre de alguna habitación.

Trozos de huertas que desde aquí se oteaban como inmensas paletas, holgaban la vista.

Este concierto exultante de colorido se unimismaba por momentos á la invasora actividad del hombre y del animal.

¿Soñaba Natura de sí misma?

¡Oh belleza, que tú seas bendita,  
más la sabia legión de tus apóstoles,  
la entraña que te crea,  
el sol que te ilumina,  
el prisma que te agranda,  
la plancha que te copia,  
el áureo pedestal que te enaltece  
y el soberano lis que te corona! (1).

En un rosicler del boscaje se apostaron para almorzar. «¿Puede idearse algo más alto como columnen de la vida que pesquisar la íntima armonía y la libertad personalísima?», soliloqueaba Marcos.

Al través de los pequeños senderos, donde el follaje abundoso todavía del rocío iridiscente chicoteaba el rostro, avistaron un cantilencioso arroyuelo.

Á lo lejos tintineaban las campanas de los rebaños que se dirigían al valle.

Como constelación de orfebrería bordaban florecillas las laderas. La lisa superficie reproducía temblorosas las aliviadoras siluetas de los sauces y álamos que allí efervescían libremente.

Oíase, proveniente de lo que parecía una remota borde del venero, un quejido, muy luego extinto.

Los cabalgantes se apearon y en direcciones distintas fueron á la busqueda del aye lastimero.

El pajecillo no tardó en percibir tendido y mudo un mocetón ensoñador.

---

(1) *Canto á la belleza*, por M. E. Vaz Ferreira.

Blonda guedeja caíale por los hombros en artístico desorden y dejaba transparente la frente, sin la menor aspereza de ceño alguno. Dábale á su caballeresco aspecto poesía de ensueño y el ensueño y el apasionamiento estético de las jóvenes de Giorgione y el Sódoma. Letal livor paseaba ya por toda su ebúrnea piel, donde urgía poco ha sangre deleitosa. Con su ardiente caez había sonrosado esta núbil belleza.

Abiertos los glaucos ojos, las ojeras violentamente ahondadas delataban la punzante tristeza de un prematuro despedir con la vida, cuando ella más pregonaba el entrañable amor de sí misma.

Á su lado yacía enlodado un fino puñal toledano, el arma con que había sido perpetrado el crimen. Marcos, para quien la amistad y la forma plástica de los seres eran los dones más aceptables del vivir, al ver este espectáculo se apenó sobremanera.

El mancebo muerto presumía en toda su persona; la donosura de un gentilhombre y esa virilidad seductiva que es la luz del mundo: *Flammantia noemia mundi*.

¿En qué nuevos destinos pudiese haber rendido la vida, si se hubiera ejercitado esa voluntad en el culto avizor del progreso?

Oprimióse el corazón de los tres. Sin ser supersticiosos, un lóbrego presentimiento silenció el poder de la mente.

¿Una inteligencia justa podía en verdad imperar tras el vaivén de los cambios incesantes?

Tapando con su gulado manto el cuerpo mozo, Marcos lo puso sobre su corcel, que piafaba extraordinariamente, como tocado él también por el misterio del cual todos estaban suspensos.

Silentes marcharon hacia el pabellón de caza, donde huía el poderoso de cuanto no fuere el desdoblamiento de su propio ser.

Largo é insólito el hodo, ahora que la impasible formaba parte de la compañía.

Las libélulas ebrias de luz; las sedeñas mariposas y otros zumbones insectos canturreaban su estridente jactancia al aire blando y tibio, mientras la lucerna del espíritu semejaba irse apagando poco á poco.

La congoja del príncipe se plasmó en el recuerdo soberano de unos versos sobre el morir de un real amigo:

*Il semble que toujours la Nature cruelle  
dote des mêmes dons et des mêmes splendeurs  
et couvre de beautés uniformément belles  
et le jeune martyr et le jeune vainqueur.*

*Celui qui va périr, celui qui prend des villes,  
leur visage a toujours le même regard sûr;  
on lit le même loi dans leurs vastes pupilles;  
entre eux et le vulgaire il monte un même mur.*

*Tous deux vont, en effet, conquérir des couronnes,  
disparaître au-dessus du rese des humains:  
l'un prend le laurier noir que la Parque lui donne;  
l'autre, le vert laurier que tressèrent nos mains.*

*Et celui qu'auréole un grand amour de vivre,  
celui qui de la joie a le fatal désir,  
celui que tout soulève et qu'une aurore enivre  
ignore s'il doit vaincre ou bien s'il doit mourir.*

*Ainsi, vous aviez tout, la grâce et la fortune,  
des cheveux, un palais qui regarde la mer,  
une mère—et les dieux n'en donnent jamais qu'une!—  
les fleurs, les jeux, l'amour, le vent, l'aurore et l'air;*

*Vous arriviez d'Espagne où la Beauté captive  
rougit dans une fleur, tremble dans un étang,  
vibre dans un enfant qui mord un grain d'olive,  
et meurt dans un palais où vivaient des sultans;*

*Et vous aviez vingt ans, comme un héros antique!  
Vingt ans! presque aussi jeune, ó jeune homme que moi!  
Age où le gran Platon rêvait sous un portique,  
où le bel Alexandre était couronné roi!*

*Age où pour être sage au milieu des plus sages,  
fort parmi les plus forts, il suffit de porter  
le mystère charmant et pur d'avoir son âge,  
comme un Porte-Lumière agitant sa clarté!*

*Age où n'être pas fier et léger semblee un crime!  
Age où n'être pas beau semble une injure aux dieux!  
Age où le moindre cœur, comme un piège sublime,  
guette le moindre vol qui passe sous les cieux!*

*Age où tout veut en nous les femmes les plus belles,  
l'or le plus résonnant, les vins les plus fameux,  
les chevaux dont on sait qu'ils sont les plus rebelles,  
et les cœurs dont on sait qu'ils sont les plus chanceux!*

*Age où l'on lance son destin comme le disque,  
pour le voir aller loin, bondir et rebondir!  
Age de l'exigence, âge inouï du risque,  
où l'on n'est qu'un morceau d'audace et de plaisir!*

*Ah! vivre! aimer la rose! un beau vers! une phrase!  
la guerre! un cheveu blond! se battre un contre cent!  
—Et l'on te trouve mort, le front dans de la vase  
tandis que ton cheval galope en hennissant!*

Después hundióse en el áureo silencio de una profunda emoción.

Al atardecer llegaron á la casa, construída sobre un declive, con despejada vista hacia un extenso lago. Estaba ya entrada en el frescor y las sombras de la tarde.

Por detrás y por delante la espesa arboleda prestaba al sitio un contorno salvaje.

Confortable y artísticamente hecho, el pabellón formaba el oasis del desierto arbóreo.

La excesiva humedad del lugar había patinado los materiales de construcción, orlándolos del oro del roble y el argente del tierno pino.

Á este remanso donde un arte detallista habrá escondido todo arte traen el que ya no era más.

Marcos había saboreado de antemano la quietud amante de una noche, la mística sensualidad que se experimenta cabe la selvática Naturaleza. En vez, un sino percuciente desbarataba uno á uno sus ingenuos delectos.

¿Había nacido por infortunada constelación?

En el terrado depositaron el cadáver.

Después de lavarle amortajáronle en un brocado exuberante y precioso de dibujo, como suponían había sido su gaya mocedad.

Marcos cogió la broncea corona de una victoria—que perennizaba la lumbre en el atrio cuando el sol ocultaba sus perfiles—, y la ajustó con señorial mohán al aladar.

De dos vasijas etruscas salía el homenaje del



perfume. Cuatro gruesos cirios armonizaban la tétrica imagen. ¿Quién había sido esta clara y suave forma? ¿Cuál su último éxtasis? ¿Cuál su postrer ensueño?

El desconocido estaba hermoso y augusto, como aquel esclavo de Sócrates, Phaedo, cuya luenga cabellera acariciaba el maestro la víspera de su muerte.

Era una visión de efebo victorioso, dormitando después del triunfo.

Para los electos del culto de lo plástico, un dios adolescente estaba inmóvil en su lecho de marfil.

La muerte perdía toda su fealdad y acritud.

Era la personificación de la diva serenidad.

*Laudate pueri mortem.*

*Salve Juventia. Du te servent.*

*Vale anima infelicissima et pulchra*, pudiesen haber entonado los sixtinos cantores con sus notas más emocionantes. Sugeríase el arcaico epitafio, tan usado en la infancia del mundo; era el postrero de su raza.

¿Debía de odiar ó quererse en sus á veces tan cruentos lecestos el *Deus absconditus*? Consternado hacíase la duda en la mente.

¡Qué trágica noche pasaron los tres en el regazo del misterio!

Las distancias que siempre habían guardado no pudieron mantenerse.

Ante el hecho consumado, sólo una estrecha fraternización podía borrar la angustia.

Al amanecer condujeron el extinto á orillas del lago.

Midieron la tranquila onda hasta una ensenada donde la masa arbórea se detenía en un claro espacioso. Allí se levantó una pira cargada de balsámicas.

Entonces se libró á las llamas al joven del tranquilo y claro visaje.

Lamido sin tardanza por la vorágine ígnea, perdióse para siempre la serena forma entre el vaho abigarrado.

Atentos desde la barca á esta devastación, vivieron los testigos un instante pagano.

¡Oh, cuán divino después de todo el vivir, cuando se desenvuelve como un cantar gradual hasta la fruición de la experiencia soberana y luego el silencio eternal!

¿Subsiste la impoluta calma del ánimo después de conocer la humana maldad?

¿No vale dar lo más por lo mejor?

*Ite juventia mest*, podía salmodiar el diácono á los radiosos donceles que en un transporte de plenaria vida hubiesen exprimido uno á uno los deleites refinados de la sensibilidad.

Fué en esta imagen de perdida juventud para el mundo sensible, en la exaltada adoración de su abstracta casi sacra beldad, que Marcos requiso espontáneamente su hado.

*Ite juventia est. Post illam noscio.*

Acércate á la fruición aquí y ahora. Esa acti-

vidad es el más delectable escorzo de todo pensar.  
¿Hay un más allá para el ensueño que no cuaje,  
adieso?

Abroquela áureamente la sed de física perfec-  
ción contra las adversidades del destino.



**“Sapientia aedificavit sibi domum,”**

Los tiempos clásicos fueron fecundos en almas serenas.

RICARDO LEÓN.

En la medida que se intensificaba la tempestad social en su torno, Marcos amaba sumirse en el estudio de la democracia helénica y el arcano de su triunfal serenidad. La antigüedad era el horizonte de su ideal social y estético.

Meditaba conmovido por el contraste de su época, en la gimnasia, ese arte de crear un mundo de nuevas formas, esa ciencia de corregir las imperfecciones de Natura. Atento á su papel de gobernante, le preocupaba cual complemento físico de las transformaciones mentales.

En medio de las acciones violentas, la melopea griega de heroísmo é historia se desenmarañaba con el arrebató de un invicto amor.

En las formas legadas por la Hólade de Fidias y Scopas, encajaba la expresión ideal de la naturaleza humana en su espléndida fruición.

La belleza, en tanto que forma tangible, había parecido á aquel pueblo el dios único y categoría certera de lo ideal.

Así como el pueblo de Moisés había escuchado la voz de Dios por boca de profetas, los griegos veían en el contexto perfecto de los seres la imagen reveladora de lo divino.

Escribe Platón de Carmide que «allí donde se presentaba él nadie miraba á otra parte, contemplándole todos como si fuera la estatua de un dios». Y Aristóteles, no menos avezado, dice que «si existiesen hombres tan bellos como las imágenes de los inmortales, los demás hombres se pondrían de acuerdo para consagrarles obediencia absoluta».

Herodoto refuerza con el relato de un hecho ocurrido en Sicilia esta religión tan inseparable del espíritu artístico. Un mancebo, Filipo de nombre, fué adorado allí á causa de su deslumbrante belleza; después de muerto le dedicaron altares.

Llevado de este divino ardor, que fué el origen y constante numen de su poesía, Píndaro canta en una *Olimpica*:

«¡Oh Telesitrato! frecuentemente victorioso en las solemnes fiestas de Palas, cuando las doncellas, en el silencio de su pensamiento, deseaban tener un esposo é hijo como tú.»

Recortado cabe el perfil de Calícrates entre los inmarcesibles héroes de Platea, por el sólo hecho de haber sido el más bello de los combatientes de aquel día.

Para inmortalizar á Pantarces, Fidias el divino sólo tuvo que grabar el nombre del agraciado en un dedo del Zeus Olímpico.

No hay adoración sin éxtasis.

En el ágape intelectual de Jenofonte, cuando Autólico, el airoso triunfador de los ejercicios del pancracio, penetra en la estancia, un soplo de sublimidad le acompaña. Un dios se ha dignado visitar á sus devotos.

Escuchad el acento místico, del más alto misticismo con que el historiador de los *Diez mil* describe la acción:

«Tal como una luz que brillando de repente en la noche, fija todas las miradas, así la belleza de Autólico atrajo sobre él todos los ojos. Al contemplarle hallábanse emocionadas las almas de todos los asistentes. Unos permanecían silenciosos, otros hacían algún gesto... Los invitados comían calladamente, cual si obedeciesen la orden de una potencia superior.»

Un siervo de Nicias debió su libertad en el teatro de Atenas, por unánime consenso del pueblo, porque había mostrado en el carácter de Dionysio tanta fascinable belleza como la del mismo inmortal.

Al reconstituir por el estudio todo aquel mundo encantador de acabadas juventudes, tenía Marcos en mente las melódicas líneas de un bardo que había de vivir algunos siglos después:

«...*Some world far from eurs, whore music and*

*moonlight and feeling are one...*» (Algún mundo lejos del nuestro, donde la música, el claro de luna y el sentir fuesen todo uno.)

Camaradas de los dioses por la plasticidad, los griegos pidieron á la salud un tesoro de ideas.

Cada día, al reparar el príncipe amorosamente una de las más cabales estatuas del atleta, tal cual lo concibió la tradición de Lysippo el Marte ó Aquiles con la gallarda testa coronada de gorro frigio y el tobillo izquierdo preso en una argolla, se prendaba cada vez más de las dos antigüedades.

La cultura en Grecia, no habiendo llegado á la intensificación morbosa de la nuestra, supo el equilibrio entre el sistema nervioso y el carácter.

Ello fué que floreció el cuidado constante del hombre «integral» mediante una gimnasia de las más sabias.

Sano de cuerpo, el efebo disponía de él sin temor para pensar lúcidamente.

Con su profundo instinto psicológico advirtió aquel pueblo que el arte gímnico está íntimamente ligado á la moralidad, y en muchos casos puede servirle de base. Absorto en estas imaginaciones, escribió en su dietario esta modificación sobre la escultura y sus relaciones con la gimnasia.

...¡Oh, la euritmia plástica de las Aphroditas, de los Apolos y rapaces que se ejercitaban en la palestra!

¡Qué raza ideal aquella que tenían ante sí, cual

modelo viviente, Mitrone y Policleto; Scopas y Fidias; Praxíteles y Lyssippo!

El origen de este producto fué el ejercicio razonado. Él formaba generaciones de seres cada vez más armónicos, fuertes, ágiles y serenos.

«Maravilla—dice Plinio—cómo la mente se activa por la ejercitación corpórea.»

¿Qué duda cabe? Tendía el naturalista la visual hacia Atenea Poliade y los electos que le dedicaban con la vivacidad de sus energías primeras la pureza sin mácula y la púber belleza cuanto podía inflamar aquel divino cerebro.

En la disciplina del cuerpo encontró esta nación su denuedo milagroso y la olímpica calma. *La beauté matérielle n'est bonne qu'à nous initier à la beauté morale.*

Era el velo de la materia hacia el perenne encanto del espíritu.

La gimnasia alcanzó allí un grado tal de perfección, que no hallamos ya más; era racional y sistemática.

El gimnasta no sólo ordenaba los ejercicios, sabía á fondo sus efectos fisiológicos. Personaje alguno importaba tanto al Estado. ¿No multiplicaba él, efectivamente, los mortales hijos de los dioses?

Después de observar al efebo bajo su vigilancia, le decía: «Muéstrame tu pecho, las espaldas y las caderas para prescribirte los ejercicios de que más necesitas.»

Desarrollados los músculos deficientes, se ini-



ciaba el adolescente á temas más complejos. Adquiría, una vez terminada esta preparación, esa postura escultural, altiva, seria y majestuosa que respiran los jóvenes héroes de la palestra. Risueños y benevolentes, su donosura sencilla subyuga.

¡Qué entusiasmo, cuál arrebató retratan las facciones suaves y delicadas de estas mentes, aun inaccesibles á la malicia! Se domeñan con el pensamiento casi hierático de expresar mayor suma de voluntad y belleza.

Hermes, el alado mensajero de los inmortales, fué naturalmente el protector del efebo atleta. El esbelto y flexible corredor de nerviosos pies era por todos sus claros dones de cuerpo y alma el prototipo de los gimnastas.

En su doble aspecto de Charidotes, dador de la gracia, y Agonios, adiestrador, hacía surgir la hermosura con el vigor.

Con el candor verdaderamente helénico le invocaban antes de la lucha ó la partida de discos.

«¡Oh Hermes—dice una de esas preces, bellas como los primeros rayos del amanecer—, Calitelo te consagra su gorra de lana de cordero bien trabajada, un broche de doble aguja, un estrigil, un arco de tirante, una túnica usada empapada en sudor, las varillas de esgrima y un balón siempre en movimiento! ¡Oh dios, que amas á la juventud, recibe bondadosamente estos dones de un afable amigo de la regla y del deber!»

De esta fontana brota la edad de oro de Atenas.

Aristófanes, el glorioso nostálgico del épico pasado de la patria, ha trazado cuadros que parecen escultos de esta primavera de la raza.

He aquí el galardón del dios á sus juveniles sacerdotes:

«Vivirás en las palestras, siempre gentil y lozano; no irás á la plaza pública á decir discursos gárrulos, discutiendo como hoy hacen. Sino que irás reposado á pasear por la academia, bajo los olivos sacros de flor de junco ceñido—con un amigo gallardo de tu edad y muy discreto—, los aromas respirando de la hiedra trepadora y del retoñante álamo, á gozar del dulce tiempo, por primaveras muy grato, en que susurran los olmos junto á los pomposos plátanos.»

Con su tirso de poeta describe otras escenas no menos garbas:

«En aquel tiempo, todos los jóvenes de un mismo barrio, cuando iban á casa del citarista, descalzos y en buen orden, marchaban siempre por calles y por plazas, iban descalzos aun cuando hubiera nieve, blanca y espesa cual tamizada harina. Llegando al aula, con las piernas abiertas, se iban sentando, y á todos se les enseñaba á entonar himnos. Ya el de «Palas terrible que las ciudades destruye», ó ya «un grito que vibra lejos, muy lejos», y educaban sus voces «en el concierto de aspérrima armonía como sus padres».

Así los maratonomakes labraron en su infancia las victorias sobre los bárbaros.

Y dado que el dios tutelar de esta aristocracia en agraz era el corredor supremo, parece que su más hermosa imagen jamás se encarnó mejor que en ellos. Los mensajeros de sobrehumano aliento surgen á semejanza de una tarde calma tras el estuendo de la tempestad. Toda acción de guerra tiene el suyo, y por lo general, es el más completo de los gentiles guerreros.

Los más bravos por ofrendarse en pleno conocimiento del tesoro de su arrojo y el valor inestimable de su cuerpo armónico, se prestan cual víctimas purísimas á una deidad celosa.

Al saberse Atenas sacrosanta amenazada por la pujanza fabulosa de los persas, solicitó rápido auxilio á Esparta. Mandó á Fidipo, el más leve de sus corredores. En cuarenta y ocho horas salvó los mil estadios que separan á Atenas de Esparta. Ni la beldad de su coraje ni el mensaje angustioso que traía fueron atendidos. Mas los dioses, movidos profundamente, recompensaron al émulo de Hermes. Pan se le reveló y profetizóle el triunfo de Atenas.

No llevó un fin trágico como su hermano de Maratón, caído entre los mitos verdeantes, cuando ya fuera de aliento cumplía al pie de la virgen Palas el postrer rito de ferviente adorante.

*Tenella! Tenella!* ¡Gloria al vencedor!

También Platea tuvo su blanda víctima.

Después de la victoria se erige un altar en honor de Zeus Eleuterio el libertador. Evocando

quizá la soberbia idea de las *Lampadaphorias*, exigese que el fuego del holocausto sea encendido por una chispa arrancada al hogar de Delfos.

El platense Euquidas presentóse para realizar el sacro encargo.

En el día trajo la llama iniciadora, pero cayó fulminado al dar al hierofante la conquista antorcha. Con su vida pagó la piadosa temeridad:

*Vitai lampada tradit.*

Por esos prodigios con que los dioses han amado tantas veces torcer sus propias leyes, deleita y satisface pensar que en ese día Euquidas cenó en el Olimpo. Su ánimo había pasado ya á la lumbre.

La escultura de la palabra, tan fecunda como la otra en la perpetuación de admirables imágenes de la adolescencia heroica, ha descrito estas actividades encantadoras.

En el *Hipólito Coronado*, de Eurípides, resumimos la nobleza núbil del efecto adorador del deporte y de la libertad de una vida natural.

Artemisa, su diosa, arrebuja su alma en la inocencia y la pureza.

La castidad, cual indicio de un natural cuasi divino, jamás ha tenido, ni aun entre los santos cristianos, una consagración más atrayente.

El más noble de todos los efebos vive sereno como las selvas que le albergan.

No traiciona por cosa alguna el culto de la «virgen soberana». La diosa le parla y le sostiene en la

lucha. Y al expirar, encandila los ojos de su tierno cuanto casto amante con la radiosidad de su opalina presencia.

Con Neoptolemo, el mancebo que Ulises envía para atraer á Filoctetes al sagrado combate, retemplamos la admiración por el heroísmo moral en el cuerpo perfecto.

¡Cómo horroriza el mentir al joven! Y si cede tentado en parte por la razón de Estado, bien pronto confiesa su yerro, venciendo así el maquiavelismo naciente del hijo de Laertes. He aquí sus palabras:

«Si mis acciones son justas, valen más que las acciones sabias.»

El íntegro garzón se postra ante Filoctetes, y restituyéndole las saetas suyas exclama:

—¿No es posible arrepentirse?

Hijo digno de Aquiles, que aborrecía más la mentira que el umbral de Hades.

La escultura ha preservado felizmente estos sublimes ejemplos. Por ella, aun hoy es posible vivir en muda pero visible armonía, con esa juventud que aumenta la piedad de los estetas.

No sin una invencible nostalgia se lee el juramento de estos mancebos ante el altar de Agraulas, cuando divinizados sus cuerpos por el palenque, la carrera y la lucha, llevaban sus armas á bendecir:

«Nunca deshonoraré estas armas sagradas; nunca abandonaré, sea cual fuere el puesto que me de-

signen en el combate. Lucharé por los dioses y por la patria solo y con un ejército. Nunca dejaré á la patria menor de lo que la he encontrado, sino más grande. Su culto será el mío. Sean testigos Augraulas, Eungalio, Ares, Zeus, Talía, Auxo y Hegemoná.»

Las danzas rituales, las cabalgatas en nerviosos corceles el día de las Panateneas, la intimización de la música y la majestad terrible de la *Ilíada*, habían refinado el espíritu del efebo.

«Nada con exceso», había pontificado el oráculo de Delfos, y esa regla áurea burilaba todas las acciones de su vivir.

Pericles, el rey sin corona de la urbe incomparable, había dicho ya:

«Amemos la belleza sin fausto y el placer sin molicie.»

Entre estas idealidades y gestos de una nobleza sin precedentes, cuajan los orfebres del mármol, los intrépidos aurigas, los arqueros temerarios y los discóbolos de cautiva gracia.

Ved el *Apoxyomenos* de Lyssippo. El mancebo acaba de terminar la lucha. Se está quitando con el estrigil el sudor mezclado de óleo y polvo que recubre su cuerpo bello entre los bellos. No obstante la reciente victoria, un orgullo tranquilo diviniza su viril destreza. La imperturbable confianza en sí mismo da á todos sus gestos una naturalidad y sencillez soberanas.

¡Así gozan de sus triunfos los magnánimos! Sin

pasar por la Estigia, la corona de olivos lo ha inmortalizado.

Hace dos mil años que el pensativo é inocente atleta se detuvo en el momento religioso de la victoria, para ser comentado en mármol por Lysippo.

En la época de Pausanias, historiador al que hemos de recurrir continuamente cuando se trata de estos espíritus claros y lúcidos, existían aún 230 estatuas de juveniles triunfadores en la vía Olímpica.

Su número ya había menguado considerablemente á causa del saqueo perpetrado en diversas ocasiones por legionarios romanos.

Al venturoso Lyssippo cupo el esculpir una multitud, una sacra cohorte de estos victorios, á quienes sólo faltan las alas para elevarse bien alto en el azur.

Observad piadosamente el *Discobolo* del Vaticano en el acto de tirar el disco. ¡Qué maravilla de equilibrio y concepción!

El torso medio encorvado, la testa inclinada, el brazo hacia atrás, en un mohín de volante inmóvil y esa donosura con que el pie izquierdo apenas roza el suelo.

¡Qué musculatura blasona ese cuerpo casto!

No podemos concebir al viviente modelo sino de humor reposado, alegre y sano.

Reposa de una peculiar ecuanimidad que ignorara siempre la tragedia y *morbidezza* de la vida.

Radioso garzón que embellecería cuanto tocase y realizaría con la potestad de la constancia sus levantadas aspiraciones.

Estudiad la inteligencia dinámica que revela el *Marsyas* de Mirone, sorprendido en el vértigo exultante de la danza. El bailarín, preso de una sagrada emoción, para de golpe en pleno movimiento. La inspiración de una vida más íntima con el dios interior ha descendido sobre él.

En el *Auriga* del Capitolio vemos el ritmo del impulso. Serena para siempre el instante en que el juvenil conductor salta lleno de ardor al carro y tiende presto los ágiles y nervudos brazos hacia las riendas aladas. Una voluntad flexible y fuerte como el acero, que no declinará ante obstáculo alguno, pone en sus ojos vivos la fijeza de los alucinados.

Cabe suyo se rememora otro de la falange divina: el *Arquero de Aegina*. Concreta la postura instintiva y espléndida del arquero en cuclillas, que encubre así el noble erguimiento del torso para tender el arco. Lanza al blando éter la protesta del hombre imposibilitado de trascender el más allá de las cimas nevadas. Solo contra un pecho que se mece como el suyo al impulso de mil deseos, tiene blanco cierto su flecha.

El *Dorifero*, de Pocicleto, refleja la conciencia del propio valer en fuerza y euritmia corpóreas.

Las proporciones de esta estatua sirvieron de modelo á generaciones de artistas.

¿Y qué arte sino los pensamientos de los *Diálo-*



gos de Platón podía conservar animados hasta nos el efebo de las meditaciones supremas? Ociosidad encantadora de donde salió toda la filosofía de hoy día. Abrióse todo aquel inexplorado mundo de pensamientos con una espontaneidad que hace pensar de continuo en Dios. Las aguas tranquilas de Iliso espejearon estos auditorios de incomparables estudios, orlados los morenos ó rubios rizos con juncos. Otras veces, recostados contra una columna, los refinados jovencitos dialogaban con el mismo entusiasmo.

Aun movidos por el diáfano pensar, que ponía alas á sus sandalias, congregábanse en espléndidos convites.

Palas Atenea presidía estas actividades del claror mental.

«Invoquemos á los dioses—interrumpe líricamente uno de los jóvenes de estos conciertos del espíritu—al mixturar la voluptuosidad con la sabiduría; no importa que sea Baco ó Hefesto ú otro dios cualesquiera que determine esa mezcla.

»Como ciertos coperos, tenemos dos fontanas: la del placer, que puede compararse á una fuente de miel; y la de la sabiduría, sobria fuente, que no lleva vino, de donde fluye linfa austera y saludable; fuerza es empeñarse en juntarlas lo mejor que se pueda.»

No obstante el desnudo, uno lleva de estas estatuas poemas genuinos de física belleza, purísimas sugerencias.

La castidad... Entiendo con el epicúreo Mario, coetáneo de Marco Aurelio, que la castidad de los hombres y de las mujeres, con todas las condiciones que le son propias, es la cosa más bella de la tierra y la verídica conservación de la energía creatriz mediante la cual fueron traídos al mundo.

Exaltan á la virtud, á la sobriedad, á la sangre fría, estas representaciones de la más acabada juventud.

Uno se apega extraordinariamente á la vida cuando parece espléndida y elevada.

Este arte es como la voz de lo eterno, que nos habla en medio de las tinieblas. Enciende fiebres divinas, acentos exultantes, eximios embelesos, divinas transfiguraciones: la lucha por la vida requiere el aliento inspirador de aquellos «tiempos felices y sabios, tiempos absurdos y deliciosos... en que la Belleza fué verdaderamente durante algunos años —algunas horas del mundo— toda la política, toda la gloria y toda la virtud».

Esta religión del cuerpo sano y bien adiestrado se hermana, como siempre acontece, con una vasta cultura intelectual.

Lo que Grecia no cesa de enseñarnos es la convergencia de la salud con la estética y los goces del vivir.

El sacrificio de la molicie en aras de la energía y de la belleza se delata ser el pensar tras las inmensas y claras frentes de sus hijos.

*Lux cedentibus in tenebris.*

La ausencia de mirada en sus estatuas aumenta la diafanidad, lo etéreo y espiritual de esta raza divinizada de los sentidos.

Fulgor alguno brilla, si no es el de la serenidad esplendorosa de las cuencas oculares vacías. El clarooscuro del mirar había de tentar otras generaciones más influidas de malsanas interjecciones.

Completamente desnudos se presentaban á los ejercicios y juegos públicos. Con ello se proponían tornarles indiferentes á toda mudanza atmosférica y también por la razón de que era cualidad muy estimada la de tener el cutis quemado por el sol. En el fondo de esta preocupación del físico encontramos el más nervioso y vibrante patriotismo.

Tanto Licurgo como Solón, excelsos legisladores, buscaban la creación de una población habituada tanto al ardor estival como á los fríos penetrantes.

La gimnasia cuidaba del desarrollo, de la agilidad, resistencia y gracia en el joven.

El *pentathlon* formaba el alma de ese arte. Componíanlo cinco ejercicios: el salto, la lucha, la carrera, el disco y la flecha.

El *pancracio* constituía el ejercicio más recio, porque tanto el ataque como la defensa estaban librados á todos los medios físicos de los combatientes.

En la Elida encantadora, á la luz del templo de Zeus, se reunían los helenos cada cuatro años para vigorizar el vínculo étnico en una grandiosa so-

lemnidad. Allí glorificábanse cuerpo y alma de una manera inolvidable.

Al pie del bosque sagrado, que reverdece aún en las faldas del Altis, se celebraban los juegos más inteligentes que la humanidad haya conocido.

Sobresalía en el santuario la estatua de Zeus esculpida por Fidias, coloreada por Panoenos, y la orfebrería de Colotes.

Cabe el templo se erguía el *opisthodomos*, donde tenían lugar conferencias y lecturas de obras maestras.

Aquí leyó Herodoto su historia, á cuyos nueve libros el pueblo puso el nombre de las Musas.

Píndaro, desde sus ámbitos, celebraba la inmarcesible gloria de los vencedores. Cantaba al efebo de la quintuple corona, con la noble testa erguida y sus miembros tersamente modelados, rutilando de gloria pura en un ambiente de esplendores.

Eurípides vino á encomiar aquí el triunfo de Alcibiades.

Ya era un astrónomo como Oenopides ó un gran guerrero cual Temístocles, que se exhibían desde este célebre recinto á la admiración pública.

En las vecindades del edificio sagrado crecía el olivo *Kallistephanos*, de cuyas hojas y ramas se tejían las coronas de los conquistadores. Donosas ninfas velaban sus brotes, que ceremoniosamente cortaban los *spondophores* con instrumentos de oro.

Frente á la casa de Zeus se veía un pueblo de soberbias estatuas. Eran las efigies de Praxiteles, atleta de Mantinea; Euthimos de Locria, Polibio el historiador; Kallas de Atenas y los más notables olímpionicos Diágoras, Telemakhos y Dorieus. Los carros vencedores y los ligeros corceles también tenían sus recuerdos.

En torno el Altis se descubrían el Bouleuterión, palacio del Senado Olímpico: el Theokoleón, donde habitaban los sacerdotes y las adivinas; el Leoni-daión, colosal hostería, donde paraban durante las fiestas los huéspedes ilustres y los representantes de los Estados; el Pritaneo, que hacía las veces de mesón y sacristía; el Filippeión, rotonda levantada por Filipo de Macedonia y su glorioso hijo Alejandro para cobijar las estatuas de sus antepasados.

Cabe el Theokoleón esplendía la fuente, de donde fluían las maravillosas estatuas de los dioses: era el taller de Fidias, el amigo de Pericles y discípulo de Anaxágoras. Tenía el divino cuarenta años cuando expulsado de Atenas vino á establecerse en Olimpia.

Su estudio, una enorme sala rectangular, disfrutaba de las mismas proporciones y de la misma luz que la cella, donde su omnipotente Zeus debía ser colocado..

Una tregua sagrada realzaba la serenidad espiritual del pueblo.

Los diversos componentes de la confederación

fraternizaban y hacían votos por constituir bajo los divinos auspicios la patria soñada.

La multitud se miraba como en un espejo en la juventud electa, la *Victoria Aptera* de la nave del Estado.

Uno siente que para eternizar en la tierra esa sublimidad viviente una cabalgata de divinos manebos, rendidos aún del triunfo reciente, no hayan hurtado como Prometeo una chispa de este sol culminante. Agitando la antorcha de jinete en jinete aun al través de las tinieblas de noche sin fin, acaso flameante todavía, hubiésemos podido disipar con ella las sombras que nos envuelven.

Para asir la gloria evanescente de las olimpiadas, hay que imaginar á la metrópoli en pleno movimiento, cuando los Basilios llevaban al monte sacro el ganado dispuesto para ser sacrificado á Kronos ó embelesaban el aire manso con sus himnos las tejedoras del velo de Hera.

Paralelamente á las ceremonias hieráticas, cuyo ritual es de una poesía honda y conmovedora, se desenvolvían los juegos y las combinaciones políticas. Así, al lado de los teoremas de gimnastas, luchadores y corredores veíanse pasearse majestuosos como á la ley conviene: los nomofilacos, guardianes de las reglas legales; los senadores olímpicos; los diputados de las ciudades; los embajadores de Estados amigos y los heraldos de gesto desenvuelto que proclamaban los tratados concluidos entre las diversas ciudades.

Mas donde brillaba con un destello más intenso el halo de la Divinidad, era sobre la glabra frente de los atletas.

La admiración contenida de la muchedumbre desataba su entusiasmo, cuando avanzaban en fila india entre la duple escolta de los dignatarios olímpicos, para prestar el clásico juramento ante el altar del Zeus Horkios, donde ardian las entrañas de un jabalí.

Adorno alguno distraía el mirar de la figura viril de sus cuerpos y la serenante beldad de sus rostros pulcros, que Artemis soberana había bendecido.

Cubría apenas las esplendorosas formas sencilla clámide marrón, que caía ondulante desde el hombro á las rodillas.

Trenzados con cuerdecillas de blanco lino, se sujetaban los morenos ó blondos cabellos.

Ante ellos rutila, semejante á los conceptos vagos de los sueños, la gloria por venir de las coronas.

El heroísmo, cual el amor, es silente.

Venturosos, dichosos por cima todo concepto moderno, no suspende el ánimo el verles esculpidos, los ojos vueltos hacia el éter, morada de los dioses, las palmas de las manos levantadas en señal de adoración.

*Tenella! Tenella!* ¡Gloria de los vencedores!

Bajo la vista avizora y atenta de la multitud, disputábanse estos divinales modelos de nerviosi-

dad equilibrada y esbeltez supremas la corona de olivo silvestre y la victoriosa palma.

Frenético el auditorio, renovaba en carne viva sus emociones de las Panateneas.

Un peplum viviente formaba el incomparable espectáculo hecho de alegría, tranquilidad, esfuerzo y la máscula hermosura en todo su apogeo.

Al vencedor *Olimpionikes* decretábanle una estatua en la vía sagrada. Era la inmortalidad en vida, la caricia de lo eterno sobre el cuerpo puro.

Sed templados, si deseáis ser puestos sobre estos plintos triunfales—podían decir á los viandantes, pues el serlo consiste en tener piadosos pensares y justos sentires.

Seguido del pueblo delirante, iba el doncel á rendir gracias á los dioses y ofrendarles el sacrificio. Con un convite concluía la apoteosis.

Píndaro cantaba el acontecimiento en sus odas inmortales.

Escuchad sus estrofas:

«Vencer en los combates de la lucha y la carrera, conquistar mediante fuerza y audacia las más bellas recompensas, y en la vida ver al hijo ceñido de pytias coronas: he ahí la dicha que gusta ponderar al sabio.

»Quien la alcanza, en verdad, no es el igual de los dioses, el cielo no le abrirá sus portales de bronce, mas ha tocado el límite de la felicidad humana.

»Su trirreme le ha llevado á los confines de la



ventura posible, pues vía alguna de la tierra ó el mar conducen á las playas de los Hyperbóreos. Sólo Perseo penetró en ellas.»

. . . . .

Desde aquí en adelante, preciso será acercarse á estos luminosos efebos del dulce mirar que no excluye la prepotencia de la voluntad, el Hermes de Praxiteles exhumado en el Heraión.

Descienden todos ellos de una misma raza soberbia y desde hace tiempo extinta. Heracles, Ajax, Prometeo, Perseo, Héctor, Aquiles y Patroclo pueden contarse entre sus antepasados.

Si les cupiera asediar á Troya, serían Aquiles y Patroclo; en la *Eneida* resplandecerían cabe Eneas con la gracia y el arrebató de Nicias y Euriale, arquetipos de amistad fraterna.

Imposible hundir la mirada sobre ejemplares más maravillosamente cumplidos de seducción y elegancia.

El cuño de estos caballeros de la hora prima, en un atildamiento innato, expresivo de sublimes excelencias.

Capaces de medir la política de Pericles; de admirar profundamente á Fidias; aplaudir á Sófocles y Aristófanes y conducirse de manera comprensiva en las admirables festividades de las Panateneas y las Lampadoforias... son los príncipes de la juventud de todas las edades.

El Hermes á que aludo se apoya sobre un tronco de árbol, donde descansa también la flotan-

te clámide. Está medio inclinado con la cerviz hacia el niño, sonriente y juguetón. Se le atisba extasiado ante la propincua amistad del infante demiurgo.

Entre la inocencia del infanzón, intocado aún por la violencia del sexo, y la del puer, no caben diferencias esenciales, sino gradaciones de matices.

Aun la insidiosa astucia de la mundialidad no ha conseguido arrebatarnos á la dirección é impulso de la vida informe.

Corría la época de la absoluta impasibilidad del mal en que lo bueno y lo bello vivían sin excluirse. Era música de las mariposas en torno los sentidos castos. Más allá de la visibilidad bordaban las horas, perennemente jóvenes, dulces sucesos.

Algunos siglos más tarde, cuando Roma, dueña ya del mundo conocido, puso el ocio noble cual cima del ideal aristocrático, el helenismo recuperó el dominio perdido. Renació entonces el culto del efebo.

Fijóse en el divino Antinoe la adoración de los fieles. En él los helenizantes evocaban la flor más bella de la Hélade: la amistad.

El maravilloso mancebo acusaba en la perfecta corrección de los rasgos y la cumplida gracilidad de los miembros el tipo helénico en lo que él posee de más típico: la pulcritud de la vertical que une sin vacilación la frente á la nariz.

En viéndole el emperador Adriano lo invitó á formar parte de su corte y vivió á su lado como la

victoria de tendidas alas en la diestra de Júpiter.

Desde el tiempo de Augusto, este símbolo se hallaba en el Senado de Roma; en un cercano devenir, cabe suyo, Antinoe recordaría á los hombres maravillados la belleza que les había adquirido con su político saber la majestad del imperio.

El favorito, de cuerpo á la vez olímpico y atlético, conoció la solemne divinización.

Irreprochable de belleza aparecía en los templos.

Bajo el arco superciliar lucían los ojos con pupilas de zafiro engastadas en oro. La impresión de su mirada sería la del firmamento. Tranquila y misteriosa cabellera lujuriosa, partida sobre la frente, caía undosa y se levantaba tras la nuca en dos trenzas orladas de una cinta que dejaba sueltos dos bucles cortos recaer sobre las sienes, y otras dos largas trenzas se esparcían por la parte anterior del cuello. Un estrecho *bemiscus* las reunía en un haz, y en su redor místicas sierpes se retorcían artísticamente. Por cima la triple diadema se abría la flor de lotus.

La memoria de Antinoe fué honrada con la fundación de una magnífica ciudad en tierra egipcia y volvieron á florecer los juegos megarios, más solemnes y fastuosos aún que al instituirlos el hijo de Pelope, Alcanthos, en honor del jovenoto de Atenas, Diocles, caído mortalmente herido abroquelando el amado amigo del alma.

Esta heroica recordación hacía latir el corazón

de nobles aspiraciones, sublimes entusiasmos y abnegaciones sin fin. Había sido el afecto que exaltaba las almas de Platón y Agathón; Virgilio y Alexis; Glaucias y Stacio; Píndaro y Thexenos; Bión y Moshus; Marcial y Diadumenos.

Él abre las cosas del espíritu á los que le aman en la pureza de sus corazones.

Amaban sus almas porque adoraban sobre y ante todo la belleza.

¡Oh el beato ensueño, plácida visión de amistad, de fraternal camaradaje!

Amigo divino es el amador, según el poeta del Symposium.

Quizá el más delicado testimonio de este compañerismo, tramonta en un epigrama sepulcral anónimo:

De nuestro grande amar, Partenophil,  
esta lauda pequeña subsiste aún  
cual único monumento y señal.  
Te busco todavía, y aun te seguiré buscando,  
aunque flaqueen mis ojos y sea débil mi espíritu,  
con inarticuladas preces.

En tanto, mejor amigo de los amigos, no bebas tú,  
si esto las crueles Parcas lo toleran,  
cabe el río umbroso,  
entre aquellos pueblos de espectros,  
ni una gota por mí en la veda del Lete.  
Olvidarme: ¡eso jamás!

¡La vida, la verdadera vida es un módulo del eterno inclito amor!

Se estremece de nuevo la casa de mis sueños y repaso aquella ensoñación, la más seráfica de todas ellas, que me transportó al Acrópolis, iluminado por un pálido sol de Abril. Parecióme que moría cuando percibí tal como era el templo de la victoria sin alas. En el alba de ópalo y ámbar profundizó la ternura de una vida consagrada á serenarse por la sapiencia y exaltarse en la amistad.

Remiro aún estos cuadros incomparables y he aquí el que me brinda Eurípides: «Estaba á mitad del camino cuando vi á Delfás y á Eudanipo marchando juntos. El bozo de su cara era más rubio que la flor del helicriso; sus pechos brillaban aún más que tú, ¡oh luna! porque los dos amigos acababan de abandonar los bellos ejercicios del gimnasio.»

· · · · ·  
Mira la calma que alborea alrededor de esta aristocracia, la única que hubo de haber existido jamás. Fingen nubes de la rosada aurora el halo que destaca sus frentes.

Detén tu atención, ¡oh joven aspirante! en cuanto no alcance á dilucidar el vocablo.

Admira y enmudece...

Estos mancebos fueron reyes de la naturaleza consciente, como el león lo es del reino animal, el roble del vegetal y el diamante del mineral.

Adorémoste, ¡síntesis zahori de la *Juventia!*  
¡Amemos tus floridas expansiones, tu sentido de la

vida, tu denuedo, tu elegante idealidad y tu encanto arrobador!

Desde la alteza de sus plintos parlan el lirismo breve del divino esfuerzo que les discernió el éxito.

«Con estos órganos diestros, con esta garganta, con este diafragma y esta frente casi rectilínea», dicen he sido capaz de cuanto puede exigírsele á un mortal.

Tú venciste: pureza, ejercicio inteligente, sobriedad, férreo propósito.

El atleta representaba la belleza conseguida por la realización voluntariosa y altamente consciente de los movimientos corpóreos.

La tensión muscular, el mover eurítmico, su hermosura, su rapidez, su economía dinámica, fueron ilustrados en espectáculos estéticos bien concretos.

El gesto del esfuerzo sostenido que ordena los movimientos, es un acto volitivo que crea una vida superior para el alma, alborozada del equilibrio entre la mente, la energía y la belleza ética.

Mi imaginación se torna vidente. El añorar la beatifica...

Me tienden vino de Chipre para libar entre las volutas de la mirra que ascienden alto, muy alto, el corderito ofrecido á las potencias creadoras en holocausto de las evanescentes bellezas del microcosmos.

La realidad helena es la ensoñación nuestra, visionaria y pensativa.

¡Oh tú divino pueblo mío do todo leudó, la madurez depara á mi ánimo un estelio en tu pentélico ambiente!

Aléjame de todo devenir que no sea el tuyo.

Rinde á los músculos laxos el módulo primal.

Mi pasión trasciende todo razonar.

Permíteme, ¡oh madre de los helenos! apoyarme contra algún sarcófago esculto.

Acaso Boreas, levantando las ligeras telas con que para aproximarte exorne mi cuerpo, cediendo á mi más íntimo anhelo confunda la orla transparente con las corintias molduras y quede allí estático entre ánforas de undosa gleba y lámparas de balsámico aceite.

Así comparezco en tus prados de asfodelios y amapolas, junto á los iniciados del misterio de Eleusis.

. . . . .  
El ebúrneo portal gira sobre sus goznes.

Las antorchas crepitan.

Melódico himno ondula el éter.

Bien amada de las islas venturosas, ven. El hogar de Psyquis te espera.

Pétalos de rosa la alfombran y la perfuman. La sinuosa línea de la mar limita la gran turquesa del cielo.

Tornasolados fulgores abocetan escenas extraordinarias.

«...Invencible erotismo, ¡oh tú que caes sobre las casas opulentas! que reposas sobre las mejillas

delicadas de la joven, que atraviesas los mares y visitas los establos, mortal alguno puede huir de ti, ni tampoco los hombres que viven pocos días. Quien te posee, delira.»

Así suave, así luminoso caracteriza Sófocles el divino sentimiento que también me enciende adieso.

. . . . .

Os amo, os adoro, serenantes recuerdos.

---



### XIII

#### “**Vulpes in cœlo,**”

*Puerorum amatur et taceo nunc  
alia.*

Sixto IV, fiel á las tradiciones de los papas del Renacimiento, buscaba por todos los medios abominables establecer el yugo de su familia en los dominios pontificios. Inspirador del atentado contra Lorenzo y Juliano de Médicis, quiso renovar cerca de Marcos su red de perfidias.

Esta vez, sin embargo, apartándose de la violencia meditaba con del Broggio, su devota criatura, cómo suplantarse á Marcos.

En sus venerandos hábitos encarnados, ribeteados de armiño, la faz marchita, el mirar libidinoso, estaba sentado el Papa, apoyada su mano violácea en una de las quimeras esculpidas de la silla. Arqueado hacia el purpurado como para oír su confesión, departía en voz baja con él.

Este era el jefe del catolicismo. Con Rodrigo Borgia había de compartir luego la más triste de las celebridades. Avaro y mentiroso, corrían sobre

su vida privada las más infamantes historias. Exaltado al trono de San Crimen, porque el bueno de San Pedro poco se cuidaba ya de aquel objeto, inauguró su reinado mixtificando á sus electores. Sólo había hallado—decía—en el tesoro pontificio 5.000 florines. La parcialidad por sus sobrinos desmintió bien pronto esta calumnia. Prodigó los tesoros acumulados por su antecesor, el avariento Pablo II. Leonardo fué nombrado prefecto de Roma y desposado á una hija natural de Fernando, rey de Nápoles. Á Girolano Basso le tocó el cardenato de San Crisógomo; Juliano, el mejor de los apuestos sobrinos, por la virilidad de su temperamento, fué también elevado á cardenal. Á Girolano Riario le confió la ciudad de Imola y después de la anexión de Fiorli lo nombró duque. Casado con una hija natural de Galeazzo Sforza, al ser asesinado por sus súbditos en 1488, dejaba numerosa sucesión al ducado. En Pietro, otro favorecido por la munificencia de los fieles, se acumularon las dignidades de cardenal, patriarca de Constantinopla y arzobispo de Florencia.

Fundábanse los méritos de ese jovencito de diez y siete años en el equívoco amor paternal del Pontífice. Tanto le quería, que habiendo combinado este ingrato con Galeazzo María Sforza coronarle rey de Lombardía en cambio de hacerse nombrar papa, le hubiera entregado la tiara sin remonstrar siquiera, tal era la ceguera inexplicable de su afecto criminal. Una muerte prematura privó al papado de

este disoluto. Una renta enorme de 60.000 florines anuales no bastaba á su espíritu extravagante y pródigo. Durante veinticinco meses, Italia vivió maravillada con sus orgías y audacias.

Sucedióle en la privanza del Santo Padre Girolamo della Rovere, á quien casó con la hija del augusto Federico de Montefeltro, modelo caballescico de la época, y le confirió el título de duque de Sinegaglia.

Á pesar de esta corte de favoritos, Sixto no podía pasar sin algún rapaz de extraordinaria belleza, á título de protegido. Á uno de estos augustanos, su ayuda de cámara, le hizo cardenal y obispo de Parma á la edad de veinte años.

Para proveer á todos estos caballeros insaciables eran necesarias sumas tan ingentes, que el Papa siempre carecía de dinero. Ello motivó la ansiedad y confusión á que expuso Italia durante los trece años funestos de su pontificado.

Además de organizar una vasta conspiración contra los Médicis, en favor del bastardo Jerónimo, convocó por Bula á un concilio en San Juan de Letrán, so pretexto de ponderar los medios de una cruzada contra los turcos.

El célebre Borgia, que había de sucederle después de Inocencio VIII, fué despachado á España para predicar la seudocruzada. Á los creyentes se les impuso la contribución de la treintava parte de sus bienes y á los judíos la vigésima. No contento con estas exacciones vergonzantes, ordenó una se-

gunda imposición del décimo por la venta de absoluciones, indulgencias, permisos y dispensas. La codicia de Fernando el Católico fué aguzada de tal modo con el levantamiento de estos impuestos, que no tardó, pocos años después, en aprovechar la mísera credulidad humana en su propio beneficio. La exterminación de los judíos le sirvió de pretexto. La Santa Inquisición, sujeta al indigno Código de veintiocho artículos, atezó con la ferocidad propia del *odium theologicum* esta obra destructora, autorizada por el Papa.

Otro de los expedientes financieros del padre de los pobres, lo constituía el monopolio de la venta del trigo por los Estados pontificios. Compelia á sus hambrientos súbditos á comprarlo en sus almacenes á precios ruinosos, mientras el buen cereal era vendido al extranjero é importado el peor para el consumo interno.

Mientras esto sucedía, el infame favorito, Piero, celebraba los esponsales del duque Escale de Ferrara con festividades incomparables. En honor de la novia, Leonora de Aragón, se levantó un Pavillón en la Piazza de'Santi Apostoli. Las paredes internas lucían terciopelo, sedas blancas y granates; las estancias ostentaban las famosas tapicerías de Nicolás V, que reproducían la creación del mundo. Las festividades duraron seis días, alternando los banquetes vitelianos con comedias basadas en los mitos de Hércules, Phedra y misterios, representados por actores de Florencia. Entre la lujuria y la

matanza, la avaricia y el humor pendenciero, Sixto se movía cual árbitro del mundo.

La arrogancia casi siempre victoriosa, hacía leves ante su conciencia los crímenes cometidos *amoris causa*. No debía acreditar en una facultad tan desprovista de utilidad inmediata. Sin embargo, alguna vez en la soledad y en el silencio desaparecían el esplendor ritualista y el opio de la bestialidad, para enfocarse visiones horrendas. Bajo sus auspicios la terrible máquina inquisitorial quemaba 2.000 víctimas en la sola provincia de Castilla. En el quemadero de Sevilla, 280 llamados herejes eran lanzados á las llamas, mientras en Andalucía 5.000 casas veíanse abandonadas para siempre. Por el edicto de 1478 contra los judíos se había causado el éxodo de ciento setenta mil familias. Seguramente llegaría hasta los oídos del Papa, orlados de perlas de inestimable valor, la voz desgarradora de estos infelices, violados, robados y martirizados. La trágica descompostura del suicida; la desesperación de los que demandaban á los algibes el eterno sueño; los diezmados por el hambre; los muertos en sus naves, por no permitírseles el acceso á los puertos; los pestilentes; todos ellos, espectros tétricos, se erguirían amenazadores en su cerebro criminoso.

Con estas oblaciones sangrientas de moros, infieles y hebreos, pensaba quizá excusar la cólera de la carne y la petulancia del mando...

. . . . .

«Nunca me pesará lo bastante no haber extinguido esa raza de mercaderes—dijo Sixto—. ¿Por qué habré cedido á la debilidad de levantar el interdicto? La credulidad inagotable de las gentes hubiese acabado por tomar en serio el arma terrorífica que deja insepultos á los muertos, sin rito de consolación y bautizo á los recién nacidos y expuestas al pillaje las mercaderías de los villanos florentinos. Cedí, ¿con qué fin? Para deber hay que batallar contra otro, más peligroso aún que Lorenzo tan sólo, epicúreo y poeta.

»Este Marcos no impide únicamente el engrandecimiento de los míos, sino fomenta á los impresores, cuya audacia he contrarrestado con la institución de los inquisidores de la prensa.»

La seda centelleaba bajo la ira del anciano. Quedó pensativo un momento, mientras del Broggio, profundo conocedor de las debilidades de su amor, le respondió:

«Si Vuestra Santidad le viese... de alta estatura, con formas suaves, la cabeza de una redondez armónica, tersa la tez, ligeramente sonrosada, grandes ojos garzos penetrantes, las pestañas largas y bajo el borde del glóbulo ocular la epidermis aterciopelada, color de los más hermosos claveles rosados. Es un hijo de César nacido para todo lo grande y bello del mundo.

»Entre mil se distingue este modelo de ángel de ojos puros y rizada cabellera. Es un himno de carne á los jóvenes de Platón.»

Ante esta descripción de un calculado realismo, el corazón de Sixto recobró su ritmo juvenil:

«Si le atrayésemos á Roma, ¿el capelo cardenalicio no le halagaría? Inventaríamos en su honor fiestas y pompas que ni á mi llorado Piero se le hubiesen ocurrido. ¿No me cuentas? ¿es susceptible á la perturbación arcánica de las cosas bellas? De nada valdrían mis gemas, camafeos y medallas de exquisita factura, algún busto ó estatua del esclavo Bytinio ó del padre de las musas para inclinarlo á nuestro partido?»

«La firmeza tranquila del joven príncipe es tan grande como su belleza—contestó del Broggio altamente convencido de su decir. Luego agregó: —Sometido á la detestable influencia de Savonarola, considera á Vuestra Santidad el monstruo sanguinario del *Apocalipsis*. Os aborrece, os cree el usurpador, el mercader del templo. Florencia, se le ha oído decir, es la república coronada de Cristo; Roma, la monarquía de Satanás...»

De la cuasi placidez del ensueño de poseer un favorito más, Sixto pasó al pontífice habituado á esgrimir un formidable poder. Estar influenciado por el prior de San Marcos, el protorreformador, ¿no era en efecto un crimen de lesa infalibilidad?... Muy estricto en cuestiones de doctrina, no lo era menos en política agresiva. La irascibilidad de su familia demostraba en él, como en aquel hijo de Giovanni, el duque Francisco Mario, quien á la tierna edad de diez y seis años asesinó al amigo

de su hermana, acuchilló al delegado papal en Bologna á los veinte, y de un puñetazo derribó al historiador Guicciardini.

En ese momento, con paso alegre, llenó la estancia de su jovialidad ingenua un rapaz de doce años, el hijo de un barbero de Roma. El pobre niño, bellísimo, debía á su «forma excelente» la protección del Papa. Había entrado en el apartamento creyéndolo solo. Á su vista, las iras de Sixto se aplacaron. Llámale amorosamente hacia él, acaricióle la cara con paternal bondad, y quitándose la pesada cadena de oro muerto, de la cual colgaba una cruz hecha del más diáfano cristal de roca, se la regaló al infante. Saltando aquél, se la llevó á los labios y salió de la cámara. El Pontífice le siguió con la mirada casi velada por una melancolía irresistible. Sus ojos envolvían con ardimiento puramente cerebral esta imagen de las cosas que fueron y ya no volverían.

El terrible anciano, distraído siempre para la paz del mundo por estas amorosas visiones, reanudó después de un ensimismamiento corto la conversación anterior. ¿Asesinarle? Sólo aumentaría su prestigio y autoridad, como el malogrado caso de Lorenzo.

—Tú, tan maestro de las finas travesuras; tú, el intrincado astuto, ¿no concibes algún medio de deponer á este «hijo de la iniquidad», á este «protegido de la perdición»?

El cardenal abandonó su asiento. Gesticulando



grandemente á la manera italiana, paseóse por el cuarto. Aunque ya había tiempo tenía elucubrado un plan, fingióse perplejo para excitar más la curiosidad del sacerdote-rey. «¡Por Santa Maria Novella! Si perece Marcos, tuya la abadía de Subbiacco y su fortaleza.»

Del Broggio vaciló aún. Su rapacidad subió de punto. Aparentó mirar por el ventanal hacia Roma, la urbe acaudalada y espléndida por sobre todas las del mundo. El jubileo de 1450, bajo el ilustre pontificado de Nicolás V, la había tornado «una ciudad de oro», según la gráfica expresión de Leo Alberti.

La magnificencia de la arquitectura, multiplicada por todas partes, la volvía el complemento de la Roma cesárea. La gloria de la ciudad acrecentaba su ambición. Por el crimen, la anarquía ó la guerra, ¿no podría también ella ser suya? La abadía de Subbiacco con sus rentas fabulosas se le brindaba como un escalón hacia el trono rojo. Ser rico, inmensamente poderoso, ¿no era acaso la primera condición para llevar la tiara?

El adolescente cuya vida irreprochable es un desafío perpetuo á nuestra depravación, poco á nada sabe del amor. Atento á la cultura, en medio de su exaltación artística é intelectual, sueña en ser un jefe de Estado filósofo. Tan sólo descubre en los objetos de contemplación la felicidad suprema.

Al poético refugio de la Villa Aureliana acuden principalmente jóvenes como él magnánimos, bellos

y doctos. Huye de las pasiones, no como quien las ignora, sino cual persona que, harta de profundizar sus maleficios, se decide por la serenidad.

—Nunca me ha traído suerte el señor—he solido oírle decir con frecuencia—. Esto concuerda en todo con el horóscopo de maese Jacoppo Ruggiere. Pronostícale el astrólogo un acontecimiento de índole pasional que cambiará el curso tranquilo de su vida. ¿Si intentáramos perderle por medio de una Dalila ó Judith? El recurso es infalible, y más aún tratándose de un mancebo cuya bondad y dotes físicas seducen fácilmente.

La palabra horóscopo animó en el Pontífice el celo apostólico, y gritó hipócritamente: «¡Abominación, paganismo!» Sin desconcertarse por ello, prosiguió del Broggio impertérrito:

—El candor del joven, su impericia mundanal, su natural confiado, le exponen á ser víctima de algún alma perversa. ¿Por qué ocurrirá ese fenómeno en hombres de un robusto intelecto? Casi todos se maridan con seres moralmente inferiores.

—¿Y en quién has pensado?—replicó Sixto impaciente por conocer el fin.

—Santidad, ¿no os parece de perlas para ese objeto Diana Castiglione, la célebre hija de Teresa Fulgura?

No sin cierta repugnancia hacia este quizá vástago suyo, asintió el Santo Padre al nefando plan. La Fulgura había causado la muerte de su Piero idolatrado. Le parecía verlo en los estertores del

morir, roído por úlceras espantosas. ¿Qué era todo ello, inconsecuencia, deslealtad, frente al despotismo quizá confirmado hereditariamente por la anexión de Florencia? El copudo roble sobre fondo azul, escudo de su casa advenediza, había de conquistar palmo á palmo el jardín de Italia. Con plenas instrucciones para proceder *subrepticiosamente* y con la bolsa rellena de algunos miles de florines, el cardenal marchó á Florencia. Sixto le colmó de ternezas y de cuanta dispensa y perdón é indulgencia atesoraba el catálogo de la curia.

Hasta se dice—aunque debe admitirse con la reserva de una calumnia hereje—que le concedió indulgencia para cometer crímenes abominables en ciertas ocasiones del año.

En empresas así infames se expedía el oro de los fieles católicos. La espada espiritual era blandida contra Pericles como Lorenzo el Magnífico, contra ángeles como Marcos y profetas como Giacomo Savonarola.

Ya Lutero había nacido en Eisleben.

Erasmo pisaba nerviosamente los claustros de Rotterdam.

---

## XIV

### **La mascarada de Elagabalus (1) en los jardines de Villa Aureliana**

*Que celui dont l'âme n'est pas innocente et pura s'abstienne d'entrer.*

MYSTÈRES D'ELEUSIS.

*Qu'est ce que la paix? Une liberté tranquille.*

*Qu'est ce que la paix? Innocence et vertu.*

HADRIEN.

*...Villa meravigliosa pulita  
quanto un gioiello...*

Casi una de las primeras preocupaciones de Marcos fué la transformación de la Villa Carreggi en una concepción arquitectónica que conciliara el ideal griego del aire libre con la romántica interioridad del Norte.

---

(1) Se ha discutido mucho sobre la propiedad de escribir Helio ó Ela como partícula ante gabal. Esta palabra deriva de Ela, dios; Gabal, formar; dios creador.

Perseguido por un presentimiento, harto justificado en aquella época, de morir joven y por la violencia, ejecutaba todos sus deseos de inmediato. La arquitectura le atraía por sobre todas las artes.

Después de seis meses de trabajos en verdad forzados, los trescientos obreros acabaron el palacio veraniego, que denominó Aureliano en honor del sabio emperador de Roma.

Toda descripción resultará pálida; no obstante, trataré de seguir en palabras este sueño de piedra, reluciente de belleza con sus escalinatas, amplios pórticos, piletas de pórfido, pavimentos de mosaicos, frescos del Sandro, del Angélico y de Leonardo. Preciso fuera remontarse á la Roma de Nerón y á su *Domus Aurea* para hallar su igual.

En esta profusión de realizaciones estéticas, Marcos tallaba el medio propicio á su gloriosamente.

La Villa constaba de dos partes bien distintas: un hogar cuyo prototipo puede aún observarse en el cuadro de Hugo Van-der-Goes (1), *La adoración de los pastores*, y la otra de una mansión puramente helénica en sus contornos destinada á fiestas.

Las dos casas estaban unidas por un corredor á la manera de peristilo corintio de dos kilómetros, en la cresta de la elevación. Con la pérgola reunía estilos arquitectónicos diversos por una disposición magistral, tupido parque de hayas, robles, pinos,

---

(1) De la escuela flamenca, 1430 á 1482.

cipreses, álamos y olivos, independizaban ambas construcciones. Luego de contemplar en la luminosidad y transparencia del aire boseoso esta obra grandiosa, repetíase de su dueño: *Qualis artifex perit!* (1).

La armonía, presidiendo los destinos del mundo y todas sus manifestaciones, delataba ser el pensamiento filosófico del constructor. Los soberbios símbolos sugerían la vida interior, la del espíritu, bajo las formas artísticas familiares á los pueblos germanos y el goce de vivir en la Roma helenizada de los Antoninos. Las dos construcciones se equilibraban á la perfección, removiendo en el alma esa sensación de gracia vaporosa, tranquila y serena como el sutilísimo pensamiento que deja tras sí la música de Claude Debussy.

Aficionado Marcos, como todos sus magníficos contemporáneos, á solemnizar fechas importantes con saraos triunfales, pensó que nada podría celebrar la nueva morada como una evocación de las extravagancias estéticas de Elagabalus. *Invictus Sacerdos Dei Solis*.

Entre los antiguos soberanos jóvenes, á pesar de sus yerros disueltos en ninguna incomparable prodigalidad, ninguno le era tan simpático por el sibaritismo refinado. Á menudo era la biografía de César por Lampridio, considerándole el tem-

---

(1) «¡Qué artista ha muerto!», frase atribuida á Nerón al ser apuñaleado.

peramento más poético que hubiese gobernado el mundo. La Roma de este megalómano fué una encantadora pesadilla, teñida de oro.

*La eterna* jamás se había ataviado con una veste más imponente y heroica de arcos triunfales, de templos hechizados, de vías anchas y hospitalarias.

En el corazón de la urbe podía verse desde el Circus Maximus hasta el borde del Forum y los restos del gigante palacio de Nerón, con el frente formado por una extensión de columnas de una milla de largo. Hasta los sótanos del palacio poseían frescos. Agua fría ó sulfurosa llenaba á voluntad los baños de pórfito y de verde antiguo. Elagabalus los había puesto á la disposición de cuantos quisieran bañarse, hombres ó mujeres. Los corredores ostentaban techos de marfil. De estos últimos caían flores y los frisos variaban para cada comida. Las paredes parecían vivas; tal era el fulgor de las gemas, de los mármoles tan preciosos como gemas. En uno de los atrios existía una cúpula de zafiro, piso de malaquita, columnas de cristal y muros de oro muerto. Por el palacio se encontraban verdeantes savanas, trozos de selva; se oía allí el piar de los pájaros y el pisar de los corzos. En el frente había extendido otrora un lago de ocho acres que Vespasiano había mandado desecar, reemplazándolo por el anfiteatro que aun hoy constituye una de las maravillas del mundo.

Este Antonio de catorce primaveras, venido de

Emesa, era adorado por su ejército. Á todos sedujeron sus ojos garzos, donde espejaba la magnificencia neroniana sin la diabólica astucia del enobardo parricida.

Los romanos, por fin, penetraron la sutil filosofía del Egipto que proclamaba los avatares del alma. Nerón había regresado más puro y embellecido. Pueblo, ejército y Senado se postraron á los pies de este emperador capaz de conmoverse ante la pobreza, la miseria y el dolor. Sacrificaba como sacerdote máximo en el altar del Sol. ¿Se concibe culto más hermoso, inefable ó supremo?

Herodio añora en sus memorias uno de los pasatiempos favoritos del César, el recorrer de incógnito los barrios pauperrísimos é infectos de Roma. Ora tomaba el disfraz de pinche en una taberna, ya de asistente de barbero, ora de vendedor de frutas ó perfumes. Esta vista candente de la abyección humana motivó más de una, si no todas las extravagancias que compartió con el pueblo. Su prodigalidad le hacía considerarse el propio heredero.

Á su llegada á Roma en 219 A. D., inauguró la época de las extravagancias donándole al pueblo grandes cantidades de dinero. Distribuyó bueyes, camellos, esclavos, eunucos, caballos, carrozas, palanquines y literas.

Su casamiento con Cornelia Paula fué señalado por dádivas de 159 denarii á los senadores y sus esposas y 250 para los pretorianos.



Hecatombes de bueyes y carneros ensangrentaban el templo solar mientras arrojaba sobre la ciudad su exultante luz.

La complacencia con que trataba su cuerpo no tenía límites. Nunca usaba las mismas vestes ni joyas dos veces consecutivas. Concibió un traje más deslumbrador é imponente que el de los sacerdotes hebraicos, tan notables por su lujo.

Una túnica vaporosa de seda escarlata entretejida con oro cubría sus formas esbeltas y finas, sin impedirles la ligereza y dignidad de los movimientos. Amaba presentarse con una dalmática de diácono. Á su crespada cerviz ajustaba una diadema de oro macizo, engastada de rubíes, esmeraldas y zafiros.

Lirios, violetas, rosas y narcisos tapizaban los caminos por donde pasaba. Reclinaba su cuerpo mancebo sobre tálamos de argente, recubiertos de encolchados de hilo de oro. Los almohadones estaban rellenos de cabellos de liebre ó pluma de pecho de la perdiz.

Los vasos para su servicio eran de oro y los donaba á sus convidados una vez usados.

En la glotonería sobrepujó á Othon y Vitelio. Puso en moda el tomar cada plato en una casa distinta, y así se deslizaba la jornada entre el Capitolio, el Palatino, la colina Coelia y el Trastevere.

La elegante compañía se trasladaba de un punto á otro en carros chryselephantinos.

Mecenas parla de un banquete, que tuvo lugar con túnicas abiertas, tendidos los comensales sobre lechos de plata, envueltos la cabeza y el cuello de amarante—cuyo perfume, al mantener abiertos los poros, neutralizaba los efectos del vino—. Rapaces abanicaban á los comensales y sus cabellos crespos servían de servilletas.

Bajo la dirección de los coperos, eran servidos los manjares sobre fuentes de plata tan grandes, que ocupaban toda la mesa.

Lenguas de pavo real y de ruiseñor; sesos de faisanes y loros; delfines del Báltico; animales traídos de Samos, Rodas ó África, acompañados de albergas con granos de oro, con rubíes y lentejas, protitos verdes ó ámbar, constituían entre otras delicadezas de dudoso gusto los deleites gastronómicos del joven glotón. Sus animales domésticos se alimentaban de hígado de pavo, de uvas, de faisanes y papagayos. Llenaba los viveros de agua de rosa y los tanques de vino. El pescado era servido en una salsa que fingía el agua marina y hacía parecer vivo. Durante estos desórdenes del paladar caían jacintos y rosas del techo ebúrneo.

Conducía admirablemente caballos, camellos y elefantes.

En sus salidas por la ciudad le seguían seiscientos carros portadores de su numeroso séquito de sicofantes y dignatarios.

Fué el iniciador de las loterías, en las cuales el único perdedor era el Estado. Su dadivosidad no

suponía fronteras y sólo se asemejaba á su confraternización con todas las clases sociales.

Los espectáculos ofrecidos al pueblo soberano aventajaron en magnificencia á los de sus antecesores.

Imaginaos á los 80.000 espectadores protegidos del sol por el inmenso velario, al circo de tres acres de largo, cubierto de bórax, vermellón y arena. Aquí ocurrían batallas navales sobre lagos de vino ó perecía toda la colección de animales egipcios ó se mataban cincuenta tigres para deleite de la plebe. Figuraban también en los programas monstruos, carreras de carros tirados, no sólo por caballos, sino por ciervos, leones, tigres, perros y hasta esclavos. La música de mil instrumentos de bronce combinada con los perfumes costosos de flores y armonías arrobaba á la multitud hasta el delirio. Acróbatas, leones, cebras amaestradas, y finalmente, heraldeada por los lictores, la fila interminable de fornidos gladiadores continuaba el espectáculo más grandioso y soberbio del mundo.

Fué precisamente en una de estas ocasiones cuando al caer la tarde bajó el emperador á la arena iluminado por antorchas. Iba á participar de un baile en el cual desempeñaba el rol principal. Danzó envuelto en una túnica inefable y diáfana como un rayo solar al son de timbales y platillos, escoltado por sus siervos, mientras la multitud le festejaba á gritos: *¡Jo Triumphe!*... y el pueblo le amaba: era artista, era pródigo, era joven y bello.

Aunque de un paganismo excesivo, este rasgo sedujo á Marcos y quiso reproducirlo en el oro de su palacio á la luz de la pálida Selene.

Si Suetonio había inspirado al joven César los faustos del Magnífico Lorenzo, éstos incitaban á Marcos á sobrepujarlo. Nada tan atrayente ni estético como esta evocación de la psicología de la extravagancia había ideado Lorenzo.

Á veces el príncipe atendía los reproches de su conciencia y la vestálica figura de Sávanarola asumía en su mente la actitud de un Miguel Arcángel expulsándole del paraíso.

Era genuino hijo del Renacimiento: si bien esencialmente cristiano, no podía sustraerse, sin grave perjuicio para su alegría interior, á las seducciones de la Roma imperial. Allí toda la belleza era grande y libre; *ubi felicitas*. Si el vértigo del vivir no se compensaba por la tranquilidad de la senectud, en cambio el hombre salía satisfecho del mundo.

\* \* \*

El sitio donde se celebraba el espectáculo era un arco de la galería que unía las dos alas del palacio. Bajo el columnario, en su medio, surgía una gruta, construída de tal modo como para permitir raudales de luz filtrar por la despejada abertura.

El ingreso era custodiado por dos ninfas en el ademán de recoger el agua que caía en dos largos hilos transparentes por ambos lados. Paisajes de

luz, colinas selváticas, villas, la silueta diminuta de Florencia, se divisaban como al través de una lente colosal. Veíase á la bella Naturaleza variando incesantemente bajo dos juegos de luz en sus aspectos más líricos y simpáticos.

Leonardo dispuso el vestuario.

. . . . .  
La hora de la mascarada había llegado.

Del exedra bajaban las damas y caballeros más ilustres y refinados de la ciudad.

Enfrentando la galería había sido construído un retablo, ornado de trofeos helenos. Iba techado de un toldo purpurino que ondulaba al menor viento. Allí se instaló la compañía. Á ella vinieron luego las cortesanas más célebres, fulgurantes en sus brocados, sedas y redecillas de perlas.

Entre ellas, altiva como Simoretta, se descubría Diana del Castiglione con un gran escote, las cejas cargadas de pohl, las uñas de herma y el rostro bruñido de plomo blanco (1).

Los cabellos, levantados á la romana, mostraban una frente escasa, ojos pequeños, pero animados de una extraordinaria vivacidad; el pecho turgente, y la curva de las caderas apenas señalada. Sonrisa bondadosa distendía continuamente sus encarnados labios. Bajo las amenazas de la revelación de su pervertido pasado, todo variaba en ella y delatábase entonces la mujer fría,

---

(1) Afeites de esta época de gran lujo.

calculadora, cuya debilidad era una pasión insaciable.

Una maldad insomne, una acometividad vengativa asomaban en ese momento, y la palidez de una jovenzuela frívola convertíase en la máscara de Agripina ó la de la impúdica madre de Británico.

Vestía un traje riquísimo de damasco verde, guarnecido de hilos de perlas, alternados de ágatas calcedonias.

Era ella la mujer en quien Sixto IV y su agente del Broggio se habían fijado para ejecutar sus reprochables designios. La siniestra pasión de Diana por Marcos estaba calculada para aniquilar su vida.

La perfecta personalidad es la invulnerable á las flechas de Cupido.

El amor por lo grande inmaterial no admite invasión en las facultades por otros dominios.

La luna levantaba su disco veteado sobre el horizonte, sumergiendo el decorado natural en un esparcimiento opalino.

Formaba el cuadro un nocturno extasiador con el cielo sembrado de estrellas. Terneza y dulzura, remontaban el corazón paralizándole bajo el encanto de la impresión divina.

Subía la luna llena el cielo dulcemente lumínico y transparente, atravesando con rapidez los arabescos estelares.

En semejante noche se vivía como enajenado por el misterio de la Naturaleza.

Ella ha toldeado al planeta con una magia de la cual todo arte es mínima semblanza. Propicias ardian antorchas, y perfumes poblaban de delicias el ambiente.

Diez pajes disfrazados de Erís salpicaron el suelo de polvo de oro. Luego, al sonido de cítaras avanzaron treinta jóvenes de extraordinaria belleza agitando palmas. Sobre una litera venía transportado el fuego eterno de Vesta, guardado por vírgenes. Le seguían la estatua de Cibeles; los escudos sagrados de Ancus; el Palladio y la estatua viviente de la terrible Astarté, armada de sus símbolos y semioculta por tules azulinos.

De inmediato aparecieron lictores, heraldos, gladiadores y efebos con áureos incensarios.

Bajo un llover de flores y oro pulverizado, avanzó un vehículo tirado por leones y sobre el cual iba un cono de piedra. En esta forma se adoraba á Phebes-Apolo, la helena personificación del sol.

Marcos, en una veste que desafiaba todo pincel, manejaba las riendas á título de inclito auriga.

Momentos después de sentarse en una silla de plata, ingresaron jóvenes sirias ejecutando danzas hieráticas ante la divinidad solar. Una música penetrante salía del bosque.

Dos esclavos bitinios presentaron entonces al imperator, ataviado en su coraza más refulgente, las ropas con que había de ornarse para sacrificar al dios oriental. Le sobrepusieron una clámide de gasa glauca y le ajustaron una diadema de esme-

raldas. Esta fué la señal para hacer arder cien pebeteros con mirra, áloe, cassia, benjuí é incienso, cuyos vapores dibujaron bien pronto un calado acortinado que medio escondía la escena.

Los rayos lunares vinieron á herir un instante tanta maravilla, cuando corrió por los espectadores un escolofrío de terror.

Por ambos lados del huerto subían dominicos, bajas las capuchas. Semejaban apariciones vengadoras del sacrilegio que, según ellos, acababa de consumarse.

Hubo el pánico consiguiente.

En un momento el velario se quemó, las antorchas cayeron y el público huyó colina abajo des-pavorido.

Marcos permaneció de pie, petrificado, á la espera de los acontecimientos. Le rodeaban algunos familiares devotos.

No tardó en reconocer al inexorable prior de San Marcos, Jerónimo Savonarola, con su cruz abacial. Se encaró con él, listo para desafiarle, mas no pudo sostener la mirada penetrante y acusadora del profeta.

«¡Anatema!», profirió el abad, y todos los monjes repitieron su maldición.

El joven no pudo encontrar palabra. Alguno de sus cortesanos, Astor sobre todo, empuñó el pomo de su tizona y luego tanteó la daga bajo la escarcela.

La majestad del Eterno fulgía en aquella falange blanca é inerme.



Abrumado por el arrepentimiento, el príncipe  
cayó á los pies del nuevo Elías...

La voluptuosidad estética agonizaba.

Para el joven monarca iluminado finía la gloria  
inocente de su juventud.

La edad de oro se consumía en un entusiasmo  
ya perdido para siempre.

Era ya el arquero incierto de su blanco.

---

## El debate constitucional: ¿Florenxia ó Venecia?

*Florence vit avec tremblement  
passer la lueur de l'esprit.*

MICHELET.

Había amanecido el día decretado por Marcos para la discusión de la Constitución del Estado. En la magna sala del Palacio de la Señoría debía tener lugar la memorable jornada.

Á las tres de la tarde los notables ya habían ocupado sus puestos en el anfiteatro magníficamente levantado al efecto.

Del abovedado techo ornado de pinturas que encendían en el ánimo patriótica pasión por la gran ciudad, colgaban los estandartes más notables tomados en las luchas contra los pisanos y otros. Bajo el gonfalon de San Juan, sobre una escalinata cubierta de terciopelo verde, se erguía un sillón de ébano tallado.

En la *piazza* hormigueaba el populacho, pendiente de las decisiones del Consejo extraordinario.

Hombre de nota alguno, ya fuese político, pin-

tor, letrado, fraile, soldado ó sacerdote, habia sido olvidado.

Eran las tres y media cuando entró Marcos custodiado por cincuenta caballeros de la flamante orden de *Juventia Christi*. Lo acompañaban los altos dignatarios del Estado. El abanderado, desplegando la invicta enseña, precedía á la comitiva, junto á los heraldos. Un mohín de admiración recorrió la inmensa sala al aparecer el cortejo, ataraceado en un halo de belleza y juventud.

Á los sonos de una marcha se sentó el principe, habiendo saludado antes á la augusta asamblea. El secretario leyó en seguida el mensaje de la ocasión, y fué concedida luego la palabra á Tito Vespasiano Tornabuoni. El elegante patricio hacia poco habia llegado de Venecia, donde en calidad de embajador especial habia estudiado la Constitución de la República aristocrática. Después de explicar sucintamente su cometido y saludar en Marcos al más alto representante del Gobierno, leyó en parte su estudio sobre el Gobierno de Venecia.

«La política constitucional de la República coronada ha sido determinada por dos factores: la posición geográfica y el conflicto con poderosos rivales. Ha vencido estas dificultades, no organizándose como ellos en monarquía, y aunque católica, se mantiene independiente del papado. Evitó con éxito el ponerse bajo la tutela del Santo Imperio Romano, y ha invertido todas sus energías en engrandecerse por el comercio.

Á la cabeza del Estado se halla el Dogo, monarca electivo. Tiene á su lado dos consejeros ducales. La base de toda la administración la constituye el Gran Consejo, limitado desde el siglo XIII á cierto número de familias consulares cuyos nombres estaban inscritos en el libro de oro. Para ingresar á este alto cuerpo se requieren veinticinco años y descender del patriciado.

Para asesorar al Dogo ha sido constituido un Senado, elegido por el Gran Consejo. Estos ciudadanos eminentes ó *Pregadi* ascienden á ciento veinte, y deliberan sobre la paz y la guerra, el presupuesto y la confirmación de las leyes. Su mandato dura un año y es extensivo tan sólo á dos ó tres miembros de la misma corporación.

Por encima del Senado tienen el Colegio, compuesto de diez y seis sabios que corresponden á consejeros del Dogo. Cuando se reúne el Senado, el Dogo y su Consejo y tres miembros de los Cuarenta son conocidos por el nombre de Colegio pleno. Así constituidos, reciben notas, enviados de las potencias extranjeras y resuelven los negocios generales de la República.

La *Signoria* está formada por los diez y seis consejeros ducales que están á las órdenes del Dogo el día entero. El soberano sólo puede abrir y tramitar correspondencia, recibir audiencias entre cuatro de ellos por lo menos.

El Dogo preside el Gran Consejo, la Signoria, el Colegio y los Diez como poder moderador y pre-

sidente de los debates más bien que en calidad de ejecutivo. Su papel es puramente representativo.

Se le exige rodearse del mayor esplendor posible. Le está expresamente prohibido conferir empleos á miembros de su familia ó favorecerlos por la prodigalidad gubernamental. Á su muerte, una comisión especial investiga sus actos públicos, pudiendo reclamar de sus herederos cualquier desfalco del Tesoro.

No puede el soberano iniciar ó votar ley alguna, pero acontece que, como para ocupar esta alta investidura se necesita la más alta experiencia en los negocios públicos, llega á imponer su opinión por el resorte infalible y potente de la personalidad humana.

El Gran Consejo, el Senado y el Colegio pleno forman, en cierto modo, el Gobierno, mas el Poder Ejecutivo es dado á los Sabios y á los Diez. Los seis Grandes Sabios (*Savi Grandi*) administran la capital y los cinco de la Tierra Firme (*Savi de Terra Firma*) se ocupan de la campaña; cinco otros se reservan los asuntos marítimos y navales. Cada uno de ellos preside á diario los asuntos bajo su jurisdicción. Todos ellos dirigen y son á su vez dirigidos.

El nervio del Estado lo constituye el Consejo de los Diez. Decretado después de la conspiración de Bajamonte Tiépolo como medida de seguridad pública, fué declarado permanente más tarde. Esta institución forma la policía secreta del Estado. Vi-

gila las costumbres y precave al Gobierno contra sus enemigos. Dada la época sombría por que pasamos, ellos desempeñan un cometido importantísimo en la máquina política. Son electos por un año, y de entre ellos se excogitan tres directores (*capii*), que sirven alternativamente un mes. Les está prohibido salir de la ciudad ó ponerse al habla con sus ciudadanos mientras dura el término de su mandato. Aunque procedentes de las altas clases, son respetadísimos por el *Populani*. Cierta terror prevalece á su respecto en el ánimo social por la manera sumaria y misteriosa con que realizan sus gestiones.

El Dogo y sus consejeros asisten á las sesiones y los asesora un abogado.

Venecia posee once cortes judiciales de primera instancia. Cuarenta jueces criminales y cuarenta civiles, formados por patricios, actúan en cortes de apelación en asuntos criminales y civiles. Cuando las circunstancias lo demandan, se instala un tercer tribunal de nueve de los cuarenta jueces civiles, corte que entiende en apelaciones de litigantes de Tierra Firme.

Un *avogador del Comun*, funcionario que remeda á los tribunos de la República romana, asesora á la corte para impedir cualquier infracción á las leyes comunes.

Cada causa es vista por un tribunal competente, no dándose el caso de confusión entre los poderes. Hay una separación regida entre el Estado y

la Iglesia. El nombramiento del patriarca es sometido al Dogo para su aprobación.

Reina la mayor tolerancia hacia los armenios, eslavos, albaneses y otras nacionalidades que allí viven. Los demás resortes secundarios de la administración están en poder de inspectores, censores, comités, cónsules, síndicos y oficiales del gran puerto. El *Arsenal*, del cual depende directamente la estabilidad y grandeza del Estado, tiene un gobierno extraordinario.

Filosofando, y para ello desearía me prestase sire Guicciadini su arsenal de saber, diría que los ideales constitucionales de Venecia son la eficacia y la permanencia. Para mantener esos requisitos políticos indispensables y alejar toda tentativa despotica, la República ha subdividido la responsabilidad del Poder Ejecutivo, centralizándolo en el administrativo. Todas sus instituciones se equilibran y contralorean. Para que las funciones sean eficaces, ha ideado un sistema sin precedente para formar hombres avezados.

Cuando un patricio alcanza veintiún años, si revela aptitudes, se le compele á ingresar como aprendiz en el Gran Consejo. Al llegar á la madurez ha aprendido el manejo de los asuntos y conocido á todos los hombres dirigentes de la República. En seguida pasa por todos los puestos hasta probar su elegibilidad para los más altos. El corto término del mandato y la rotación en los empleos evitan prepotismos.

Unicamente los cargos de Dogo, de gran canciller y los de los procuradores de San Marcos son vitalicios. La mayor parte de los empleos son desempeñados durante un año, y no están sujetos á la reelección. Los consejeros ducales ejercen sus funciones ocho meses junto al Dogo y cuatro de ellos cerca de los cuarenta jueces del crimen. Combinan así esos ciudadanos las funciones de consejero privado con las de juez de apelación.

Este intercambio de empleos da una gran experiencia á los hombres.

Dos de los tres inquisidores son decenviros y el tercero consejero ducal. Existe la práctica de constituir comisiones para agrupar miembros de las diversas ramas del Estado.

Por todos estos medios se mitigan los diversos males que pudiesen resultar del sigilo.

Con este sistema previsor, el gobierno tiene siempre á su alcance un gran número de expertos ó peritos, á quienes puede acudir en un momento dado.

Todo patricio está obligado á obedecer el llamado de la República.

Venecia ha alcanzado con el dominio de una aristocracia comercial, altamente seleccionada, una inmensa é incomparable prosperidad. Las artes de la paz se hallan más esparcidas que entre nosotros por todas las clases sociales. Esta civilización peculiar en que la cristiandad europea se ha volcado en un molde bizantino, ha impartido á



los venecianos su *dolce maniera*, su dignidad, su superioridad política é industrial.

«Cuando nace un hijo á un veneciano—ha escrito un viajero milanés—, un amo ha nacido para el mundo.»

¿Dónde se ha aderezado más la vida que en estas lagunas áridas para alzar el nivel del vivir?

San Marcos, encendido por el fantástico esplendor de sus mosaicos, sólo puede inspirar acciones dignas de la *Iliada* á quienes allí adoren á Dios.

La gran vida de lujo, tan trabajosa para organizar, se ha fijado aquí finalmente en una actitud de dicha, poesía, belleza y magnificencia.

Nada me ha llevado tanto á zahondar la naturaleza excepcional del veneciano como su pasión por los cortejos.

Enaltece toda ceremonia con una pompa deslumbrante, adorno del poder.

Todas las clases sociales, la del patricio, la del mercader, la del artesano, la del plebeyo, tienen un sitio marcado en las festividades que glorifican á la reina del mar.

La belleza es el atributo del Estado en Venecia. ¿Qué cosa como ella logra cristalizar mejor el goce del vivir, la generosidad de la salud, la alegría desbordante de la victoria, la satisfacción del éxito y la entera confianza en sí que fluye del dominio?

La riqueza pública no ha sido invertida en estériles contiendas civiles, sino en la extensión territorial y el buen vivir.

La plétora engendra el contento y el mejoramiento constante de la vida física.

Á esta patria, la más estética de todas, se la reverencia como á una reina y se la cuida como á una desposada amantísima: *Desposamos te, mare.*

Registran los anales de pocos pueblos ejemplos de más inmaculado patriotismo y de una devoción más absoluta.

Aunque el manejo del Estado recaiga sobre una oligarquía, todo ciudadano experimenta hondamente que la soberbia ciudad le pertenece. La leyenda de San Marcos encuadra la aspiración del soberano como del más humilde trapero por la grandeza de la egregia ciudad. Consiste la sabiduría política de Venecia en colocar al gobierno en manos de una aristocracia que vive del comercio, sin el cual no subsiste país alguno. El resto de la población es en cierto modo esclavo de estos tres mil tiranos á la manera de atenienses, pero por este medio se acuerda un lugar más amplio al arte como función colectiva y al ingenio para robustecer la hacienda nacional.

La República está y ha estado libre de rebeliones de clase y antagonismos dinásticos. Sus instituciones prudentes, inteligentes y previsoras garantizan la paz y el bienestar.

Su sentido práctico, su sagacidad política, su espíritu aventurero, no debilitan la pasión por la belleza, visible á cada paso. Su urbe ensoñadora palpita de arte.

No es mi ánimo ni deseo comparar á Venecia con nuestra ciudad bien amada.

Consta en el espíritu de todos las vicisitudes de Florencia. La guerra civil ha estado siempre en auge entre nosotros, amenazante, estéril y destructiva. En esta tierra del ingenio fácil y sorno, del orgullo de la mente y de la gloria, no hemos podido combatir á la disolución social con el éxito de nuestra hermana del Adriático. ¿Á qué atribuir nuestras trágicas incertidumbres, nuestras luchas feroces y las amenazas de poderosos Estados? ¿Acaso sea ello un error político?

Una aristocracia cerrada, portavoz y guardiana de un ideal nacional, ha sido la fórmula de la República más aristocrática. Es la clase social más vecina á la de la inmortal democracia helénica.

Bendito sea este momento en que nuestro protector, Marcos de Médicis, despojándose de todo interés mezquino y dinástico, busca dotarnos de una Constitución.

Los hijos de Venecia bien pueden exclamar de su patria: *esto perpetua.*»

Una gran salva de aplausos cubrió las palabras del orador.

Marcos se levantó con la dignidad que le era peculiar.

Pareciase á la estatua de Juliano de Médicis que esculpiera más tarde Miguel Ángel, vitalizándose de improviso al conjuro de *levántate y habla.*

Mucha serenidad emanaba de la delicada belleza de su rostro.

Su exquisita sensibilidad traducía por sus ojos dulces y hondos esa melancolía que se nota en seres superiores al ambiente que los envuelve en un férreo abrazo.

Marcos se sentía agigantado, escultórico, embellecido por la ventura de verse impulsado á grandes cosas.

Al confín de la visión que tenía ante sí, estaban la gloria, la adoración de una sociedad ideal.

Fuerte, noble, puro, ¿no era acaso él el primero de los seres que había imaginado? Su sangre de mancebo victorioso corría convulsa de goce. Hacía público el amor que la belleza de la santidad hacía crecer dentro.

Al perderse á sí mismo, salvaba á su pueblo.

El heraldo dió la señal del silencio y atención:

«Gabriel Tornabuoni, humanista eminente, embajador del pueblo florentino, hemos escuchado recogidos vuestras explicaciones.

»Con patriotismo y perspicacia habéis estudiado la República hermana. Os lo agradecemos en nombre del Estado. Mucha ha sido la luz arrojada por vos en este debate.»

Un monje enjuto, con mirar de águila, se irguió como movido por súbita inspiración. Era el célebre prior de los dominicos, Gerolamo Savonarola.

Comenzó de esta suerte:

«Señor protector, señores del Consejo: ¿Á qué

buscar en la inmortal Venecia lo que brilla en el Evangelio de Nuestro Señor?

¿No pedimos cuantas veces repetimos el *pater* por que el reino suyo advenga? ¿Acaso no pudiera ser él nuestro rey, *J. H. S. Christus Rex Florentini Populi?*

Como el pueblo de otrora, orémosle, hagamos penitencia y él nos iluminará mediante visiones. Si la reina del Adriático se recomienda por muchas excelencias, también ofrece sus aspectos siniestros.

Una de las sombras que flota sobre la ciudad-estado fuera la Inquisición política, confiada á tres personas.

El poder de vida ó muerte ha de conferirse siempre á un gran conjunto de hombres para que la decisión suprema pueda ser el fruto de una prolongada deliberación. Tal respeto existe por la ley en Venecia, que uno de sus dogos ha sufrido la pena capital, y otro ha sido depuesto. Con los más grandes se mide la terrible máquina política, á cuyo cargo está la estabilidad de la oligarquía.

Como creación puramente del espíritu práctico, la Constitución adolece de ciertas finezas que sólo pueden provenir de la luz de la inteligencia. La sed de conquista, el ferviente deseo de mantener el predominio comercial á todo costo, han cohonestado la libre expansión de la personalidad en el sentido de la libertad política.

Toda consideración ha cedido ante la de la paz interna, única garantía del predominio de Venecia,

asediada por enemigos de todas partes. Todos los beneficios de una refinadísima civilización no convergen para el desarrollo de las unidades componentes, sino del Estado.

¡Venecia! plebeyo como noble, todos viven para ella con devoción filial.

Sus hijos la han embellecido con todas las fantasías imaginables. ¡Cómo cautiva la desposada del mar!

«¿Qué poetas idearon estas maravillas? ¿Qué arquitectos románticos moraron en esos salones encantados?...» se pregunta el viajero.

Unen los venecianos el sentido práctico de la vida á un sensualismo trascendente, por lo cual se busca libertar al individuo de lo trivial y del lugar común.

El veneciano huelga en la belleza. Ha transformado sus incultas lagunas con su horizonte, huérfano de toda grandiosidad natural, en un conglomerado de palacios, ortos é iglesias que rivalizan unas con otras en atrevida originalidad arquitectural y esplendente colorido.

En parte alguna el hombre se considera más dueño de su destino ni más artífice de su poder.

En verdad sólo puede pensar de sí en semejante ambiente, como el agente de *Logos*, la razón ordenando el cosmos informe.

¿Queréis daros cuenta cabal de esta fior en su fruición? Leed á Martín de Canale. Cuento de hadas semeja su crónica.

Respira su narración la magnificencia tradicional del carácter véneto.

Estamos en 1268. Lorenzo Tiépolo ha sido elegido Dogo. Los cuarenta electores han llegado al acuerdo. Las campanas de San Marcos dan la señal del evento al pueblo, que se precipita en masa á la *piazza* y al Duomo.

Del balcón de la catedral anuncian al pueblo, congregado, el nombre del flamante soberano. Entonces el primer ciudadano de aquí en adelante es conducido al áureo altar del Evangelista, donde se le quita su traje común y se le reviste con las insignias ducales.

Al pie del tabernáculo pronuncia el juramento y recibe el patrio gonfalón de San Marcos, luciente como una lámina de oro.

Entre oraciones y vivas de la multitud va al palacio ducal. Allí recibe el homenaje del clero, que entona la loa propicia á su magnífico cargo.

Comparece en seguida en el terrado palaciego, y desde allí arenga prudentemente al pueblo.

El sacerdocio, seguido del enorme gentío, se encamina entonces á San Agustino, donde mora la Dogaresa, para rendirle idénticos honores. Vuelven á entonarse las loas vigorosas. Festejos en los que todos tomaban parte continuaban esta ceremonia.

Todas las corporaciones forman parte de los cortejos, donde lucen todas sus riquezas en telas y joyas.

Con la innata dignidad de este pueblo, cada cual tiene su puesto asegurado en el cuadro jocundo del animado fresco. El espíritu de la belleza, forma tangible de la soberanía, tal cual estos filósofos la conciben, impera en esta glorificación de la ciudad.

Inquieta la fortuna, nervio del poder,  
los dioses sólo nos la prestan por una hora,  
y luego nos la arrebatan de nuevo.

El goce puramente físico que conforta el corazón del hombre á la vista de su patria, cuando es fuerte y bella, en parte alguna se experimenta más profundamente. Del alma del ciudadano fluye este amor y culto por lo pintoresco. Constituye el símbolo de su gloria allende toda tangibilidad.

Nada mejor para el hombre...  
nada más su alma deleita que la actividad.  
Esto lo oí, fué dicho por el mismo Dios.

La exuberancia del vivir satisfecho es legítimo tras la victoria bien ganada sobre la mar y el Oriente.

Ninguna comarca ha ejercido más fascinación sobre sus habitantes.

Aquí, en Florencia, el inmarcesible arrojó del espíritu ha colocado á David libertador y á Judith tiranicida por doquier, como vanguardias del ejército popular.

Con el soberbio florecimiento del arte sano, y sobre todo con la inspiración del reinado de todo



lo justo que ha traído consigo el protectorado de nuestro magnífico Marcos, no tardará en levantarse á la entrada del palacio Viejo el nuevo David, pronto á desbaratar toda tentativa de privarnos de nuestras libertades.

Novel Donatello esculpirá el héroe que ya ha llegado. Metal alguno señalará su cerviz. La propia cabellera enmarañada servirále de eterna corona.

Venecia, se me ocurre, la apoteosis de la mujer; Florencia, la del hombre entregado á todas sus ambiciones.

Nuestro Gobierno no pacta con la mar en una ceremonia impresionante como *la sensa*.

*Desposemos te, mare*, no resuena bajo la limpia bóveda de nuestro cielo.

No acudimos para conmover al pueblo al Bucen-taur con su trono en forma de concha nacarada ó al pomposo acompañamiento de consejeros, procuradores, *savi* y *avogadores*. Así se celebra el triunfo simbólico de la mágica ciudad engastada en el clarooscuro de su variada arquitectura.

El florentino sólo traba amistad con su propio ingenio salvador.

Sabe de la fortuna de Ormuz y el relumbro de Indias, mas su fe descansa sobre la más maravillosa de las maravillas: el intelecto.

*Esto perpetua.*

¡De esta suerte puede proseguir siempre una carrera armónica y triunfal!

El arte, ese revelador del más recóndito arcano de un pueblo, expresa á la perfección esta diversidad psicológica de las dos repúblicas. Interpretan los artistas venecianos á su alma *patriae* cual reina rebosante de salud y hermosura, recibiendo el homenaje de sus innumerables súbditos.

Venecia es la desposada del gran mar.

Sus pintores hermocean la vida diaria en sus aspectos estéticos, externos y sensuales.

El lujo de los banquetes, de los conciertos, las mascaradas, las ceremonias suntuosas, el boato del poder, lo pintoresco, lo múltiple, las alegorías de su historia: todo ello ha herido divinamente la retina del pintor.

La belleza en lo que posee de avasallador, el colorido espasmódico la realidad idealizada se incorporan en su arte.

Á ellos no les han inquietado los problemas de la conciencia ó la gravedad del destino humano. Viven y dejan vivir sin descubrir más allá que la brevedad del momento actual para gozar.

El papado ha encontrado siempre en Venecia una hija rebelde. La metafísica no tiene poder sobre ellos. Viven para el tumultuoso deleite de los sentidos. Por eso, su situación es de paz, conseguida á cualquier costo. La sabe mantener el temible Consejo de los Diez.

Fomentando el culto de la belleza en la vida privada, ha emblandecido las fibras del carácter y detenido el vuelo pristino de la inteligencia.

Duermen tranquilos los tres mil patricios, mientras la savia animal desborda á raudales en serenatas, orgías, carnavales y cortesanías elegantes. Se cuentan once mil damas dedicadas á la galantería.

Provisto se conserve prudente la mente en el razonamiento social ó político, el ciudadano vive en la molicie de las villas con sus elevadas salas ornadas de jarrones, cristales, medallas y bustos.

La vida, eso sí puede decirse bien alto, es más placentera para un mayor número de personas que en otras ciudades. Pero esas venturas, como las que suprimen la noble lucha y emulación, están menguadas por las decisiones siniestras del Consejo Purpúreo. Una horrenda perspectiva colorea trágicamente todas las fiestas y amarga toda expansión del espíritu. Á la cadencia del laúd adormecedor se corre á la ruina, y la gloria de Venecia ya está en calma. Las vicisitudes de nuestra historia han tenido por complemento el resurgimiento de verdaderas personalidades que se han impuesto tanto por su coraje moral como por la robustez de la mente. La crítica y la literatura han sido ahogadas en aquel ambiente epicúreo.

La virtud ha sido reemplazada por la pompa; la brillantez por la sabiduría.

Tan perfecta como lo es su constitución, ha nutrido en su seno á un monstruo que la devorará á buen seguro. Ocurre lo de Esparta con la institución de la Ephoraltía, causa del despotismo miope

que le condujo á la disolución. Por más suave que pueda ser la tiranía, por más plausibles que fueran los motivos de su instalación, á no suprimirla con tiempo, engendra la depravación de las costumbres y la desmoralización política.

Las virtudes pueden alimentarse únicamente con el libre juego de las facultades morales é intelectuales.

La unidad de la celebérrima metrópoli, que tanta impresión ha causado en mente tan sagaz como la de Comines, encubre crímenes incompatibles con la dignidad humana.

¿Privará más la cultura general en la existencia gradual de cuanto adoramos ó en el caso de un gobierno tiránico que todo lo sacrifique á su genialidad?

*Abyssus abyssum invocat.*

El individuo es anterior al Estado; el fuero interno, lo más sagrado.

El Gobierno ha sido instituido para el hombre y no éste para aquél, cual lo hace suponer Venecia.

Sobre la firme roca del alma y sus abismales probabilidades ha de edificarse la sociedad. Cuanto cercene esa fuente de la bondad, del progreso, de la razón, del orden y del arte, destruye nuestro poder.

Dentro está el reino predicado por Jesús.

Quien le ha encontrado, ¿tendrá algo más in-conmovible que el sistema gubernativo de Venecia? Ni el frío ni el calor, la pobreza ó la riqueza le

atingen: vive en el alba luminosa de su unión con Dios como un *edelweiss* florece ardoroso sobre el abismo entre el terror de la montaña y lo infinito del firmamento.

No es al poder por el poder á lo que aspira nuestro Marcos Magnánimo para sus coetáneos, sino el vehículo esencial que pueda hacer prosperar el elemento nacional superior en la organización social.

La finalidad del Estado es intuición, simpatía universal, sutileza mental, el espíritu fino y delicado, la primavera del arte y la ciencia de la cordura indulgente y la iluminación interna. Su quintaesencia escribe en estos productos alados é inmateriales. Si las guerras civiles más feroces han señalado á nuestra historia, ¿no ha sido también Florencia la ciudadela de la inteligencia, del genio, de la fina ironía, de la curiosidad, de la pasión por la belleza? Sin esa nerviosidad y movilidad de carácter jamás hubiesen esplendido generaciones enteras de hombres notabilísimos, los iguales de aquellos que iluminaron á Atenas en el tiempo de Pericles.

El destino de nuestra urbe pende de la independencia viril, del genio exaltado indomable, de la perseverancia é individualismo, hermanado á un ideal de solidaridad con los semejantes.

Hasta no hallar máximas mejores que las de Jesús, guiémonos por ellas.

Es su contribución eterna á la historia, recordé-

mosle bien, que toda verdadera y perdurable reforma parte del individuo.

El paganismo se detuvo en el umbral del misterio que nos envolvió hasta la venida del príncipe de la Paz.

No investigó Venecia el dominio espiritual. Consideró tan sólo lo que pudo encerrar en una definición.

He alabado á Venecia, aunque con restricciones, por desafiar á Roma el escarnio de Dios y la estabilidad de su gobierno, que reúne condiciones de cordura y dignidad desconocidas en el resto de los territorios itálicos.

Os recomiendo su *Consiglio Grande*, porque del Parlamento y la bailía no saldrán jamás sino la confirmación de la facción imperante en el gobierno.

Al borde del abismo, vivimos pisando un volcán. Esta Asamblea se ha reunido para encontrar los medios de generación espiritual en una renovación política. Ayer no más querían ahogar nuestra libertad entre *Canti Carnascicleschi* y los cortejos aristofánicos. Con ellos creyóse convertirnos en una república clásica.

Por sus frutos los conoceréis. Florecen la inmoralidad, el cinismo, la villanía popular: los hombres de carácter perecen por falta de estímulos.

Recordad el pueblo de Israel, entregado á sus ídolos y dado á la lujuria.

Por un solo momento los embriagó la dicha de sus pecados. Bajaron los reyes de Asiria, y toda

esa iniquidad fué sofocada en sangre y todo terminó en el cruento cautiverio de Babilonia.

La voz de Dios se dejó oír como el estruendo del torrente, é Israel tembló de pavor.

Los vicios de Italia claman castigo. Si no nos enmendamos, bien pronto vendrá un rey en nombre del Dios de los ejércitos y pasará como Barbarrosa el arado sobre la patria bien amada.

*Ecce gladius Domini super terram cite et velociter.*

¡Arrepentíos, hermanos míos!

La ira del Señor, más terrible que antes del diluvio, está suspensa de nosotros.

¡Ah Cristo, maravilla de las edades!

Ilumínanos para que leamos nuestro futuro en tu ciencia infalible.

Eres un factor, el principal en los asuntos de este mundo; quien te olvida se decreta la muerte.»

La Asamblea, suspendida de los labios del anciano profeta, ofrecía el aspecto de un cuadro del *Apocalipsis*. El silencio sepulcral semejaba la calma que precede á las grandes catástrofes cósmicas. Parecían detenidos, pero prontos á obrar, el trueno, el relámpago, la peste, las inundaciones, los masacres á sangre fría, el suplicio y la arrogancia del cinismo.

Los veinticuatro ancianos de la Revelación parecían haberse congregado en el dominico inspirado para denunciar las consecuencias de la lujuria y la depravación.

«Reflexionad, pueblo de Florencia.

»Ni de Roma, la bestia ebria de víctimas humanas, aquella que ha establecido una venta en casa de Dios, ni del culto despotismo, ni de la cultura pagana vendrá la regeneración.

»Para que nuestro repetir sea sincero ha de fluir del corazón. Empecemos por transformarnos interiormente. De esa suerte llegaremos á un equilibrio entre el espíritu y la materia. Así como el fin de la evolución fuera el cambio de lo material en lo consciente pensante, de la misma manera existe una mutación cuyo término es la conversión del hombre carnal en el espiritual.

«He venido para que tuvierais vida, á fin de que la poseyerais más abundantemente», exclama Cristo. Él quería hombres. Providencial se me presenta el momento actual, y parafraseando el decir alegórico del profeta os digo: «El lobo vive con la oveja, el leopardo cerca del cordero, el ternero juega con el tierno león y un niño los conduce á desalterar la sed de paz y de justicia.»

»Florencia está repleta del conocimiento de Dios.

»¿Cuándo hemos tenido más libertad; cuándo contemplado en el campo de la República una vida más pura y un propósito más firme de devolver á la ciudad la grandeza que iluminó á Grecia y la fortaleza del carácter que singularizó á Israel?

»¡Italia, llora tus crímenes! ¡Borrad de la tierra



á la generación de víboras que emponzoñan el aire y desvían al pueblo de su senda.

»Os repito—descendiente de aquel Lorenzo, cuya alma á pesar de todo custodiaba una magnanimidad que vanamente buscaríamos en los papas—mis palabras al borde de su lecho mortuario:

«Tres cosas se os exigen: tener fe completa y activa en la misericordia de Dios; devolver lo que habéis conseguido malamente y libertar á Florencia.»

»Lorenzo asintió á las dos primeras proposiciones; por toda respuesta á la tercera cayó en absoluto mutismo. Murió así sin contrición.

»Bajo vuestro protectorado y al amparo del ilimitado poder que os prestan vuestro tesoro, dadnos lo que nos ha sido hurtado. Príncipe, id á vuestra casa y hablad á solas con Dios.

»Ancianos y jóvenes, deponed todas las ambiciones mezquinas, y estando entonces más cerca de las divinas inspiraciones, formulad el mejor sistema posible de gobierno.

»*Floreat Christus Rex Florentini Populi!*»

Había en el auditorio quien lloraba, quien confesaba sus pecados en voz alta, quien estaba pronto á donarlo todo por la salud de la patria.

Fuertemente conmovido, Marcos se irguió y gritó:

—*Christus Rex Florentini Populi!*

Cincuenta espadas relucieron. Los caballeros *Juventia Christi* imitaron el entusiasmo de su maes-

tro y un hosanna atronador se hizo. Tremolaron los estandartes sedeños; la cimera de los yelmos se agitaba en las manos diestras y poderosas de los jóvenes guerreros.

Se regocijó el corazón de Savonarola. Aunque altivo, fué á rendir homenaje á su patrono. Marcos le alzó, abrazándolo respetuosamente.

Inflamado sin visiones, regresó á su celda arcaica.

---

## XVI

### **Ágape sacra: “De amicitiae vinculo,,**

¡Salve, oh muy remoto, el más bello de los cultos griegos, amistad soberana!

---

¡Bien venido el estado efectivo que me permita siempre ser un leal amigo!

La religión pura y franca de la amistad ha por fuerza de interesar al que ame la Grecia. Vista la malquerencia que había existido en todo momento entre los florentinos, Marcos anhelaba poner en evidencia esos lazos de unión y armonía que traen grandeza á los pueblos.

Su alma era como la de un gran pintor que deseaba esparcir en los cuadros reales del vivir cotidiano el colorido intensamente estético de los dioses y héroes que fueron.

El arranque de esta su noble idea estaba en las *Controversias camaldulenses*.

Al fresco retiro de Camaldoli se habían recogido los hermanos Médicis, acompañados de otros

hombres ilustres, Leo Alberti entre ellos. Allí discursaban al borde de los arroyos ó en los encantadores claros del bosque. Platón, el maestro predilecto de aquellas horas de singular elevación mental, era discutido en la pureza de sus ideales.

Recordándolo el amo de Florencia, quiso reanudar esas fiestas del entendimiento, pero dándoles un carácter plástico y dramático, si se quiere, que no habían tenido en aquel entonces.

Se hizo una lista de los autores que habían escrito con acierto de la amistad y otra de los personajes célebres. Mientras durase la festividad, cada uno se mantenía en su carácter histórico.

En aquel monasterio, ya visitado una vez por un propósito semejante, se realizó el más admirable acontecimiento estético del breve reinado.

La pasión por el fausto triunfaba en toda la línea. La selva había sido decorada con los más típicos ejemplares del arte helénico, habiéndose buscado aquellas estatuas que evocaban la amistad.

Tal la belleza era de este acto, que los torsos de mármol, claros, firmes y veteados, parecían animarse.

La primer escena de esta resurrección de dioses consistía en una procesión ordenada de todos los componentes del torneo.

De cuerpo esbelto, ligeramente anguloso, ataviado con refinada elegancia, la tez ebúrnea y la armadura de oro, semejaba Marcos una estatua criselefantina.

El mancebo, bañado en la atmósfera artística, de la cual su vida era la fórmula nueva, atisbaba desde una altura las maniobras del cortejo. Una nueva faz de la belleza absoluta resplandecía. Ella era compleja, de una nerviosidad ardorosa, de doliente seducción, propia de seres inmensamente artistas, artificiosa á fuerza de meditación y estudio.

Estrictamente apegados los autores á la evolución histórica, reunían en primer término á los héroes mitológicos de la amistad, Apolo y Jacinto.

Reverberante de adolescente hermosura, el espartano hijo de Clío camina junto al divino amigo, el torneado brazo sobre el hombro. Detrás suyo, fruncido el ceño por torpe envidia, marcha Zéfiro acechando el momento de herir al favorito. Mientras adopta plásticas posturas la gentil pareja, joven aedo recita la leyenda tal cual Ovidio la cantó en el libro décimo de sus *Metamorfosis*:

Intermedio la pasada y venidera noche,  
de pie estaba Titán, cuando la pareja sus cuerpos desnudaron  
y hechos lucientes por el viscoso jugo del olivo,  
disputaron amistosamente con el disco una partida.  
(Al más joven le derriba el disco y muere como una flor que  
[fenece.]

Sin ya poderse erguir cayó la testa  
de Jacinto, y sobre el plañir del dios.  
¡Así reposas tú, oh hijo de Oebalía,  
de tu juventud prematuramente robado y por mi culpa herido  
á la vez mi pena y mi condena! Esta mano preparó tu morir.

¡Yo soy quien á la tumba te envía!

Y á pesar de ello, apenas culpable, si yerro fuera jugar y  
[amarte.

¡Pudiese mi vida rescatar la tuya ó con la tuya resignarme!

Pero tú, desde que el hado prohíbe la muerte á un dios,  
estarás siempre cabe mío.

Que tu nombre more eternamente en mi corazón y labios.

Tema de mi lira y fardo de mi cantar.

Y que siempre sufra el eco de tu lamento  
escrito sobre la nueva flor naciente;

tiempo vendrá cuando tú mismo, asociado á su nombre,  
sellarás al tuyo el del más potente de los griegos.

Magüer la congoja de Apolo, la sangre  
que al caer tiñó la tierra

ya no lo era más, sino una flor á la vida surgente.

Marchaban tras esas sugestivas evocaciones de la influencia social el arrebatado Hércules é Iolaus, su amigo y camarada en los sobrehumanos embates.

Tan estrecha y bonancible fué su amistad, que esculto el recuerdo en el corazón de los amigos, juraban sobre su tumba mutua fidelidad.

Leyóse en seguida un pasaje del *Eroticus* de Aristóteles, en el que es celebrado este culto tan caro al espíritu griego.

La *Iliada* ofreció también su contingente. Compareció Aquiles en nobilísimo coloquio con Patroclo, su amigo del alma.

Al saludarlo el aedo, recordó del Dante el lapidario epígrafe:

...Achille:

*che per amore al fine combatteo.*

Su enérgica pasionalidad tiñó toda la *Iliada*, que es en resumen la historia sublime de su cólera contra Agamenón, primero, y luego contra Héctor, el arrebatador de su afecto más puro.

En tanto los héroes se mueven esculturalmente, un coro de mancebos graves y dulces de fisonomía levantan la fimbria del silencio apolíneo.

Cantan un trozo del poema en que Homero hace llegar hasta el alma atricta de Aquiles la tierna angustia del guerrero fenecido.

La rebeldía aun colora el conmovedor acento del guerrero, que hace brotar las lágrimas al hijo de Tetis.

Todavía inexhausta la virgen energía, resuella por la vida á la lumbre del padre sol y de la núbil Artemisa, cabe las ternezas del amigo y la dulzura de las doncellas conquistadas por fuerza de viril pujanza.

Íncrito ejemplo del fraterno amor que una edad transmitiría á otra entre el recogimiento de la gloria comprendida.

Quedóse el hijo de Peleo con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, á orillas del estruendoso mar, en un lugar limpio donde las olas bañaban las playas, pero no tardó en vencerle el sueño, que disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo, pues el héroe había fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo á Héctor alrededor de la ventosa Troya.

Entonces vino á encontrarle el alma del misero

Patroclo, semejante en un todo á éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos como por las vestiduras que llevaba; y poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras:

«¿Duermes, Aquiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas en mí mientras vivía y ahora que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las puertas del Orco, pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no me permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los alrededores del palacio de anchas puertas de Plutón.

»Dame la mano, te lo pido llorando, pues ya no volveré del Orco cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya gozando de vida, conversaremos separadamente de los amigos, pues me devora la odiosa muerte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, ¡oh Aquiles! semejante, morir al pie de los muros de los nobles troyanos.

»Otra cosa te diré y encargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, ¡oh Aquiles! que pongan tus huesos separados de los míos, ya que juntos nos hemos criado en tu palacio desde que Mentio me llevó desde Opunte á vuestra casa por un deplorable homicidio—cuando encolerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamente—, y el caballero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y oro, me



nombró tu escudero; así también, una urna, la ánfora de oro que te dió tu venerada madre, guarde nuestros huesos.»

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

«¿Por qué, caro amigo vienes á encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo cumpliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.»

En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual si fuese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dió una palmada y exclamó con voz lúgubre:

«¡Oh dioses! Cierto es que en la morada de Plutón queda el alma y la imagen de los que mueren, pero la fuerza vital desaparece por completo. Toda la noche ha estado cerca de mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para encargarme lo que debo hacer, y era muy semejante á él cuando vivía.»

Tal dijo y á todos excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del cadáver sollozando lastimeramente, cuando despuntó la aurora de rosados dedos.

Semejantes á un bajorrelieve del frontis del templo luminoso animándose de improviso, salieron del nimbado ramaje el sacerdocio de otrora, stolistas, fiabellíferos, hiérodulos, neocores é hynmodos.

Respondieron con argentina voz á las estrofas

anteriores con estas de Stacio, favorito de la mundana juventud de la época de Adriano:

«Sí, te somos grato, ¡oh destino! porque un lento expirar no maculó su pueril beldad ni se fué á los Manes ó bajó hacia las Elíseas Campiñas sino tal cual era cuando vivía.»

Y así se despidieron del bravo Patroclo, tan tierno y bello.

La frente de Marcos, alterada por hondos pensamientos, exteriorizaba durante este trasunto una melancolía misteriosa y el alborecer de dormidas pasiones. En la sociedad orgánica, ¡cuántos instintos desperdiciados, cuántos apetitos sin satisfacción y nobles ardimientos sofocados al nacer!

Con un criterio de una seguridad que parecía casi un mito de lógica, el mundo helénico no se había sustraído á usar de ningún resorte de la rica naturaleza humana.

Cuanto había sucedido allí lo embelesaban una genial fantasía y en el sacro vértigo del inebriar religioso, porque los dioses así lo habían dispuesto. Á cada uno le era permitido estimular su ensueño, realizar su gesto y modular en palabras ingeniosa explicación.

—*¡O tempora, o mores!*—prorrumpió Marcos.

Ante aquel cuadro desatóse la lengua de su alma, y cogiendo una péñola de cisne, escribió sobre pergamino la consagración de su psiquis al verbo helénico:

«¡Palas Athenea! ¡espíritu fecundo y bello,

alma de mi alma, vengo á tu templo lleno de una gloria pura: haberte descubierto el día en que amé sobre todo á la belleza!

Sólo me queda un remordimiento: no haberte descifrado en la fisonomía de nuestro emperador hermoso; en la faz de las aguas cristalinas del Egeo ó en Olimpia, donde tus hijos más bellos lucharon por la plástica hermosura.

Al escalar el monte dominador, que es tu asilo, virgen suprema de los rasgados ojos, me ha parecido confundirme con la esencia eterna, con ese tú sutil que oculta á mis ojos el más allá.

He visto, madre intelectual, lo más bello que es dable ver, y si hoy muriese, llevaría el veste transitorio, la impresión más perfecta del planeta.

De ahí contemplo, mirando el infinito azul y limitado verde del mar, tu más excelso pensamiento: Atenas, allí y acá, tú lo quisiste, allí aprendí tu culto: la alegría, la salud, el trabajo, la verdad, lo bello. Allí, ¡oh diosa ideal! se deslizó mi vida como esos arroyuelos rumorosos que entre bosques de olivos y cipreses corren tras el lago ó el mar, cual el sátiro á la ninfa, vale decir: la realidad y el ideal.

Allí nací, entre mármoles que idealizaron Fidias, Ictino y Calícrates, divinos artífices del Partenón, que en lo futuro, cediendo al peso del oleaje humano, será reconstruido con almas, para que more en él la tuya incommensurable.

Allí, Athenea, quiso tu divinal voluntad que los

hombres fuesen felices porque eran bellos y amaban á la par: cuerpo y alma. Allí reinaste con sonrisas, porque el ateniense era artista y filósofo. El gimnasio y el templo le atraieron por igual.

Bajo el imperio siempre dulce de tu ritmo, se alzó la civilización inmortal.

¡Diosa invisible y eterna, al mirarte sueño en mi infancia! Las maravillosas sensaciones de esa edad de oro reaparecen en el campo de la imaginación. Pienso en la ruta sagrada de Eleusis, donde con mi padre viril y audaz caminé por las mañanas heroicas, siguiendo en el día quinto la procesión sagrada. Al avistar en el horizonte azulado los mármoles relucientes de Paros que señalan la hierática polis, siento la pasión oriental por el misterio, olvidando, Athenea, tu serena frente y tus ojos límpidos que columbran sin turbarse.

Allá á lo lejos, besado por el sol, se extiende, cual tu frente sin pliegues, la llanura de Maratón.

Venciste allí, Palas Athenea. El genio de tus hijos, su fiebre por todo lo grande triunfaron sobre la voluptuosa Medea. Una chispa de tu divina lumbré, el mensajero que de una carrera llegó á Atenas, proclamando la victoria, murió aquí tal vez.

Su física belleza era digna del entusiasmo patriótico que enciendes en las almas bellas. Para la tierra, demasiado bello, su pensamiento excedió lo humano cuando expiró, agitando á tus pies el ático olivo. Sólo en tu seno oceánico podía descansar, ¡esencia universal!

Atenas, Eleusis, Maratón, tres vueltas de tu túnica. Lo divino, lo humano, lo transitorio y lo eterno, todo ha trabajado en la Hélade, para darte vida, ¡oh tú que eres lo único grande, lo sólo bello, lo digno de ser pensado!

He venido á ti, ¡oh victoria de lo ideal! porque en vano hasta este día he sentido palpitar en mí lo divino.

¡He vivido muchas primaveras, cerca tuyo, ¡oh Palas! sin conocerte; han sido tantas estaciones de tedio, de fiebre sin cura, de actividad sin objeto!

Sólo ayer he oído tu nombre, porque los hombres actuales no te nombran aunque te sientan.

Sólo ayer, cansado de andar, casi asfixiado por el polvo del camino, interrogando al cielo como para pedirle luz, te he percibido en lo más alto del monte. Allí estabas tú, ¡oh eterna! é ignoraba yo tu hogar. Por fin te hallo, esencia perenne de las cosas.

Madre ideal, obrera de lo infinito, ama de la humanidad, eterna, inmensa, infinita, mi alma se dilata por conocerte, pero ¡ay! tú eres más bella de lo que puedo imaginar. Tú estás más allá. Los hombres te han querido limitar á la forma humana, insensato sueño de invierno; tú eres lo infijable, lo que es.

Empecé adorándote cuando Helios, con un gesto de supremo amante, alumbraba tu mansión de mármol; ya son pálidos y tenues los hilos áureos de la pitia cabellera, y aun escucho la música de

magnífica emoción. Todavía tu fisonomía me absorbe; no he agotado aún el manantial del delirio que por ti observo.

¡Mi vida, mi juventud, nunca me parecieron tan bellas como ahora que te adoro, ¡oh Palas!

Ya Diana, en su incesante cacería, viene á encender ante tu imagen la plateada lumbre. Siento dormirme. En el umbral augusto de tu templo reposaré, mientras ya el alma, libre de su corpóreo amigo, vaya vibrante hacia ti y participe un poco de tu luz, ¡oh eterna, oh activa, oh belleza inmortal!»

Al rematar su plegaria dijo á Astor en voz queda la sentencia del Salmista:

—*Hic sunt tabunacula mea, hic habitabo in æternum.*

En este momento extático de belleza, desprendíase Marcos del ambiente y añoraba á Ion, el jovenete de coro de Febos Apolo, que embriagado del frescor matinal, saludaba desde el délfico atrio al resplandeciente inmortal. Albeaba en él la misma risueña inocencia, idéntica desenvoltura en el desempeño del sacerdocio juvenil.

Con el mirar buido podía instar ufano como aquel donoso puer:

«Sirvo á los dioses, pero no á los hombres. ¡Ojalá así corra siempre mi vida.»

---

**Quando el tejedor de ensueños despierta**

Era el momento entre todos conmovedor é inquietante del adiós.

El huso irénico donde el alado Hermes tejía las efeas gracias se iba á parar.

Como quien baraja varios paquetes de cartas, bispándose sus figuras vertiginosamente al caer un naipe sobre otro, así la emoción estética y la sensación de inmateria libertad al servicio del sueño fraguaban raudas imágenes de gaya y épica juventud.

Alzábase como cóndor por cima todos los demás volátiles cuanto á la juventud se refiere de la adorable antigüedad en Grecia é Italia.

Tesoros espirituales manaban cual linfa transparente de las fontanas moriscas.

Pasaban y repasaban representaciones cada vez más concretas de las mentes que habían edificado en la belleza el mundo por venir con los restos augustos de los cosmos que fueron.

Fingían boyeros del alba que saludan á los iluminadores del poniente.

El ambiente hervía de la embriaguez de los siglos fenecidos.

Se aproximaba lo electo de los nuevos cuya vida es toda interior.

El libro, su modo tranquilo y siempre renaciente, había enhiestado el cerebro, constituyendo la única savia.

En sus viroles transfigurábase la psíquica belleza de una raza principiante y asomaban su altivez, su criterio y sus apasionamientos.

Eran fisonomías glabras las de estos jóvenes de ávidas pupilas, fijas en el abismo del universo, labios y ansias de imperio sobre materia y pecado.

Estas celeras visiones no me vedaban pensar en todo lo que atisbaba.

¿Habían tendido bien su arco estos sagitarios de oro y marfil contra la barbarie circundante?

¿No aceleraba Némesis la hora de la brutal reivindicación?

¿Podrían oponérseles estos efebos meditabundos?

¿No llegarían á decir de su ciencia y arte: *Omnia fuit nihil prodest?*

Así se presentó Grecia la vispera trágica de la invasión persa. La palestra entonces había sido la cuna del triunfo, como hoy el pensamiento era el nervio de la fuerza.

Esta placidez de una tarde otoñal se disolvió cual el hielo á la proximidad del calor.



El festivo blancor del cuadro se ensangrentó de improviso y vi la tragedia de toda vida harto elevada.

Leía Marcos la *Moral* de Aristóteles, cuando se oyeron pasos sigilosos por el jardín.

No tuvo tiempo de recordar á Astor ni á los dos mancebos que cerca suyo dormían, tras una tapiaría.

Hombres armados hicieron saltar la mica del ventanal, y á paso de fieras se abalanzaron sobre el joven indefenso. Cinco puñales se levantaron contra él.

Semejante á un cordero pascual, recibió el golpe libertador, y cayó cosido á puñaladas al pie mismo del fresco de Eros y Psiquis, levemente salpicado por su sangre generosa.

Consumado el crimen, los asesinos se retiraron, no sin antes empapar un pañuelo en el charco bermejo. Todo fué obra de un relámpago.

Apenas si exhaló un quejido el alma pulcra de Marcos.

Manfredi despertóse agitadísimo y se desmayó ante el sangriento espectáculo.

Al desplomarse el cuerpo acudió la servidumbre; por su gritería asordante la noticia corrió hasta la plaza Mayor.

La campana comunal fué lanzada en son de alarma.

No tardó el pueblo en congregarse para averiguar lo que ocurría.

Indescriptible se mostraba la furia del popula-cho, sabedor del asesinato alevoso de su protector.

Un suelto mozo, de pecho musculoso y continente marcial, Tito Strozzi, manifestó entonces su alma tribunicia.

Subió á la logia. Arengó al pueblo rememorando dramáticamente la historia de David el liberador y Judith la tiranicida. Incitaba á seguir sus ejemplos.

Retiñó con maestría el acero de su flamberga y la sacudió por encima de su frente, pálida de emoción.

Por uno de los balcones de palacio comparecieron los magistrados, tratando de apaciguar por todos los medios el fragor de la multitud.

Los primeros parloteos de paz fueron sofocados en feroces improperios.

Semejaba aquello un enjambre iracundo.

Aun los garzones de blando acento é intensos cabellos que á esa hora iban al oficio matinal favorecieron con sus argentinas voces el impulso á la rebelión.

Añoraban aún en el vértice de la violencia los garbes bajorrelieves de la *Cantoria* de Lucca della Robbia. Manso y fulgente se dibujaba más allá de su pasajera agitación la mística penumbra del coro donde elevaban las invencibles estrofas:

*Adesie fideles,  
laeti triumphantes;  
venite, venite, in Bethlehem:*

*natum videte  
regem angelorum.  
Venite adoremus,  
venite adoremus Dominum.*

Todos á una, transidos de indignación, se decidieron por Tito.

La revuelta estaba en pie.

«Á palacio», aullaban cientos de voces leoninas. La columna humana se desbordaba como espuma del oleaje que se quiebra contra la peña.

El gentío aumentaba de continuo, engrosándose á cada vico.

Tito, en andas, captitaneaba la turba.

Picas, lanzas, pendones, guadañas, reflejaban el flamígero sol.

Murmullo ensordecedor subía de la destartada milicia ciudadana.

«Muera del Broggio. Á la hoguera con Diana dei Castiglione», se gritaba sin tregua. Era la melopea terrorífica de la cólera santa.

. . . . .

Sin duda, un mohín brusco hizo rodar el pesado in folio sobre cuyas páginas y sugerentes ilustraciones se habían cerrado los párpados de Sorde-  
llo, fatigados de soledosas semblanzas.

\* \* \*

Desperté: ¡ay de mí!

La nieve que habia caído copiosamente la noche entera habia traído al alféizar mundos pajarillos,

que, habituados á las migajas, golpeaban con el pico el cristal ataraceado de menudo hielo.

Acabaron por disipar mi languidez.

Una luz difusa y alucinante surcaba la alcoba, desde ese entonces un sagrario para mí.

¿No acababa de concluir allí el más blando, hibleo y acabado sueño de mi vida?

Marcos y su reinado humanista sólo habían sido entonces un fantaseo de Hypnos.

Entendía adieso los anacronismos. Todo ello había sido sombra espectral, y no obstante amaba mi sueño como si fuese la más acendrada realidad.

Había sido Marcos de aquellos cuyo modal reflexivo y heroico, suave y austero, exaltaban el prestigio de una época.

Al meditar sobre lo soñado con más hondor, consideré menos vagorosa y efimera la pesadilla.

Insinuaba todo ello la gnosis del más alto empleo de la energía juvenil.

La ensoñación esta se me hacía la beatitud de los días alcióneos; el peregrinar en tierras de misterio; los vehementes deseos de perfectibilidad; las amistades hermanales, la memoria suave del correspondido amor; el ritual pomposo de la beldad artística; la eutanasia de Cristo.

¿Qué simbolizaba todo este flamero de belleza serenante, sino el esfuerzo de cristalizar una visión más clara y estética de la juventud?

El sueño se había desvanecido, pero su misticidad, su esplendor y su magnificencia quedaban se-

mejantes al tallo de un lirio después de agostarse la flor.

Estaba en paz conmigo mismo. A nadie temía ni nada deseaba. Mi mente era un alcázar maravilloso; no tenía sino que guarecerme en él breves instantes para salir enjoyado de tesoros.

En casa de la serenidad sellaba un pacto eterno con lo hondo de las cosas.

El dulzor de estas melodías sería para el diuturno vivir cual esas canciones con que Shakespeare interrumpe la acción umbría de sus fábulas.

Vivo sin pasado ni futuro en el temblor santo de la transfiguración. Adivino cosas incomunicables. Todo lo hermoso y grande del mundo aleteaba por allí.

Rutilaba yo de gloria en un círculo mágico: nuestra vida dentro del viril de la belleza y la vida de la beldad en nosotros.

Habíame adormecido desasosegado, parecido a la furia aquella del Museo delle Terme de Roma. El depurador de mi ánima vil convertía las Erynas de mi ser en las compasivas Euménidas.

Distendiéronse las niñas de mis ojos y el espíritu me mostró el paraíso.

Muchos años han sido sepultos  
desde que surqué la onda tranquila,  
y el anochecer, tan lindo como siempre,  
resplandece aún sobre ruina, risco y río.  
En este mismo barco  
iban sentados dos camaradas, viejos y probados,

el uno de toda verdad poseso,  
dueño el otro del fuego de la mocedad.

Trabajó silencioso uno de ellos  
y á la tumba fué tranquilo,  
mas el mancebo, más fúlgida forma,  
pasó belicosa é inquieta la vida.

Así, cuando detengo la mirada  
en pasados días,  
me asaltan tristes recuerdos  
de amigos que antes de mí la carrera finieron.

Mas para unir amigo con amigo  
y matizar alma con alma,  
tramontando psíquicas cual las horas aquellas,  
marchemos una vez más en anímicas semblanzas.

Tomad, botero, triple pasaje:  
cogedlo, os lo doy voluntario;  
porque invisibles para vos,  
un par de espíritus han cruzado conmigo.

El realismo sagrado, eternal, humano, se permeaba del idealismo del firmamento manifiesto.

En estos desmayos de lo real, mi mente hallaba su genuina natividad.

Moraba en armonía con la patria libremente elegida.

Los ojos rendidos de concentrarse demasiado, el ánimo mío se escudaba en el desván solitario y la apacible presunción de la suprema maestría.

Así como era cuajable este ideal, podía ser el de todos en este cosmos donde agerar lo bello es más fácil que asir la verdad.

¡Cuál era de mi alma la privanza en ese instante

de la dicha! Atendía con el esparcimiento de la mirada la amplitud de todo lo divino.

Todo sensaciónaba serenidad, sapiencia, amor, infinito amor.

Artista y filósofo, el autor de la universal sinergia decíame:

«¡Sé tan bueno como son bellas tus aspiraciones!»

El arte puro, celoso y sagrado de que me prendaba, se hacía enteramente en el interior de las almas. Arte, literatura, poesía, eran iniciaciones. Una esclarecida cultura, que abarcara el sublime pensamiento del hombre desde el alba de su conciencia social hasta el cénit actual—en que la belleza nueva se busca más allá de las formas tangibles, y de ahí que en ella sea donde más se exhiba—se imponía como el primer paso hacia esta vida superior.

Mirad hacia dentro, vosotros los cansados y los tristes.

Sepultad la mirada en las cosas de la mente, excelso y pulcro, hasta que un buen día, en la soledad hogareña, despertéis sin miedo y cara á cara tramonte por el respaldar de la dorada cama la beldad dominadora del triunfante Cristo por venir.

Escancia la luz tranquila de tus ojos en los paisajes de las infinidades cerúleas.

El contento será entonces incommovible, profundo y recogido como el frescor de las profundidades.

Varones dulces y aquietados seremos así. Nuestra habla llevará á todos la vida generosa, y santa idealidad albeará en nosotros.

El catecúmeno había vuelto al hogar del padre: «Porque las cosas que vemos pasan, y las que no vemos son eternas.»

Reconocía la inmanencia de Dios, que influyó directamente en el mundo y en el hombre sin intermediarios.

Parlé con mi alma y ella me respondió: «Desbasta el mármol de tu vivir con el cincel de tus ensueños.»

Y este fué el más bello sueño de la adolescencia de *Sordello Andrea*.



FIN





# INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO. . . . .	V
RELACIÓN DE «MARCOS, AMADOR DE LA BELLEZA», CON «SORDELLO ANDREA». . . . .	IX
DEDICATORIA. . . . .	XIII
I.—Fiésole. . . . .	15
II.—La fausta nueva. . . . .	26
III.—La época: lo que era el arte á la sazón. . . . .	33
IV.—Lo que nos dicen algunos cuadros. . . . .	39
V.—Dias alcióneos. . . . .	48
VI.—Filosofía del arte. . . . .	74
VII.—El carácter de Marcos: suave, austero. . . . .	82
VIII.—En el palacio de la Vía Larga. . . . .	90
IX.— <i>Juventia Christi</i> . . . . .	96
X — <i>Hiera odos</i> . . . . .	110
XI.— <i>Ad vigilias albas ut tam caricapitis</i> . . . . .	120
XII.— <i>Sapientia aedificavit sibi domum</i> . . . . .	130
XIII.— <i>Vulpes in cælo</i> . . . . .	159
XIV.—La mascarada de Elagabalus en los jardines de Villa Aureliana. . . . .	170
XV.—El debate constitucional: ¿Florenca ó Venecia? . . . . .	184
XVI.—Ágape sacra: <i>De amicitia vinculo</i> . . . . .	209
XVII.— Cuando el tejedor de ensueños despierta. . . . .	221





